

CUADROS

DE

COSTUMBRES GUATEMALTECAS,

POR

SALOMÉ JIL.

(DON JOSÉ MILLA.)

2.ª edicion.

TOMO I.

GUATEMALA.

TIPOGRAFIA "EL PROGRESO" OCTAVA CALLE PONIENTE NÚM. 6 BIS.

1882.

Como hay personas que no saben leer un libro sin aplicar los caractéres viciosos y ridículos que en él se censuran á personas determinadas, declaro á estos maliciosos lectores que harán mal y se engañarán mucho en hacer la aplicacion á ningun individuo en particular de los retratos que encontrarán en esta obra....Si hubiese alguno que crea se ha dicho por él lo que puede convenir á tantos otros, le aconsejo que calle y no se queje; porque, de otra manera, él mismo se dará á conocer fuera de tiempo.

(LESAGE, GIL BLAS DE SANTILLANA.)

LAS PRESENTACIONES.

QUIÉN SOY YO Y POR QUÉ ME DOY Á ESCRITOR DE COSTUMBRES.

Uno de los usos que, sin el debido exámen de su utilidad y conveniencia de su aplicacion, hemos tomado nosotros de los extrangeros, es el de las *presentaciones*, ó las *introducciones*. Lo que en otras partes es necesario y conveniente, viene á ser una forma pueril y hasta ridícula, en un país pequeño, en donde todas las gentes son mas ó ménos conocidas. Desea un jóven frecuentar una casa; busca un padrino de su misma edad que lo presente á la señora, (ó á las señoritas, que ese suele ser el *quid* del negocio;) y un domingo, á eso de las doce, (dia y hora de rigor para recepciones semi-oficiales), presentante y presentado, de frac negro y guantes color de caña, (*) hacen su entrada solemne en el salon. El padrino pronuncia enfáticamente el nombre y apellido del ahijado, como si las personas de la casa no supiesen

(*) No debe olvidarse que esto se escribia hace cosa de veinte años

muy bien quien es él, quienes son sus padres, cómo vive y cuanto puede saberse de un prematuro escolar, que manosea todavia el Alvarez y las Partidas. Preguntad á ese presentador complaciente si sabe que el que toma á su cargo introducir á una sociedad á un nuevo visitante, contrae una verdadera responsabilidad y se constituye garante de la conducta de aquel de quien se ha hecho introductor, y encontrareis que ni ha pensado en eso el aturdido mancebo. Decidle que culpa suya será si el introducido perturba la tranquilidad doméstica, revela los secretos que se le confien, traiciona la confianza que de él se haga, y acaso se reirá de lo que llama vuestro quijotismo.

La imprudencia sube de punto cuando el introducido no es, como sucede con frecuencia, una persona del país y de la cual se tiene algun conocimiento, sino una de tantas *aves de paso* que suelen anidar con increible facilidad en nuestros francos y benévolos círculos sociales. ¿Con qué valor se presenta á un hombre á quien apenas se conoce, solamente porque va bien vestido y porque lleva un apellido inglés, ruso, ó polaco?

En cuanto á los ahijados, no es poco frecuente que incurran en la misma falta de escrupulosidad respecto á sus padrinos. Olvidando el adagio castellano *dime con quien andas* &, hay jóvenes que no vacilan en presentarse en una sociedad decente, bajo el patrocinio de alguna persona de poca consideracion y á quien se recibe únicamente tal vez por compromiso. Claro es que el que, bajo tan desfavorables auspicios se presenta, tiene que ser mal recibido, aun cuando la urbanidad encubra el desagrado bajo las apariencias del afecto.

Sentados estos preliminares, diré que las presentaciones pueden, á mi juicio, clasificarse, como los homicidios, en *casuales*, *necesarias y premeditadas*, teniendo algunas veces estas últimas las circunstanagravantes de *seguras y alevosas*.

Presentaciones casuales. Son aquellas que se hacen por incidente; en la calle, en el teatro, en el paseo. No acarrean responsabilidad ni imprimen carácter de ninguna especie. Son puras fórmulas que se observan especialmente cuando uno ó mas de los interlocutores son extrangeros.

Presentaciones necesarias, ó mejor dicho *forzadas*. Son las que uno suele hacer contra su voluntad, ya personalmente, ya por medio de una carta de introduccion, obligado á ello por ciertas consideraciones y sin tener plena confianza del sugeto introducido. En esos casos algunos hacen los que los cusuistas llaman *restriccion mental*, ó bien advierten, *sotto voce*, de las desconfianzas que les inspiran aquellos que los han puesto en el compromiso. Esa táctica arguye debilidad de carácter; lo mejor en ese caso es negarse al padrinazgo, pues "vale mas ponerse una vez colorado que ciento descolorido."

Presentaciones premeditadas. Llamo yo así á las que se hacen deliberadamente y con pleno conocimiento de la persona. La *alevosía* y la *seguridad*, lo mismo que el *abuso de confianza*, concurren cuando se hace la presentacion con algun fin poco honesto. El artículo 19,599 del Código penal de la Urbanidad, castiga esos delitos con la expulsion del criminal y el cómplice con la pena de palos y otras *córporis aflictivas*, segun la malicia del caso y al arbitrio del juez.

No pocas veces me ha hecho reir la imitacion ser-

vil de fórmulas exóticas en los actos de las presentaciones. "Permita U., Señora, decia hace poco Enriquito, jóven extrangerizado, á la sencilla y respetable Doña Lugarda, *le introduzca* á Monsieur Pointu, íntimo amigo mio (acababa de conocerlo) que *viene de arribar de Europa.*' La matrona retrocedió espantada de que se quisiese *introducirle* aquel Monsieur, como si se tratase de un hierro agudo en una operacion quirúrgica. ¡A cuántas equivocaciones como esa puede dar orígen el uso de una inadecuada y extraña fraseologia!

Por mi parte, cansado de los chascos que en el curso, ya bastante largo, de mi vida, me han dado los presentantes y los presentados, y habiendo llegado á esa edad feliz en que puede uno emanciparse impunemente de la tirania de la moda, he acordado renunciar á las presentaciones por interpósita persona, y hacerlas por mí mismo, cuando se me ofrezca, diciendo de plano mi nombre y apellido, lo que deseo y lo que me propongo. Conforme á ese sistema, (para el cual pienso pedir patente de invencion, con privilegio exclusivo por veinte años,) me *introduzco hoy al conocimiento* del lector benévolo, que sabrá quien soy, si tiene la paciencia de llegar hasta el fin de este artículo, en donde encontrará mi nombre y apellido con todas sus letras. Para salvar mi conciencia, debo, sí, advertir que aun cuando por mi nombre de bautismo pueda parecer que pertenezco al sexo encantador, la verdad es que correspondo al encantado; y si bien me llamo *Salomé*, nada tengo de comun ni con la madre de los hijos del Zebedeo, ni con la hermana de Herodes el grande, ni con la bailarina hija del otro Herodes que pidió y obtuvo la cabeza del Bautista, cuyas tres damas eran mis tocayas. En cuanto á lo demas, como poco ó nada pueden interesar los incidentes

de mi *trabalhosa é trabalhada vida*, como dice J. B. Garrette, escritor portugués, me contentaré con decir que aunque cursé las aulas, allá en mi juventud, años despues vínome la tentacion de probar las dulzuras de la vida del campo, de la cual habia leído maravillas en Teócrito y en Virgilio, esos grandes bucólicos de la antigüedad. Dejé los estudios y me metí, no á predicador como Fray Gerundio, sino á nopalero, como tantos otros que nada tienen de frailes, aunque sí pueden tener mucho de Gerundios. Compré un terreno plantado de ese *cactus* punzante, cuya monótona uniformidad es poco poética por cierto, y pronto se convirtieron en humo mis ilusiones sobre la vida rural, los pastores y las zagalas. Compensó la pérdida de mis delirios el buen precio de mis tercios de grana; y realizado un capitalito muy decente, fuí bastantemente feliz para encontrar, dos años hace, quien me comprase mi nopal, librándome así, providencialmente, de la *bolita*, del susto del Magenta y de encontrarme hoy, al fin de cuentas, ó *esperado* ó quebrado, que casi-casi viene á ser todo uno. Heme aquí pues, viviendo de mis rentas y habiendo alcanzado en esta vida ese *Summun bonum quo tendimus omnes*, de que habla Lucrecio. En esta situacion, ¿qué hacer? ¿Cómo emplear útilmente mi tiempo? Esto me he estado preguntando á mí mismo desde algunos meses. Ya se me ponia la tentacion de solicitar una plaza de agente de policía y vivir descansadamente; ya la de aumentar el número infinito de los abogados sin pleitos; ya la de hacerme médico ó boticario, (que deseché por no ser suficientemente enemigo de la humanidad;) ya la de convertirme en empresario de ópera, (de lo cual desistí por no morir de inaccion;) ya, en fin, otras igualmente diabólicas, cuando he aquí que

anoche tuve una subitánea inspiracion, y en vez de darme al demonio, como estaba ya á punto de hacerlo, resolví darme al público, que, bien considerado, es una misma cosa. Vacilé largo rato ántes de decidirme por el género á que me dedicaria. Escribir de polítca, es muy fácil ciertamente; pues, segun he oído decir, esas son materias que todo el mundo entiende, sin necesidad de haberlas estudiado; pero me detuvo cierto....(no sé como llamarlo), miramiento... eso es, miramiento, considerando lo resbaladizo y peligrosillo del asunto. Por poeta me da muy poco el naipe; pues aunque no soy tan tonto que no haya hecho alguna vez una copla, tampoco soy tan majadero como para ponerme á hacer dos, como dijo no sé quien. En fin, deseando echarme por una senda poco trillada entre nosotros, determiné escribir sobre costumbres, aunque sin ocultárseme la dificultad del género, ni los inconvenientes con que tienen que luchar los que lo cultivan. De esos inconvenientes no estuvieron libres ni Adisson, ni Steele, ni Jouy, ni Larra, ni Mesonero Romanos; y ¿habré de estarlo yo, ¡pobre de mí! que no tengo ni la imaginacion brillante, ni la observacion profunda, ni la sal ática, ni la instruccion variada de aquellos maestros del arte? Mas como mi objeto no sea el de alcanzar renombre, sino el de contribuir, siquiera en mínima parte, á la mejora de nuestras costumbres y matar el tiempo, cosa que en otras partes vale mucho y de la cual por acá no sabemos como deshacernos, me decido á aceptar, por primera vez, la bondadosa hospitalidad que la "Hoja de Avisos" ofrece á mis pobres trabajos literarios, y por lo pronto me ensayaré en unos cuantos *Cuadros de costumbres*. Omito dar mi *programa*, porque los de nuestro teatro y los que nos vienen de

los gobiernos de la otra América, cada vez que hay ropa limpia, (y allá se mudan con frecuencia,) me tienen reñido con esa clase de documentos. Vaya el presente artículo por vía de introduccion, y dispensándome el público esta *presentacion* ex-abrupto, permítame *le ofrezca mis respetos*, como ahora se dice, y que deseándole felices pascuas, me despida de él hasta otro número.

NUNCA MAS NACIMIENTO.

Todos los hombres tienen sus flaquezas; y yo que en punto á ellas, (hablo de las morales,) podria apostármela con el mas *entelerido* (1) de mis prójimos, cuento como una de mis imperdonables debilidades, el ascendrado amor que tengo á este pícaro país donde me tocó salir á la luz pública....digo, nacer. (La malvada costumbre de andar en cosas de papeles impresos, me ha familiarizado de tal modo con la jerigonza periodística, que se me escapan ciertas expresiones sin quererlo.) Y es lo peor del caso que, á fuer de enamorado, considero yo en el objeto de mi pasion como las gracias principales, aquellas que para otros tal vez son defectos insufribles. Así, cuando oigo á los extrangeros quejarse de que aquí no hay buenos caminos, de que aquí no hay puertos, de que aquí no hay reuniones, de que aquí no hay paseos, de que aquí.... quisiera yo cerrar esa interminable letania de *aquí no hay*, con un "aquí no hay ya paciencia para aguantarlos á ustedes, y déjennos en paz, que todo eso que ustedes echan ménos, maldita la falta que nos hace. Y si no, les diria yo, vengan ustedes acá, gringos de

(1) Provincialismo. Flaco, desmedrado.

Barrabás, y respóndanme: ¿se necesitan caminos en donde nadie viaja, los que pueden porque no quieren, y los que quieren porque no pueden? ¿Hay necesidad de puertos en donde nada entra y nada sale? ¿Ha de haber reuniones, si no hay quien se reuna, ni en donde reunirse, ni de que hablar? ¿Se han de hacer paseos para que nadie vaya á ellos, como lo tiene acreditado la experiencia, y lo gritarian, si pudieran, los solitarios naranjos y las abandonadas banquetas de la Plaza-vieja? Pues si todo eso es así, y ni ustedes ni yo lo hemos remediar, márchense enhorabuena á Lóndres ó á Paris, y "dénse la vueltecita" por acá de aquí á cien años, que yo les respondo con mi cabeza que entónces encontrarán todo eso que ahora falta y mucho mas."

Entre tanto, y mientras se van llenando esos vacíos, y abriéndose otros nuevos, pues en esa abridera y cerradera andan y andarán entretenidas hasta el dia del juicio las naciones que han dado en la extraña mania de civilizarse, yo estoy muy contento con lo que tenemos, no me mantengo *amalhayando* (1) lo que por ahí dicen nos falta, y me encuentro tan bien avenido con nuestras costumbres, como nuestros hermanos del Sur con la divertida ocupacion de matarse los unos á los otros, y como nuestros vecinos los mejicanos con la no ménos jocosa de pronunciarse y despronunciarse cinco ó seis veces al mes.

Pero en ninguna época del año me siento yo tan complacido en Guatemala, como en esta de la Pascua que vamos ahora *atravesando*. (Hoy es de rigor atravesar uno algo. Se atraviesan crísis, se atraviesan tiempos, se atraviesan revoluciones: ¿por qué no he

(1) Provincialismo. Amalhayar, expresar un deseo vehemente de alguna cosa.

de poder atravesar yo Pascuas?) Desde el 24 de Diciembre, comienzo á experimentar la benéfica influencia de estos dias, que quizá por lo mismo que son tan agradables, son pocos y vienen ya al despedirse el año, como para enseñarme que lo bueno llega siempre tarde y pasa brevemente. La misa del *gallo;* los *tamales* (1) de la madrugada: las corridas de toros; los *Nacimientos*, con ese peculiar y agradable olor de las frutas de la estacion y de las flores, y las novenas, con sus pitos de agua y sus chinchines, forman un conjunto *sui generis* y nacional, cuya falta nada alcanzaria á suplir. Una sola vez en mi vida (y no hace mucho tiempo,) me ha tocado pasar esta época del año lejos de mi país, en una de esas grandes ciudades centros del comercio, del movimiento y de la actividad de un pueblo rico, próspero y poderoso. Pues bien; ni los espectáculos públicos; ni la novedad de las costumbres; ni el bullicioso tragin de una poblacion de 800,000 almas; ni los animados círculos sociales reunidos en derredor del vistoso *Christmas Tree;* nada podia consolarme de la ausencia de tantos objetos ligados á los mas gratos recuerdos de mi vida. En uno de esos palacios de cristal destinados á conservar, por medio de un calor facticio, las plantas de las mas opuestas latitudes, acerté á encontrar, en medio de un gran grupo de árboles tropicales, el de la *flor de pascua*, pobre arbusto que parecia esforzarse, en aquel clima extraño y glacial, por ostentar sus espléndidas flores, como si se empeñara en dejar bien puesto el honor de nuestro pabellon. Confieso que la vista de aquel árbol querido, que, como yo, echaba ménos su suelo natal, estuvo á punto de hacerme

(1) Bollos de masa de maíz con carne.

saltar las lágrimas; lo cual me habria sucedido, á no haber acudido en mi auxilio la razon, que me recordó ser de mal tono el ceder uno á los impulsos del sentimiento. Pero dejemos estas reminiscencias que, demasiado personales, á nadie sino á mí pueden interesar, y vamos al objeto del presente artículo.

Han de saber mis lectores que yo tengo, entre otras cargas concejiles, la de un compadre, que es uno de los entes mas originales que pueden encontrarse en este país bendito, en donde abundan las originalidades. Y no lo llamo carga porque me coma medio lado, que para muchos es la única manera en que puede decirse, figuradamente, que un prójimo carga sobre otro. No; mi compadre, el maestro Pascual Pacaya, honradísimo zapatero de segundo ó tercer órden, gana con su oficio lo suficiente para proveer á sus escasas necesidades y á las de su hijo Pastor, mi ahijado. Carga sobre mí, en cuanto me visita con mas frecuencia de la que yo quisiera y me hace oír siempre ciertas interminables variaciones sobre el mismo tema: á saber: la injusticia del gobierno de permitir la introduccion de zapatos *ingleses*, (mi compadre no conoce mas extrangeros que los hijos de Albion, y para él la expresion *inglés*, es genérica, y significa persona ó cosa que no es de Guatemala;) por lo cual, dice, *no corre el oficio* y todo anda perdido. Mi compadre ha tenido el raro capricho de no poner á Pastorcito en los estudios, y le ha hecho aprender su mismo oficio, por lo cual lo tengo declarado el mas estraño de los zapateros de la América.

Pero, ¡ved las debilidades de las almas grandes! Mi compadre, á quien considero, bajo muchos respectos, como un hombre verdaderamente superior,

tiene tambien su lado flaco. Trabaja todo el año como un blanco, y no teniendo vicio alguno, ni aun el del cigarro, los pequeños ahorros que á fuerza de economía logra reunir, se emplean irremisiblemente en este tiempo ¿en qué direis? en construir uno de los mas curiosos *Nacimientos* que pueden verse en la ciudad. Hasta aquí no encontrareis quizá nada de extraño en el destino que dá á sus ahorros mi compadre. Pero lo increible es que despues de trabajar un mes ó mas en el *Nacimiento*, como dice que no tendria gracia si no *se meneara*, el pobre Pascual, desde la noche-buena, se mete como un huron debajo del tablado y se entretiene todo el dia y parte de la noche en mover la maquinária para que el *meneo* ande listo y los ociosos se diviertan. Ahí come, ahí duerme, ahí está sepultado desde el 24 de Diciembre hasta el 6 de Enero siguiente, ese modelo de abnegacion y de civismo. Y luego hay quien tenga valor de hablar de sacrificios en favor del público! Mientras *tata* está agazapado tirando de las cuerdas, Pastor cuida de que *les amateurs* no se lleven la fruta ó á sus tocayos de barro ó de madera que adornan el *Nacimiento;* pues, para vergüenza de la especie humana, es necesario confesar su propension á devolver mal por bien y á corresponder con ingratitud á los que se prestan á servirla con desinterés.

Tres dias hace, me hallaba yo muy ocupado, cuando, sin prévio anuncio, entró en mi cuarto el hijo de mi compadre, que por la cuarta vez me traía el mas expresivo mensage de su progenitor, suplicándome fuese á ver el *Nacimiento*. No pude negarme á las instancias del respetable artesano, y acompañado de aquel á quien saqué de pila, y á quien me ha tocado despues sacar de otras partes, (del cuartel en cuenta,)

me dirijí á su casa, situada en uno de los barrios mas populosos de la ciudad. No fué poco el trabajo que nos costó penetrar por entre la masa compacta de gente que sitiaba la puerta del zapatero, esperando que los que ya habian visto, dejasen libre la entrada á los que rabiaban por ver. "Con la cuarta parte de esta concurrencia que acudiese á la ópera, decia yo entre mí, se salvaba la empresa." Pastor me precedia; y apartando á este, empujando á aquel, y pidiendo *tantita* licencia al de mas allá, al fin logramos introducirnos en el patio, donde estaba armado el *Nacimiento.* Imaginaos un polígono irregular, levantado como una vara del suelo, y sobre el cual están figurados, por medio de tablas y trozos de madera, cubiertos de papel pintado, llanuras, montes, volcanes, barrancos, y todo esto adornado con árboles y flores artificiales, con casitas, con figuras de trapo, de barro y de madera, y con otra multitud de objetos cuya descripcion exacta exigiria acaso tanto tiempo como el que se ha necesitado para armar todo aquello. Vereis ahí confundidos los terrenos *primarios,* con los *secundarios* y los *terciarios;* la lujosa vegetacion del trópico, al lado de las plantas raquíticas de la zona frígida; hombres y mugeres mas altos que las casas, vestidos con trages de todas las épocas y ocupados en oficios harto diferentes de aquellos á que se dedicaban los sencillos pastores que fueron á rendir homenage al Salvador reciennacido. Ya se vé ¿qué puede saber mi pobre compadre de Geología, de Historia natural, de Nuevo Testamento ni de nada? Y aun cuando fuera una Enciclopedia ambulante, si habia de hacer un *Nacimiento* que agradase al púlico, por fuerza debia contener todas aquellas anomalías.

El maestro Pascual habia tenido este año la ocurrencia, que puedo llamar desventurada, de poner el tablado que contenia el *Nacimiento*, encima de una pila de muy regulares dimensiones que en su patio tiene; aprovechando su abundante chorro de agua para formar una cascadita, un arroyo y una laguna, todo ello al natural y bien dispuesto. En una tabla, que atravesaba la pila, se colocaba mi compadre á menear los cordeles de sus muñecos. La tarde en que, por mi desgracia, fuí llamado y rogado á ver el dichoso *Nacimiento*, la concurrencia era, como tengo dicho, inmensa; tanto que, no pudiendo una parte de ella alcanzar á ver con comodidad, ocurrió á unos tres ó cuatro muchachos amigos de Pastor, trepar á un espléndido naranjo que hay en el patio, y una de cuyas ramas se balanceaba precisamente sobre el *Nacimiento*. A poco de haber yo entrado, comenzó el meneo. La plaza de toros, el *volador*, los títeres, Peruchillo, que se tomaba con el público ciertas licencias poco respetuosas, (ni mas ni menos que si fuera un verdadero actor,) carruages en movimiento, molinos en ejercicio, gente que va y viene, tal era el aspecto que presentaba aquel animado panorama, en medio del júbilo y admiracion de los espectadores, cuando oímos un chirrido penetrante como el de una rama que se desgaja; é instantáneamente, los cuatro escolares que cabalgaban sobre la del naranjo, (que era en efecto la que se desprendia,) caen á plomo sobre el *Nacimiento*. La tarima, que estaba sentada sobre unos trozos de madera, colocados en el borde de la pila, se conmueve con el cimbreo y con el peso; bambolea y viene abajo, haciendo caer al fondo del agua á mi compadre, que, echando espuma de rabia, logra, no sin dificultad, desembarazarse del pesado maderamen,

y rasgando el papel pintado, asoma primero la cabeza y despues el cuerpo, (mojado completamente,) por el hueco que habia formado la laguna en el despedazado *Nacimiento*. Ahí fué la grita, la rechifla y la burla de toda aquella gente maligna y desagradecida, hasta que el desgraciado zapatero logró abrirse paso y fué á meterse en la cama, abrumado de dolor y de vergüenza.

Al siguiente dia fuí á hacer una visita á mi infeliz compadre. La casa estaba desierta, por supuesto, como la plaza de toros en un miércoles de ceniza; y en el patio se conservaban todavia las señales del cataclismo de la tarde anterior. Todo era confusion y desórden; montañas, casas, árboles y animales, estaban ahí hacinados y maltrechos, como me figuro yo quedaria la tierra despues del diluvio; y en cuanto á los *pastores*, vi que los de barro habian caido al fondo de la pila, mientras que los de trapo sabrenadaban en la superficie del agua.

Apparent rari nantes in gúrgite vasto.

Es, precisamente, dije para mí, lo contrario de lo que sucede en las grandes catástrofes sociales; pues en ellas las gentes menudas y de poco valer se van al fondo, y las de peso ó de *pesos*, se salvan y sobrenadan. Mi compadre estaba sentado sobre los escombros de su *Nacimiento*, como Mario sobre las ruinas de Cartago. Quise dirijirle algunas palabras de consuelo; pero todo fué en vano; el desdichado lloraba la pérdida de lo único que lo alhagaba en esta vida, y repetia, en voz ahogada y compungida: "Nunca mas Nacimiento." Me pareció prudente respetar su dolor y me retiré á mi casa á hacer esta descolorida descripcion de aquella escena patética y conmovedora.

LOS MONOPOLISTAS.

Proyecto para la creacion de una nueva renta.

Desde que, por mi negra fortuna, cedí á la tentacion de convertirme en escritor ó *descriptor*, (mejor dicho,) de costumbres; que es, como quien dice, sentar una plaza de fiscal general, aunque sin honores y sin sueldo, son tantos los asuntos en que se me ocurre poder ejercitar últimamente el oficio, que lo único que suele embarazarme, es la dificultad de la eleccion. Hay entre nosotros tanto que criticar, que la murmuracion sale de la boca por sí sola, natural, espotánea, como el canto de la garganta del pájaro y como la mentira de la pluma del periodista. Tan comun es por eso en nuestro país el hábito de la murmuracion, que ya deberia cambiarse la fórmula usual y harto gastada con que nos saludamos; y en vez de preguntar, por ejemplo, ¿qué hace usted, Fulano? ¿Qué dice usted, Zutano?, seria mas propio y verdadero decir: ¿de quién murmura usted, Fulano?

¿A quién desuella usted, Zutano? Ese nuevo sistema de saludo tendria por lo ménos el mérito de la sinceridad.

Despues de haber repasado hoy una en pos de otra las diferentes manías de los prójimos que podrian prestarse á un artículo de costumbres, poco á poco, y llevado por mi imaginacion, tan variable casi como nuestro clima, fuí dando entrada á pensamientos y consideraciones de un órden mas elevado que aquel á que pertenecen ordinariamente mis ideas. Sin saber bien por qué especie de hilacion extraña hubieron de pasar mis raciocinios hasta venir á parar en asuntos de índole tan severa, hé aquí que me encuentro comenzando nada ménos que un estudio de Economía política, y que me voy á entrar de rondon por las cuestiones mas árduas de esa ciencia, como Pedro por su casa; y como tantos otros que no son Pedros por las agenas.

Este no es, pues, artículo de costumbres; es artículo de Economía política; prevencion que hago al lector benévolo, para que deje á un lado la *Hoja* si es que no gusta de esas materias, como podria suceder. ¡Ah! si todos los que escriben para el público tuvieran la precaucion que yo ahora empleo, ¡cuántos chascos ahorrarian á sus cándidos lectores! Debo, sí, advertír que no voy á tratar de los monopolistas de los aguardientes; ni de las chichas; ni del monopolio del tabaco; ni á proponer el estanco de la sal, y ménos aun el de los naipes; pues no quiero indisponerme con el numeroso gremio de los jugadores. De otros monopolistas voy á hablar; y como soy aficionado á las clasificaciones, por lo cual creo que debí haberme dedicado á la Botánica, se me permitirá haga cuatro secciones de aquellos que van á ser el ob-

jeto del presente estudio. Yo divido á mis monopolistas de la manera siguiente: 1.° El *monopolista cortejo*. 2.° El *monopolista danzante*. 3.° El *monopolista gastrónomo*. 4.° El *monopolista hablador*.

El monopolista cortejo no es siempre un hombre jóven, como podria creerse. Los hay de diferentes edades y condiciones, á escoger, como uno los quiera; y algunos he visto yo que pudieran pasar por *tatas* de los *tatas* de las monopolizadas. Por lo demas, viejo ó mozo, el monopolista cortejo es siempre la ruina de las tertulias y la desesperacion de aquellos á quienes no queda mas arbitrio que dedicarse al peligroso oficio de *clandestinistas*. El monopolista cortejo se apodera de la jóven mas bonita y amable de la casa; la esplota, la estanca, y desgraciado de aquel que quiera poner en libertad el artículo, pues irremisiblemente es tratado como contrabandista. El solo habla con ella, él solo tiene derecho á prestarle cualquiera de esos pequeños servicios que la cortesía ó un legítimo deseo de agradar sugieren á los demas. Monopolio odioso, que al fin acaba por ser intolerable y hace que vayan desertando aquellos que no tienen parte en la *empresa*, quedando por último los asentistas como dueños únicos del campo.

El monopolista danzante si es siempre jóven, y tan parecido al otro, que se creeria que forman uno solo. En los bailes se apodera de la muchacha mas lista en el arte de Terpsícore (estilo clásico) y *la baila*, como él dice, toda la noche, sin que haya modo ni manera de hacèrsela soltar. Entre tanto, las que danzan con menos perfeccion, pero que tambien quisieran que *las bailaran*, pues á nadie le pesa haber nacido, se dan al diablo con esos monopolios; siendo no menor la rabia del comun de mártires varones á

quienes se dejan únicamente las viejas, las feas, las cojas ó las muy torpes para el bailoteo.

El monopolista gastrónomo es un personage de muy diferente género del de los anteriores. Frisa por lo regular en los cincuenta años y le importan un comino todas las buenas mozas y las bailarinas de este mundo. ¿Quién no conoce á Don Zenon Tragabalas, aquel señor alto, grueso, con un abdómen excesivamente desarrollado; el primero en los banquetes y que de seguro *brilla por su ausencia* en las reuniones en donde no se come? Este tiene por su cuenta el monopolio de los víveres y de los caldos ultramarinos y donde él está, es necesario *lasciare ogni speranza* de probar bocado. En los bailes cena con las señoras, cena con los caballeros, cena con los músicos, cena con los criados y cenaria con Lucifer, si ese personage fuera admitido en los *soirés*, al menos sin disfraz, pues lo que es de *incógnito* es bien sabido que jamas deja de concurrir. Nunca podré olvidar la última noche en que me tocó encontrarme en un ambigú al lado del omnívoro Don Zenon. ¿Habeis visto un campo de batalla despues de una derrota? ¿Habeis pasado por una sementera cuando se ha sentado en ella una manga del *chapulin?* (1) Tal quedó la mesa en el espacio de cuatro varas cuadradas al cual alcanzó la influencia de aquel famélico. Los platos desaparecian uno tras otro velozmente; y como el hambre aguza el ingenio, Don Zenon aprovechó la doble nomenclatura de los manjares para duplicar la comida. Así, pidió primero pavo, y desques dijo que le sirviesen *chumpipe;* otro tanto hizo con las arbejas, que engulló una vez con aquel nombre, otro con el de los *chícharos*, y no contento con eso el infatigable gastrónomo, les arremetió despues pidiendo á un

(1) Langosta

francés que tenia cerca un poco de *petits pois*. Cuando hubo comido hasta reventar, la maligna Doña Tomasa, que estaba á su lado, le dijo con la mayor cachaza de este mundo:

—Muchas gracias, señor Don Zenon.—

—Gracias de qué ¿amable Tomasita?— contestó él, acariciándose con complacencia el abultado vientre.—

—"¿Cómo de qué? De que no me ha tragado U.,— dijo la picarona y se levantó, dejando al gastrónomo entre risueño y enfadado.

El monopolista hablador come poco por lo regular, trabaja con la boca como el anterior; pero con la diferencia de que aquel se dedica á la *importacion* y éste á la *exportacion;* siendo las mercancias que introducen ó expiden, respectivamente, de muy diferente naturaleza. Este habla en todas partes; en la calle, en el teatro, en el paseo, al sol, á la sombra, con calor, con frio, de noche, de dia, despierto, dormido, con cuantos quieren oírlo, y cuando no hay quien quiera, apela al recurso ordinario del monólogo. Un tipo del monopolista de este género, es mi amigo Don Facundo Lenguaraz, que, en comenzando á hablar, sigue y sigue y sigue con tan inagotable afluencia, que seria necesario ó matarlo, ó resignarse á oirlo. Entrad á la tertulia; él tiene de seguro la palabra, porque si no se la dan, la arrebata, considerándola como su indisputable propiedad. Si vais á la iglesia y escuchais un ligero zumbido como el de un *ronron*, no creais que es una devota que reza; es Don Facundo que ejercita su oficio con aquellos á quienes tiene mas cercanos. En el teatro distrae al público mientras los artistas cantan, pues habla con cuantos puede y de cuanto le ocurre. En fin, es tal

la costumbre que tiene mi amigo de hablar, que creo no se callaria aun cuando fuese diputado y se tratase de ciertos asuntos, que es cuanto hay qne decir. Promueve cuestiones, por solo el gusto de charlar, y jamas lo vereis en un sermon, porque le incomoda tanto que hable otro, que seria capaz de arrebatar la palabra al predicador y tomar el púlpito por asalto. El peor enemigo de Don Facundo, con escepcion de otro hablador, es el sordo; y ya le he oído alguna vez opinar que los que padecen de ese mal, debieran ser desterrados como seres perniciosos á la sociedad. D. Facnndo es una máquina de hablar con una fuerza de 500 caballos. Una vez puesta en movimiento esa locomotora, arrebata cuanto encuentra y destruye cuanto se le pone por delante.

En el mes de marzo del año pasado, fué mi amigo Facundo á hacer una *temporada* al pueblecito de Chinautla; y por supuesto me hizo convenir en que iria á hacerle una visita, con eso *charlaríamos* un poco. (Usaba del plural únicamente por decencia, pues ya se sabia que él habia de charlar solo.) Fuí en efecto, una mañana, á eso de las siete, con el ánimo firme de almorzar con Facundo y volver á la ciudad á mis quehaceres ordinarios. Pero el hombre pone y el hablador dispone, y yo no contaba con la huéspeda; es decir, con la lengua de mi amigo. Des de que me vió, me arrojó una granizada de palabras. Preguntas, respuestas, chistes, donaires, observaciones serias, murmuraciones, todo comenzó á salir por aquella boca sin intermision ni descanso, y sin que me fuese dado meter basa una vez sola. Concluido el almuerzo, anuncié la idea de venirme.

—¡Imposible! aquí comes hoy, me dijo; *tenemos* todavia mucho que platicar.—

Hube de resignarme, y comí con él. Despues siguió el café; y el hablador, que no habia parado durante la comida, tampoco me dió respiro de sobremesa. En esas y las otras entró la noche, y cuando quise venirme, era ya tarde.

—No te vas, me dijo, te espondrias á romperte la crisma en esa cuesta. Quédate á dormir, que un ratito de conversacion no te hará daño. Tenia yo hambre de platicar contigo.

—Pues bien la has saciado, antropófago del demonio,—dije yo para mí, y me resigné á pasar ahí la noche.

Ví el reloj, eran las doce, y Facundo hablaba; la una, y la cunversacion seguia. Hizo que armasen un catre junto á su cama para tenerme cerca y que lo oyera *bon gré, mal gré*, y siguió la tarabilla, hasta que ya á eso de las tres de la madrugada, tomé el partido de finjir que dormia. Pero ni por esas, el asesino continuó hablando solo, hasta que vencido en realidad por la fatiga y por el sueño, me quedé dormido. No lo estaba, sin embargo, de tal modo que no oyese una especie de rumor lejano, que tomé por el murmullo del rio; pero como á las seis que desperté, salí de mi error. Aquel rumor lo causaba Facundo, que hablaba todavia. Me levanté sin decir palabra; hice ensillar mi caballo y me despedí del hablador, que me acompañó hasta la salida del pueblo.

—Supongo que volverás—me dijo; y yo estuve á punto de contestarle:—Que vuelva tu abuela, charlatan insufrible;—pero temiendo darle pretexto para una nueva detencion,—sí volveré—le contesté, y arranqué cuesta arriba como un espiritado. Habria andado una cuadra, y todavia me llegaban algunas palabras que, por no quedarse con ellas, me arrojaba

Facundo, como esos tiros sueltos que se disparan á un enemigo que huye. Llegué á mi casa azurumbado, y dí órden de que nadie me hablase en tres dias, hasta que me hubiese restablecido de aquella horrorosa indigestion de palabras.

Suele suceder, y esa si que es una verdadera calamidad, que en una sola mano se reunen diversos departamentos....digo diferentes ramos de los estancados. Así no es extraño que el monopolista cortejo, sea monopolista danzante y el gastrónomo hablador; y entónces las dificultades son mas graves. Y como se advierte que los abusos van subiendo de punto con la faltade un reglamento á que se sugeten esos monopolios, ¡no seria posible, ya que han de existir, pues son de esos que llaman *males necesarios*, sacar al menos algun provecho de ellos? Esto es lo que yo he pensado algunas veces, ocurriéndome que podrian ponerse á pública licitacion aquellos diversos ramos. El que quiera enamorar solo, bailar solo, hablar solo y comer solo, que compre siquiera el privilegio y no lo disfrute *de gorra*, como en la actualidad. Así, al menos sabríamos á que atenernos, y respetando debidamente los derechos adquiridos, ni enamoraríamos, ni bailaríamos, ni comeríamos, ni hablaríamos, á menos que nos lo permitieran los asentistas, y eso en calidad de subarrendatarios. Propongo, pues, la idea á la consideracion de quien corresponda; y comunico, por puro patriotismo, ese luminoso PROYECTO PARA LA CREACION DE UNA NUEVA RENTA.

UN BAILE DE GUANTE.

Siempre he creido que nosotros los guatemaltecos tenemos en nuestra organizacion algo de monos, visto que somos esencialmente imitadores. Todo el trabajo está en que uno ó dos hagan cualquiera cosa, que ya los demas dan en hacer lo mismo, sin otra razon que la de que otros lo han hecho. Mil ejemplos pudieran aducirse para probar la exactitud de esta observacion. Aquí las modas llegan tarde, pero se generalizan al momento, por mas que sean extravagantes ó inadecuadas al clima y á 'as costumbres del país. Las han adoptado dos ó tres, eso basta para que las adopten tres ó cuatrocientos, sin exámen. Viene un *quidam* cualquiera que hace raya por algun motivo y tiene pretensiones, mas ó menos fundadas, á pasar por una *notabilidad*; á los tres dias, es seguro encontrar cinco ó seis cópias del original; y si, como suele suceder, este es cojo, ó manco, ó vizco; las cópias se *acojan*, se *amancan* y se *avizcan* de propósito, para que la imitacion sea mejor y mas perfecta. Por esa mania de que voy hablando, las gentes se casan aquí por tiempos, se divierten por tiempos, quiebran

por tiempos, y hasta se suicidan por tiempos, pues en todo y por todo hemos de ser imitadores. Si dos ó tres dan en hacer versos, puede contarse con que la poeticomania ha de apoderarse hasta de los agrimensores, que son, por razon de oficio, los seres mas prosaicos que conozco. (Y á pesar de eso, á dicha profesion pertenecia el mejor de nuestros poetas!) El dia menos pensado se le va á poner en la cabeza á un agente de policia cumplir con sus obligaciones, y vereis como ya no hay *bolos* (1) por las calles, ni pendencias, ni charcos sucios, ni agugeros en los empedrados, ni paredes tiznadas, ni perros que muerdan á las gentes; pues de seguro los demas miembros del cuerpo han de hacer lo mismo que hizo el cólega. Espero en Dios que no me he de morir con el antojo de ver cundir ese saludable espíritu de imitacion entre los señores de la policia.

Por esa mania imitativa que voy analizando, sucedió en cierta ocasion que las gentes dieron en aficionarse al baile; de modo que esas distracciones, que son hoy tan poco frecuentes, menudeaban en la época á que me refiero y se multiplicaron sin mas motivo que el de que á unos cuantos les ocurrió que era bueno bailar y divertirse. Despues que hubo tres ó cuatro reuniones, realmente muy lucidas, en algunas casas particulares, varias personas concibieron el proyecto de que se diese un baile de guante, cotizándose diferentes *capitalistas* y jentes de buen tono para llevar á cabo el pensamiento. Sin saberse bien como ni de que manera, resultó nombrada una *comision directiva*, compuesta de siete individuos que debian levantar la suscricion y cuidar de todo

(1) Provincialismo. Borrachos.

lo relativo al baile. Tuve la desgracia de ser uno de los miembros de esa honorable junta. Nos reunimos con frecuencia; tanto que en ocho dias, celebramos unas quince sesiones, para formar la lista de contribuyentes y de convidados, y ahí tuvieron principio las dificultades. Cada uno de nosotros era un rey constitucional que usaba del derecho de poner el *veto* absoluto ó suspensivo á cuantos y á cuantas no le acomodaban. A uno se le borraba de la lista, porque era muy *chucho* (1) y no habia que esperar contribuyese ni con un real para los gastos. Otro era rechazado, por la poderosa razon de que diez años antes habia tenido un pique con uno de los miembros del *comité*, que juraba no asistir ni meterse en nada si se convidaba á aquel. Fué necesario prescindir de invitar á Doña Gregoria, porque tenia dos sobrinos muy malcriados; á Don Valentin, porque comia mucho y no alcanzaria la cena si él asistia al baile; á Don Crisanto, por camorrista; á Doña Pascuala, por chismosa; y á otros y otras por diferentes causas á cual mas fundada. Por fin, á la décimaquinta sesion, logramos ponernos de acuerdo y se firmaron las listas y el programa; no sin que salvasen sus votos tres individuos de la comision, que "se hicieron el deber" de presentar su opinion por escrito, á fin de que quedase consignada y la posteridad pudiese hacer justicia al patriotismo, á la conciencia etc. que habian mostrado en aquel grave negocio.

Salimos con la lista á solicitar el allanamiento de los contribuyentes, y comenzó otra campaña. Uno no daba, porque la comision era nula, sus miembros unos intrusos, que se habian colocado en aquellos puestos (muy envidiables por cierto) sin consultar el voto de la nacion....esto es, de los que habian de asistir al

(1) Tacaño.

baile. Otro, porque estaba de duelo por un pariente que se le habia muerto en España dos años antes, y á quien jamas habia conocido. Este, porque los tiempos no estaban para botar el *pisto* (1) en boberias; aquel, porque no bailaba; el de mas acá, porque no cenaba; y el de mas allá, porque no le daba la gana. Si todos hubieran tenido la franqueza de decir lo mismo, no se habria pensado mas en el sarao, y algunos dolores de cabeza nos habríamos ahorrado; pero hubo muchos que, aunque refunfuñando y de mal talante, se apuntaron, quien con diez pesos, quien con ocho, quien con cinco; sin que faltaran tampoco garbosos que lo hicieran de buena voluntad y se suscribieran hasta con veinticinco pesos. Reuniose al fin, aunque con mil trabajos, la cantidad que se consideraba suficiente para cubrir los gastos de la fiesta.

Tratose en seguida de buscar una casa á propósito para el baile; pero para esto, por fortuna, no fué preciso calentarse mucho la cabeza; pues al momento se abocó Don Simon de las Gangas con la comision y ofreció una que tenia desocupada, amplia, cómoda y con todo lo necesario, segun dijo, para un baile. Fué aceptada de mil amores, y se mandaron dar á Gangas veinticinco billletes de entrada que pidió para él y para su parentela hasta el quinto grado de la computacion canónica. Fuimos á ver la casa y encontramos que, en efecto, no le faltaba nada; pues tenia á mas de sus respectivas paredes, sus techos, sus corredores y sus enladrillados; aunque con telarañas por tapices, letreros y figuras hechas con carbon, y no muy decentes, por pinturas. Fué necesario empapelar las piezas principales, poner cielos rasos y pintar corredores; lo cual, como no se habia de quitar despues,

(1) Dinero.

quedó naturalmente á beneficio del generoso Don Simon. Ainda mas, se le limpió la casa de diez ó doce millones de vivientes entre ratones, arañas, cucarachas y pulgas que estaban en pacífica, quieta y no interrumpida posesion de ella desde mucho tiempo.

Despues, nos echamos á buscar todo lo necesario para amueblar la casa. Uno dió los sofaes, otro las sillas, otro las consolas, otro las arañas, otro los espejos &c.; pero todo bajo la condicion precisa de que sus rsspectivos muebles les serian devueltos sanos y salvos; respondiendo de su valor (al cual se le cargó el cincuenta por ciento desde luego) los individuos de la comision directiva. Tuvimos que pasar por todo, pues ya se habia hecho público el proyecto del baile, no se hablaba de otra cosa en la ciudad, y segun dijo no sé quien, nuestro honor estaba comprometido en que se diese la tal fiesta, aunque nos costase la vida. Eso sí, en tratándose de satisfacer un compromiso de honor, nadie nos gana.

Un ejército de albañiles, carpinteros y pintores invadió la casa desde el siguiente dia; y mediantes ruegos, amenazas y ofertas de doblar la paga, alternándonos los individuos de la comision en montar la guardia para que aquellos señores no *hiciesen la vieja*, al cabo de dos semanas la casa de Don Simon estaba como nueva, y los salones, segun todos digeron, magníficos, espléndidos, sublimes. Es verdad que los muebles no eran muy iguales, como que pertenecian á diversos dueños; que los espejos eran de dimensiones diferentes; que las arañas eran unas de bronce y otras de cristal; pero ¿quién repara en esas pequeñeces, tratándose de un baile de suscricion para el cual se piden muebles y adornos á media ciudad? Hubo dos mil disputas para la colocacion de cada trasto; y

como ademas de los siete sabios de Grecia que componíamos la direccion, se consideraban con derecho pleno para dar su voto todos los demas sabios que habian apuntado de dos pesos para arriba, se volvió aquello un guirigay de los demonios, hasta que al fin hubo de hacerse lo que querian los mas tercos, (que son siempre los que se salen con la suya); por supuesto, no sin la correspondiente protesta y salvamento de votos de los que perdieron capítulo.

Llegó la tan anunciada, deseada y prorogada noche del baile. Los miembros de la comisson, molidos y quebrantados por la fatiga física y moral de un mes entero de campañas, nos constituimos desde las ocho, de punta en negro, en la casa de Don Simon, con nuestras respectivas *costillas*, para recibir á las señoras y á los caballeros. A eso de las nueve, comenzaron á llegar los mas puntuales; y á las diez y media, la concurrencia no cabia en los salones y en los corredores. Una quinta parte, por lo menos, no estaba convidada; pues como no tuvimos la precaucion de hacer los billetes *nominales*, se los procuraron de cualquier manera muchos de los que no eran *llamados*, y que por sí y ante sí se declararon *escojidos*. Ahí estaban, por supuesto, y entraron de los primeros los que habian sido excluidos expresamente: Doña Gregoria y sus dos sobrinos los malcriados, Don Valentin el harton, Don Crisanto el pendenciero, Doña Pascuala la chismosa, y *tutti cuantti*. Se distribuyó impreso el programa; que era, digamos la *Constitucion del baile;* que tuvo la suerte de casi todas las Consfituciones de este mundo; esto es, la de ser violada por aquellos para quienes se dió y por los mismos que la dieron. Cuando conforme al Art. 5. °, debia bailarse una cuadrilla, tres ó cuatro de los sus-

critores impusieron silencio á los filarmónicos y mandaron que se tocase una redowa. Llegó la hora de una contradanza española, puesta *ad hoc* para las señoras y señores de cierta edad; pero los jóvenes dijeron que era una barbaridad, un *rococó*, y no hubo medio de que se tocase la contradanza. Uno pedia vals, otro mazurka, este shotish, aquel lanceros; con lo cual no se bailó nada á derechas, hasta que llegó la hora de la cena, que puso término á aquella batahola, para dar principio á otra de peor carácter. Cuando entraron las señoras en el comedor, la mitad de la mesa estaba ocupada por lo mas granado de los jóvenes de la reunion, que sin hacer caso de nadie, habian embestido á los platos y botellas, y á quienes no hubo medio de hacer largar los puestos, por aquello de *gato el que posee.* Don Valentin el gastrónomo presidia la falange de los que se habian anticipado á coger orillla; y á sus lados estaban Don Crisanto el peleador, los malcriados de Doña Gregoria y toda la tribu de los Gangas. Con mil trabajos logramos colocar la mayor parte de las damas. Comenzó la *razzia*, y á la hora, aquello era un infierno. El vino habia hecho su efecto y no se entendian ya los unos á los otros. Un poeta desenvainó media docena de sonetos y otra media de anacreonticas, y subido en una silla, los comenzó á declamar, en medio del bullicio, sin que nadie le hiciera el menor caso. Brindis, chistes, requiebros, reconvenciones, carcajadas, todo se amontonaba y confundia, prolongándose por dos horas la barahunda, hasta que pudimos arrancar de los puestos á aquellos heliogábalos. Se colocaron otros, y hubo una repeticion de la primera escena. Algunos de los individuos de la comision, traspasados de hambre, logramos acomodarnos en una esquina de la

mesa y habiamos comenzado á tomar alguna cosa, mientras el baile continuaba en los salones con la animacion que se observa siempre despues que se ha cenado, cuando oímos grandes gritos y alboroto en la sala principal. Acudimos allá y con dificultad penetramos por entre la masa de criados y criadas que, en grande uniforme de cocina, ocupaban ya las avenidas, *espiando el rumbo.* (1) Entramos al fin y vimos que aquello era una Babilonia. Don Crisanto, el camorrista, por no sé qué cuestion insignificante, habia dado una tremenda bofetada á uno de los individuos de la comision, y allí fué Troya. Los amigos y parientes del abofeteado querian tomar venganza del agravio; mientras que los parientes y amigos del abofeteador salieron á la defensa de éste. Don Crisanto se habia colocado en un rincon, muy cerca de un espejo, y habiéndose apoderado de un violon de los de la orquesta, estaba atrincherado tras él, resuelto á defenderse "hasta derramar la última gota" (estilo de proclama). Uno de los agresores agarró una silla y la arrojó á Don Crisanto; pero por desgracia el proyectil iba mal dirijido, y fué á dar de lleno en el espejo, que se hizo mil pedazos. Las señoras huian ó se desmayaban; los músicos enfundaban los instrumentos; una dama que estaba ahí y andaba en meses mayores, daba gritos diciendo que sentia síntomas alarmantes. Segun se vió ocho dias despues, llevaba en su seno dos angelitos que quisieron anticipar la salida, por ver como se acababa un baile á capotazos. Algunos corrimos á la puerta con ánimo de largarnos. ¡Imposible! Los malcriados de Doña Gregoria habian tenido la precaucion de echar llave desde mucho an-

(1) En lenguaje vulgar, baile.

tes, resueltos á que el baile durara hasta las nueve de la mañana del siguiente dia. Por fin se llamó auxilio por las ventanas; llegó una patrulla, se forzó la puerta y el oficial, impuesto de que la camorra era porque unos atacaban y otros defendian á la comision, dedujo que esta era el orígen del desórden y resolvió que lo mas acertado era llevar á sus individuos á la cárcel; lo que indudablemente habria sucedido, si no interviene un jefe de alta graduacion que por fortuna se hallaba en el baile. Abierta ya la puerta, me apresuré á abandonar aquel campo de Agramante, dejando al ilógico oficial el cuidado de entenderse con los camorristas.

Al siguiente dia se reunió la comision para arreglar la cuenta, y vimos aparecer *el fantasma aterrador del déficit*, aumentado con el valor del espejo roto, que fué preciso pagar. Distribuimos entre todos la suma que faltaba, y dimos por bien pagada la experiencia adquirida.

En esa misma noche pasaba yo por la calle donde vive Doña Pascuala la chismosa, que hablaba en su balcon con Don Crisanto el abofeteador y Don Simon de las Gangas. No me conocieron, y pude oír á la vieja malvada lo siguiente:

—¡Ochocientos pesos gastados en aquella porqueria! Vaya! con la mitad se hubiera dado un baile magnífico.—

—Eso es, dijo Gangas, porque no cuenta usted con que algo debe quedar á la comision por su trabajo.—

—Sí, dijo Don Crisanto, es bien sabido que les han quedado las ollas embarradas. Lo ménos la mitad se han embolsado.—

Pasé de largo sin decir palabra; y al llegar á mi

casa, tomé un libro muy voluminoso, donde apunto mis propósitos, hijos de las lecciones que la experiencia me va dando, y escribí en letras gordas, bajo el número 324,582: NO TOMAR PARTE JAMAS NI POR MOTIVO ALGUNO, EN UN BAILE DE GUANTE.

El Chapin.

Nunca he podido averiguar lo que haya dado motivo á que se designe con el nombre que encabeza este artículo á los guatemaltecos; ni alcanzo la analogía que pueda existir entre la persona que ha nacido en la capital de nuestra república y una "especie de chanclo de que usan solo las mugeres y se diferencia del chanclo comun en tener, en lugar de madera, un corcho forrado de cordoban;" definicion que el Diccionario de la Academia dá de la voz *chapin*. Segun el Padre Alcalá, chapin es una corruptela del nombre arábigo *chipin*, que significa alcornoque; y se dió esa denominacion al tal calzado, por formarse sus suelas de la madera de aquel árbol. Si alguno de nuestros eruditos antepasados sabia eso, y al llamar chapines á los guatemaltecos, quiso decir disimuladamente que somos unos pedazos de *alcornoque*, la cosa no va tal vez tan fuera de camino. ¿No podria decirse que, en ese sentido, somos, cual mas cual ménos, unos verdaderos *chipines* en arábigo, ó chapines como hoy se dice en castellano?

Por lo demas, sea cual fuere la etimología de esa denominacion, ella ha hecho fortuna, como muchas gentes que tienen un orígen igualmente dudoso; y fuera de la república, con tal que no salgamos de los límites de los estados de la América Central, no se nos conoce bajo otro nombre que el de chapines, que hemos aceptado de buena voluntad los hijos de esta capital, como aceptamos otras cosas peores.

El tipo del verdadero y genuino chapin, tal como existia á principios del presente siglo, va desapareciendo, poco á poco, y tal vez de aquí á algun tiempo se habrá perdido enteramente. Conviene, pues, apresurarse á bosquejarlo antes de que se borre por completo, como se aprovechan los instantes para retratar á un moribundo cuyo recuerdo se quiere conservar. El chapin es un conjunto de buenas cualidades y de defectos; pareciéndose en esto á los demas individuos de la raza humana; pero con la diferencia de que sus virtudes y sus faltas tienen cierto carácter peculiar, resultado de circunstancias especiales. Es hospitalario, servicial, piadoso, inteligente; y si bien por lo general no está dotado del talento de la iniciativa, es singularmente apto para imitar lo que otros hayan inventado. Es sufrido, y no le falta valor en los peligros. Es novelero y se alucina con facilidad; pero pasadas las primeras impresiones, su buen juicio natural analiza y discute, y si encuentra, como sucede con frecuencia, que rindió el homenage de su fácil admiracion á un objeto poco digno, le vuelve la espalda sin ceremonia y se venga de su propia ligereza en el que ha sido su ídolo de ayer. Es apático y costumbrero; no concurre á las citas, y si lo hace, es siempre tarde; se ocupa de los negocios agenos un poco mas de lo que fuera necesario y tiene una asom-

brosa facilidad para encontrar el lado ridículo á los hombres y á las cosas. El verdadero chapin (no hablo del que ha alterado su tipo extrangerizándose) ama á su patria ardientemente, entendiendo con frecuencia por patria la capital donde ha nacido; y está tan adherido á ella, como la tortuga al carapacho que la cubre. Para él, Guatemala es mejor que Paris; no cambiaria el chocolate, por el té, ni por el café, (en lo cual tal vez tiene razon). Le gustan mas los tamales que el *vol-au-vent*, y prefiere un plato de *pipian* al mas suculento *roastbeef*. Va siempre á los toros por diciembre, monta á caballo desde mediados de agosto hasta el fin del mes; se extasía viendo arder *castillos* de pólvora; cree que los pañetes de Quezaltenango y los brichos de Totonicapan pueden competir con los mejores paños franceses y con los galones españoles; y en cuanto á música, no cambiaria los *sonecitos* de Pascua por todas las óperas de Verdi. Habla un castellano antiquísimo: *vos*, *habis*, *tené*, *andá;* y su conversacion está salpicada de provincialismos, algunos de ellos tan expresivos como pintorescos. Come á las dos de la tarde: se afeita juéves y domingo, á no ser que tenga catarro, que entónces no lo hace así lo maten; ha cumplido cincuenta primaveras y lo llaman todavia *niño* Fulano; concurre hace quince años á una tertulia, donde tiene unos amores *crónicos*, que durarán hasta que *ella ó él* bajen á la sepultura. Tales son, con otros que omito por no alargar mas este bosquejo, los rasgos principales que constituyen al chapin legítimo; del cual, como tengo dicho, apenas quedan ya unas pocas muestras.



Uno de mis mejores amigos, Don Cándido Tapalcate, hombre de excelente corazon, pero de escaso entendimiento, es un compendio de muchas de esas

buenas cualidades, manias y preocupaciones que he bosquejado aquí rápidamente. En el tiempo en que yo era nopalero, estrechamos nuestras relaciones; pues mi amigo, que se ocupaba tambien por entónces en la agricultura, tenia una magnífica plantacion de nopal, colindante con la mia. En honor de la verdad, debo decir, ya que hablo de esto, que jamas me sonsacó á mi mayordomo ni á mis operarios, portándose siempre conmigo como buen vecino y como caballero. Hará cosa de un año, Don Cándido tenia enfardada en los corredores de su casa la grana que su nopal le habia dado en tres cosechas, sin haber querido venderla; pues nadie le quitaba de la cabeza que cuanto se decia de la baja de precios en Europa y descubrimiento de nuevos tintes, eran unas grandes mentiras, inventadas por los pícaros de los extrangeros, confabulados con los comerciantes judíos de aquí, para sacrificarnos á nosotros los nopaleros. Inútilmente le mostraba yo las circulares de las casas de Lóndres y los periódicos, pues siempre me contestaba que el papel todo lo aguanta; y atrincherado tras ese que él creía un verdadero axioma, no era posible hacerlo entrar en razon. Un dia, aburrido sin duda de estar tropezando con los no muy olorosos zurrones de su grana, mi amigo tomó la mas extraña resolucion de este mundo, atendidos su carácter y preocupaciones. Tal fué la de coger sus tercios de cochinilla, marcharse con ellos á Izabal y embarcarse para Lóndres. Cuando me comunicó el proyecto, estuve un rato dudando si soñaba; pero al fin hube de convencerme de que aquello no era una fantasmagoria, al ver la formalidad de los preparativos de la expedicion. ¡Don Cándido Tapalcate hacer un viage á Europa! El, que veinte años hace tuvo que ir á Belice, y antes de

emprender la marcha, se confesó y otorgó su testamento! ¡Don Cándido, el chapin por excelencia, el enemigo nato de todo lo que es extrangero, ir á caer en aquella Babilonia!

Fijó el dia de la partida y comenzó á tomar sus disposiciones. Como mi amigo es hombre solo y no tiene muger, hijos, ni nada que le estorbe, empleó solo cuatro meses en los preparativos del viage, y al fin estuvo listo. Fuí á decirle el último adios, y me ocurrió echar una mirada á los avíos, por ver si se habia olvidado alguna cosa. Figuraos mi sorpresa, al ver que Don Cándido marchaba para Lóndres con un catre y su correspondiente colchon; con toda su ropa, en cuenta los fraques y las levitas de penúltima moda que aquí solia llevar; con un sombrero dentro de su respectiva caja; con un servicio de mesa desde manteles hasta salero; con un *batidor* de cobre y su correspondiente *molinillo* y con un mueble de que jamas se habia separado, al cual tenia particular cariño, y que llamaré aquí por su nombre, puesto que no es pecado: la bacinica de plata de su abuelo. No hay remedio, dije para mí, Tapalcate ha creído que Lóndres es Escuintla, y por eso arrea con todos sus tocayos. (1) Trabajo me costó persuadirlo á que dejase una parte del menage; pero no me fué posible hacerlo separarse ni del *batidor*, ni del orinal del abuelo. Llegado el dia de la marcha, se despidió de mí hecho un mar de lágrimas, y me confesó que se iba únicamente por haberlo anunciado tantas veces; siéndole bochornoso desistir del cacareado viage.



Mi pobre amigo sufrió el mas horroroso mareo durante la navegacion. En conciencia, no le debieron ha-

(1) Tapalcate es voz provincial de Guatemala que significa trasto ó mueble inútil.

ber cobrado como á pasagero; sino el flete como un zurron mas de los trescientos y tantos que iban por su cuenta, embarcándolo bajo conocimiento. Llegó al fin á Lóndres, y algun tiempo despues recibí una carta suya, que voy á trasladar aquí íntegra, para que se forme idea de las *impresiones* de un sencillo chapin del año 1811 en una de las grandes capitales de Europa. Decia así:

"Querido amigo Salomé.

"Lóndres, Diciembre 15 de 1860.

"Al fin, gracias á Dios, me tiene U. en ésta sano y salvo, despues de haber pasado el mar, cosa que jamas habia podido imaginar me sucediese. No me detendré á ponderar á U. los riesgos que hemos corrido y los peligros en que nos hemos visto, porque seria cosa de nunca acabar. A poco de haberme embarcado en Belice, comencé á sentir ese mal horrible que llaman el mareo, y al dia siguiente sentia yo dentro del cuerpo las ansias de la muerte. Llamé á un criado para que propusiese al capitan la mitad de mis tercios de grana con tal de que parase por un cuarto de hora siquiera el condenado buque; pero el maldito hizo tanto caso de mí como si ladrara un chucho. Tuve que resignarme á aquel horroroso sangoloteo, y metido en una especie de cajon de muerto, pasé no sé cuantos dias; hasta que quiso Dios llegásemos al puerto, donde me desembarcaron, y metido en un coche grande, que camina como alma que se lleva el diablo, llegué á esta capital y me acomodé en el primer hotel que encontré á mano. ¡Ay amigo! Esto es grande, grande, grande. Será como seis veces

Guatemala, segun creo; pues dicen que ya llega á dos millones esta poblacion; y teniendo nuestra capital mas de trescientas mil almas, ya U. vé que sí sale la cuenta, poco mas ó ménos. Aquí todos son locos, y no se entienden los unos á los otros. Hablan diferentes idiomas, y por desgracia muy poco el castellano, y menos aun el guatemalteco, como se lo probará á U. un caso que al siguiente dia de mi llegada me sucedió. Hice que me llevaran á casa de un Sr. Chuleta, (así creo se llama) un comerciante chapeton (1) muy rico, que todos dicen es muy buen sujeto y para quien traje cartas. Me hizo mucho cariño, pues no es hombre de los que se dan tono, y despues de haber leido las cartas, me dijo que viera en que podia servirme. Yo, que casi no tenia ya cuartillo, pues me habia gastado entre Izabal, Belice y Santomas, lo que traia, le dije:

—Señor Chuleta, lo que por ahora necesito y con urgencia, es un poco de pisto, pues se me ha acabado el que saqué de Guatemala.

—Pisto, dijo él, no sé lo qué es; pero si lo hay en Lóndres, cuente U. con que lo tendrá.

—Esa es otra, le contesté, ¿pues no ha de haber pisto en Lóndres?

—Podrá haberlo, dijo él; pero yo no sé lo que es.

—Pisto, pisto, le repliqué; lo que todos gastamos; y viendo por fortuna unas cuantas monedas sobre el escritorio, las tomé y le dije:

—Esto es pisto, Sr. Chuleta.

—Ah! dijo él, UU. llaman pisto al dinero; esa es otra cosa y tendrá U. el pisto.

Figúrese U., amigo, si no es para desesperarse uno. Hasta ahora oigo que pisto no es palabra castellana.

---

(1) Español.

¿Será, pues, griego ó pupuluca lo que allí hablamos? Luego sucede que en el condenado hotel donde vivo, nadie me entiende una palabra. En vano he recurrido al consejo que en esa me dieron algunos amigos, y que es un recurso tan sabido, de pedir *sombrero* cuando quiero pan; *botas*, si necesito mantequilla, y nombrar á la Pepa mi prima para pedir papel, Ni por esas. Me responden siempre: *Ay, no sé onde están.* (1) Figúrese U., mi amigo, si yo he de creer que los criados del hotel no saben donde está el pan, la mantequilla y el papel. Despues he sabido que lo que quieren decirme con eso es que no me entienden. Creo, pues, que estos malditos criados han olvidado ya el inglés. No he ido á los teatros, ni á los museos, ni á los otros establecimientos públicos, ni á nada; porque con el diablo de frio que hace, me ha caido un catarro que me ha tenido encerrado casi desde que vine. Salí un dia por necesidad, porque me avisaron que iban á vender mis granas; lo cual hicieron como les dió la gana; mientras un gringo de estos, subido en una especie de púlpito, daba martillazo tras martillazo, que no parecia sino que me caian los golpes en el corazon. Las comidas son aquí infernales. El chocolate se me acabó, y lo que venden con este nombre, es imbebible. Luego vaya U. á conseguir unos frijoles, ni unos tamales, ni una tortilla, ni una naranja agria, ni un chile para el caldo en este condenado Lóndres, que Dios confunda. Un español que vive en el hotel me propuso ayer ir á Paris: yo le dije que si podia irse por tierra, estaba pronto. Se puso á reir;

---

(1) *I dont' understand;* no entiendo. La manera en que se pronuncia esta frase inglesa, se presta á la equivocacion del chapin, y á que crea que le contestan: "ay! no sé onde están."

me dijo que estabamos en una isla, es decir, en un monton de tierra rodeada de agua; lo cual, como U. se figurará, no deja de darme algun cuidado. Añadió que para ir á lo que él llama el continente, es necesario pasar el canal de la Mancha. Yo le pregunté si esa Mancha de que me hablaba era la tierra de Don Quijote, pues me alegraria mucho de conocerla; y vuelta á la risa. La gente aquí, amigo Salomé, es muy malcriada. Yo saludo á todo el mundo en la calle, en el hotel, en todas partes, y nadie me contesta. Cuando voy á entrar por una puerta y entra otra persona al mismo tiempo, me detengo y cedo el paso. Como si nada; entran sin hacer caso de mí, de Don Cándido Tapalcate, antiguo municipal y dueño de una gran nopalera en Guatemala! ¿Qué dice U. de esto? Estoy arreglándolo todo para marcharme, y lo único que me detiene es que me han aconsejado asegure el pisto (U. si sabe lo que es pisto) que voy á llevar, y me piden por eso no sé cuanto. Yo los he enviado á la droga (1) y he dicho que mas seguro va en mi cofre que en ninguna otra parte. Socaliñas, mi amigo, socaliñas. Ahora ya sé lo que es Lóndres, y nadie podrá contarme cuentos. Pronto nos veremos, si no me muero del mareo; y entre tanto, me repito de U. afectísimo amigo

Cándido Tapalcate.

P. D. Por si no me voy tan pronto, hágame favor de pasar á casa, buscar mi capa que dejé en la percha y enviármela por el paquete; porque si no, con este frio me voy á helar hasta los huesos.

Suyo &.—*C. T.*

(1) Lo mismo que noramala.

Tal era la extraña carta de mi sencillo y excelente amigo. Dos meses despues estaba en Guatemala. Fuí á encontrarlo á la garita. El infeliz habia estado á punto de naufragar entre Santomas y Jamaica; y habiendo sido necesario aligerar el buque, tuvo que arrojar al agua su dinero, que no habia querido asegurar, y su equipaje, incluso el batidor y la consabida prenda del abuelo. Venia disgustadísimo del viaje, y jurando no volver á salir de su tierra, aunque lo hicieran Papa, segun me dijo, al abrazarme con las lágrimas en los ojos. Me hizo la enumeracion de todos sus percances, y concluyó asegurándome que si alguna vez le venia la tentacion de mezclarse en la política, y llegaba el caso de que lo espulsasen del país, pediria mas bien como un favor el que lo fusilaran, antes que hacerlo salir de Guatemala.

El Guanaco.

Como lo hice en mi artículo anterior, respecto á la palabra *chapin* y á la aplicacion que por acá le damos, tengo que comenzar el presente confesando mi ignorancia crasa acerca de la denominacion con que distinguimos en esta capital á los hijos de otras poblaciones del país. Véase como hasta los periodistas, que parece lo sabemos todo, ignoramos tambien algunas cosas. Llamamos guanaco, no solo al que ha nacido en los estados de Centro-América que no son el de Guatemala, sino á los naturales de los mismos pueblos de la república. Así, oímos hablar frecuentemente de guanacos de Guastatoya, de Cuajiniquilapa, de Amatitlan, &; y algunos hay que llevan el rigor localista hasta el extremo de calificar con aquel apodo á los habitantes de los barrios de esta ciudad. Por lo demas, y dejando aparte esa mania extravagante, creo seria bueno proponer en los diarios, en forma de charada ó acertijo, la significacion de la palabra guanaco, en el sentido que entre nosotros tiene; pues francamente hablando, no sé qué pueda haber de co-

mun entre el cuadrúpedo rumiante que en la historia natural se conoce con ese nombre, y el bípedo, mas ó menos racional, que nace fuera de nuestras garitas.

Sentadas estas premisas, debo manifestar que el presente artículo se refiere únicamente al guanaco provinciano ó *ultrapacino;* dejando quizá para otra vez la anatomia del guanaco departamental, si puedo expresarme así. Lo que el portugués para el castellano, es el guanaco para el chapin del vulgo. No hay anécdota ridícula que éste no atribuya á aquel; y si se trata de un recienvenido *bayunco*, es bien sabido que se ha de decir de él que se arrodilla delante las boticas, que toma por altares; que reza al *mascaron* del correo; que pide en la neveria agua caliente para entibiar los helados; que se asombra de que los chapines edificasen la ciudad en este *pedrero*, habiendo cerca llanos tan hermosos; que pregunta si la catedral es *hecha aquí*, y otras ocurrencias semejantes, que prueban menos mala voluntad, que deseo de embromar y de divertirse.

Verdad es que con el aumento de la civilizacion va desapareciendo, por fortuna, el espíritu de localismo; los chapines nos hemos vuelto mas tolerantes; y los guanacos por su parte, al menos en las poblaciones principales, han adelantado con el trato, mas y mas frecuente cada dia, con los extrangeros. Esto no obstante, como la cultura tiene que caminar entre nosotros á paso de tortuga, luchando con los infinitos obstáculos que á su desarrollo oponen las preocupaciones, la falta de elementos y hasta la configuracion física del país, hay aun muchísimos pueblos pequeños que permanecen en una situacion cuasi primitiva; es decir, poco menos que semi-salvaje. Un habitante de alguna de esas poblaciones, en medio de nuestra

relativamente adelantada sociedad, es un objeto curioso, digno de estudio y que, me parece, cabe perfectamente en estos pequeños *Cuadros ae costumbres.*

Hace algun tiempo vino á esta capital un Don Márcos Morolica, natural y vecino de un pueblo de cuatro ó cinco mil almas, situado allá en el interior de Nicaragua. Traía entre otras cosas buenas, una gran partida de ganado; y entre muchas malas, unas cuantas cartas de recomendacion para mi persona, de algunos de los deudos que tengo por aquellas tierras. Mas aun, era algo pariente mio por afinidad, segun me dijo al saludarme, alegando esa ciscuntancia para apearme el Usted, como lo hizo de primas á primeras, tratándome sin ceremonia, de *tú* y de *vos* alternativamente. Mi pariente es un hombre original, si los hay. Tendria, en la época á que me refiero, unos veintiocho años de edad; daba á conocer desde luego talento natural, aunque sin cultivo de ninguna especie, y habria pasado por buen mozo, á haber recibido un lijero barniz de civilizacion. Apeóse en uno de los mesones, pues ignoraba que hubiese en la ciudad posadas menos democráticas, y al siguiente dia de su llegada, se me presentó en el trage que en su pueblo solia llevar en los dias grandes. Levita de duradera azul con botones dorados, cortada á la manera en que se usaban veinticinco años hace; pantalon de dril blanco de forma igualmente pretérita; chaleco de terciopelo con todos los colores del iris; una gruesa cadena de oro; por corbatin un pañuelo de seda carmesí, recogido sobre la camisa con una sortija; guantes de seda y anillos sobre los guantes; pues no tendria gracia llevar esas alhajas para que no se viesen; tales eran, con un enorme y fino sombrero de Jipijapa, las principales prendas de la extraña *tua-*

tela de mi pariente. Díjele me ocupase en todo aquello en que pudiese servirle y me ofrecí á ser su *cicerone* para hacerle ver las pocas cosas que tenemos que merecen ser vistas.

En efecto, fuimos á visitar las iglesias, el teatro, la plaza de toros y nuestros principales establecimientos públicos. Al reves de lo que yo esperaba, mi Don Marcos no parecia sorprenderse de lo que jamás habia visto; y pronto pude convencerme de que venia con la resolucion formada *á priori* de no admirarse de nada. Todo era, poco mas ó menos, lo mismo que en su tierra, segun me aseguraba. Despues de haber recorrido la ciudad de sur á norte y oriente á ocaso, me manifestó el deseo de conocer un poco la sociedad; advirtiéndome, sí, que no debiamos salir de noche, pues no queria le diesen una puñalada al volver alguna esquina. Me reí de la candidez de mi pariente, que creia que en punto á seguridad individual, los guatemaltecos estábamos como ahora cuarenta años; y como por entónces no habia yo formado todavia la resolucion, que despues hice, de no ser introductor de nadie, hube de ofrecerle que lo presentaria en casa de algunos de mis amigos.

En efecto, el primer dia festivo despues de su llegada, fuimos á visitar á Doña Viviana Melindres, señora que está, ó cree estar por lo menos, en los últimos ápices del buen tono y la cortesania. Márcos entró en la sala, donde habia muchos tertulianos, como si hubiese frecuentado la casa toda su vida, y saludó á la señora con un "¿qué hace?" liso y llano, que me dejó frio. Invitado á sentarse en uno de los sillones, no bien se habia dejado caer, saltó como una pelota de goma elástica, y dijo—¡Caramba! ¿qué es esto?—La señora, fué inmediatamente á ver si tenia

algo la silla; pero no habia mas que los resortes, que comprimidos con el peso de mi hombre, le hicieron creer que se hundia el asiento. Una ligera sonrisa de los concurrentes indicó á mi presentado que habia hecho un disparate; pero no hizo alto en ello, y si lo hizo, no se le dió un pito. Se dirijió á una silla de balanza, y vuelta al susto, al sentir que se iba hácia atrás.—A la perra con los taburetes, dijo; unos se hunden y otros están rencos;—y quitándome el baston de las manos, lo atravesó bajo las cerchas en que descansaban los piés de la silla, con lo cual ésta se mantuvo fija. Comenzó la conversacion, y mi Don Márcos anduvo tan poco feliz en las cosas que habló, como en las que hizo al entrar. Empeñado en la charla, comenzó á escupir en la alfombra; Doña Viviana llamó á un criado y le mandó con disimulo pusiese al lado donde escupia mi pariente, una escupidera de porcelana dorada. Entónces Márcos escupió del otro lado. Volvió á llamar al criado la Melindres y le previno cambiase el lugar de la escupidera; pero Márcos, impaciente, dijo, señalando al trasto:—Si no me quitan de aquí esta *animala*, la escupo.—Una carcajada general celebró aquella salida. Corrido y avergonzado, quise poner término á la visita; pero el hombre condenado no entendia mis insinuaciones y seguia charlando y escupiendo á diestro y siniestro. Me puse resueltamente en pié y le dije que ya era hora de marcharnos.—Vaya que eres calilla vos,—me dijo, y se dispidió tan sin ceremonia como habia entrado. Salí resuelto á no presentarme ya en casa alguna con aquel gaznápiro.

Por entónces tuve que hacer un viage fuera del país y no regresé sino hasta cinco años despues de los sucesos que acabo de referir. Al siguiente dia de

mi llegada, estaba yo vistiéndome, cuando entra mi criado y me entrega una elegante targeta de visita con el siguiente nombre: *Marco Antonio Morolika.* No conozco á ese señor, dije para mí; el apellido me parece polaco.—Que pase á la sala, dije al criado, voy al momento.—Salgo y me encuentro un caballero en un elegante *negligé* de mañana, y á quien me pareció conocer, aunque no recordaba bien donde lo hubiese visto.—¿Cómo va, Salomé, *mon cher ami,*—dijo alargándome la mano, cubierta con un finísimo guante color de plomo.—Márcos!—esclamé.—¡Qué cambiado estás!—y entablé con él conversacion. Era otro hombre. Sus modales, su trage, sus palabras, eran, en apariencia al menos, de un perfecto caballero, y no pude encontrar huellas de aquel sencillo y burdo provinciano que cinco años antes habia conocido. Estropeaba el francés, que era un gusto oírlo; sabia decir en inglés *gentleman*, *fashion*, *comfort*, *tilbury.* Recibia los periódicos, especialmente los de modas, estaba abonado en la ópera, por pasar el rato y visitar á sus amigas de palco en palco, pues *encontraba la tropa pitoyable*; bailaba, jugaba, tenia carruage y caballos, conocia á todo el mundo, y era, segun me dijo, *l' enfant gaté* de la buena sociedad. Andaba en intrigas amorosas, y tuve que oír, en confianza por supuesto, los nombres de cinco ó seis Cleopatras cautivas atadas al carro triunfal del nuevo Marco Antonio. Para completar la metamórfosis, mi pariente, que consideró demasiado vulgares su nombre de bautismo y el apelativo de sus padres, habia cambiado el Márcos en Marco Antonio; y sustituyendo con una *k* la *c* de Morolica, dió cierto barniz de extrangerismo á su apellido. El ex-guanaco no era abogado, ni médico, ni comerciante, ni iba á ferias, ni tenia, en una pala-

bra, oficio alguno conocido, al reves de otros muchos de sus compatrioras de mas allá del Paz, que viven entre nosotros gozando de merecida estimacion. Sin embargo, gastaba como si tuviese mas caudal que un usurero: misterio que nunca pude descifrar satisfactoriamente. Márcos cuando vino de su tierra era ridículo, la cultura habia hecho de él un holgazan y un ser rpenicioso á la sociedad. ¡Y llaman á esto civilizarse! Confieso que me agradaba ménos aun bajo su nueva forma, que cuando conservaba, bajo la ruda corteza de su aldea, la sencillez de sus costumbres y la sinceridad inofensiva del campesino.

Tres meses despues del dia en que me hizo la visita de que he hablado, Marco Antonio desapareció de la ciudad, habiendo perdido en una casa de juego el carruage, los caballos, el reloj, los anillos y otras alhajas. Diez ó doce acreedores, á quienes habia estado por mucho tiempo alhagando y entreteniendo con promesas que jamas debian verse realizadas, acudieron á repartirse los despojos, harto insuficientes, que dejaba. Tomaron unos pocos muebles y encontraron entre las gavetas retratos, billetes amatorios y trenzas de cabellos, lazos harto débiles, por cierto, para asegurar aquel corazon voluble como una veleta. Ultimamente se ha sabido que al llegar á su pueblo, el fugitivo se casó con una anciana que poesía un capitalito de diez mil pesos, de los cuales dará sin duda buenas cuentas muy en breve. En cuanto á las abandonadas Melisendras, unas se han consolado de la ausencia de su Don Gaiferos, dándole el correspondiente sustituto; otras lloran su perfidia como Safo lloró la de Faon, aunque supongo que no llevarán su dolor hasta el extremo de dar el salto

mortal, y unas pocas no creen en el casamiento ni en lo de la vieja, y lo esperan con la misma fé, aunque con iguales probabilidades, que los judíos al Mesías y los portugueses al rey Don Sebastian.

MI CASA DE ALTOS.

El tiempo, ese gran trastornador de las cosas humanas, á cuyo influjo modifican sus costumbres aun los países mas apegados á sus hábitos y á sus tradiciones, ha introducido en nuestra sociedad cambios notables, haciendo que Guatemala sea hoy, en muchos conceptos, tan diferente de lo que era cincuenta ó sesenta años hace, como es distinto el imberbe mancebo del hombre hecho y derecho. El exámen comparativo de nuestra sociedad de hoy con la de principios del siglo, y aun con la de la época en que se verificó la Independencia, seria tan entretenido como útil; y entrando de suyo en la órbita á la cual alcanza la jurisdiccion del escritor de costumbres, quizá tendré que dedicar alguno ó algunos de los articulejos que, Dios mediante, me propongo escribir todavia, á ese estudio á la par curioso é instructivo.

Una de las cosas en que, á mi juicio, va haciéndose notar ese cambio de que hablo, es la construccion material de las casas, en lo cual se está verificando una verdadera revolucion, no sé si con ventaja mas

aparente que efectiva, como en muchos otros ramos en que se advierte esa transformacion. Como, por desgracia, ó por fortuna, no somos de ayer, hemos podido alcanzar y recordamos algunas casas que, ocupando una area estensa, contenian cuanto podia necesitar una familia para su comodidad y aun para el escaso é inocente recreo que en otro tiempo era permitido á los guatemaltecos. Pudiendo disponer de una porcion de terreno capaz de contener cinco ó seis casas en ciudades donde hay una grande exuberancia de poblacion, el opulento vecino de Guatemala fabricaba con todo el lujo, y aun desperdicio que era dado ostentar al que tenia donde estenderse y ensancharse á su sabor. Por otra parte, estando entónces la vida concentrada en el interior de la familia, natural era que en la construccion material de las habitaciones presidiese el pensamiento de encerrarlo todo en el recinto del hogar doméstico. Las casas eran unos cuasi conventos, como correspondia á la vida semimonástica que llevaba, si no toda, la mayor parte de la poblacion. Ademas de la sala de recepcion, adornada con grandes pinturas de santos, con espejos enormes, con el sofá de baqueta pintada, ó de rejilla, y con sillas de las que se llamaban por su dureza é incomodidad *despide-huéspedes*, habia el cuarto principal, ó alcoba, donde estaba el clásico estrado, en derredor del cual se reunia la tertulia, cuartos de estudio ó escritorios, habitaciones para niños y niñas, el departamento de la servidumbre, las oficinas interiores, patios espaciosos, jardines, huerta y hasta capilla algunas veces, para que no se saliera ni á la iglesia. La cochera estaba, por supuesto, separada de la casa, aunque inmediata á ella, y allí se guardaba el pesado forlon, generalmente mal pintado, que arrastra-

ban lentas pero seguras mulas. Familia principal hubo en aquellos tiempos patriarcales, cuyos individuos no pusieron un pié en la calle en mas de un año, con motivo de la muerte de uno de los suyos.

En la Antigua eran todavia mas espléndidas y *confortables* las casas de la gente rica, que lo fueron en esta nueva capital; y basta observar los restos que aun se conservan en esas lujosas construcciones, para advertir que, si bien por entónces se carecia de ciertos entretenimientos (no muy abundantes hoy tampoco,) al menos compensaban esa falta la comodidad y bienestar de que se disfrutaba en casas amplias, provistas de excelente agua y con otras ventajas que van ahora desapareciendo.

En efecto, parece que hemos caído en la cuenta de que es necesario evitar la superfluidad en las habitaciones, y comienza á ser una verdad entre nosotros aquello de *casa en cuanto quepas; dinero cuanto puedas.* Ya casi no hay huertas, ni jardines, ni baños, ni cocheras; admnículos que nuestro calculador positivismo juzga innecesarios; y en el sitio que antes ocupaban esas partes de las casas, se fabrican hoy casitas separadas, ó tiendas que producen algo. El que quiere frutas ó legumbres, las manda á comprar al mercado; el que gusta de flores, se priva de ellas ó las tiene en uno ó dos arriates; el que desea bañarse, se zabulle en la pila, ó en los no muy aseados baños públicos; y el coche, si lo hay, se aloja en el zaguan, aun cuando estorbe un poco. Si los amos están estrechos, ¿por qué él ha de ser tan sibarita que esté á sus anchas y tenga habitacion aparte?

Pero últimamente ha comenzado á introducirse un nuevo sistema en la construccion de las casas y se fabrican *de altos*, como generalmente se dice; esto es,

edificándose un órden de habitaciones sobre el piso bajo. La opinion no está aun muy conforme sobre la conveniencia del nuevo sistema, habiendo muchos que prefieren las antiguas casas bajas á las modernas de altos, aun cuando la apariencia de éstas sea realmente mas elegante y dé un aspecto mejor á la ciudad. Un arquitecto inteligente decia, no sin razon, que nuestras viejas casas, poco elevadas y con esos aleros prolongados que cubren las paredes, le parecian "hombres enanos con los sombreros hundidos hasta las cejas," comparacion exacta é ingeniosa.

A pesar de no ser yo de aquellos que dan la preferencia á las casas de altos sobre las antiguas, vino á suceder que llevado en parte de ese espíritu de imitacion que, segun he dicho en uno de mis anteriores artículos, es una enfermedad endémica en el país, y en parte tambien por la condescendencia, ó llámese debilidad, que forma el fondo principal de mi carácter, caí en la tentacion de edificar una casa á la moda, por hacer lo que otros hacen y por ceder á las instancias de amigos y parientes, á quienes Dios perdone el mal que, con buena intencion sin duda, me hicieron. Es el caso que poseía yo una antigua casa, que heredé de mis padres, amplia, cómoda, y bien construida, si no tan magnífica como esos semi-palacios de que he hablado al principio de este artículo, y que no á todos es dado tener, sí bastante capaz para mi familia actual y aun para la que, segun el cálculo de probabilidades, podré tener andando el tiempo. El diablo, sin duda, hubo de tentar á los que me quieren bien y les inspiró la idea de decirme que la casa estaba vieja, que era estrecha y mal construida, que dentro de tres ó cuatro años habria necesidad de derribar el techo y que mas valia hacer

temprano lo que se habia de hacer tarde; que construir de un solo piso era, sobre feo, mal pensado, si se consideraba que fabricando de altos, podrian abrirse tiendas que producirian arrendamientos: y sobre todo, que un hombre á la moda, como yo, debia apresurarse á adoptar los adelantos y progresos del tiempo. Confieso que ninguna de esas razones me pareció muy convincente; pero no sintiéndome con ánimo de resistir á tan apremiantes sujestiones, decidí echar abajo mi casa solariega. Como no estaba construida para sostener un segundo piso, fué necesario derribar las paredes y sacar las nuevas de cimientos. El que ha nacido y habitado durante su vida entera en una casa, puede únicamente comprender el sentimiento de dolor que me causaba ver caer aquella venerada y antigua mansion de mis abuelos, parte por parte, bajo los golpes de la barreta, que penetraban mas fácilmente que en la sólida argamasa, en mi angustiado corazon. Consolábame, no obstante, la consideracion de que íbamos á estar mejor alojados, segun me aseguraban todos; que no padeceríamos humedades en tiempos de aguas, y que los gastos que exijia la nueva construccion se irian compensando con los arrendamientos de seis tiendas, tres de ellas "con mando dentro," que iban á abrirse.

Desde luego tropecé con la gran dificultad de encontrar un arquitecto inteligente que dirijiese la obra; pues los dos ó tres únicos buenos que hay, estaban sumamente ocupados en otras casas tambien en construccion. Hube de echar mano de un albañil con honores de arquitecto, que me presentó un bonito plano y un presupuesto que no importaba mas que doce mil pesos. No me pareció exesivo y le mandé poner manos á la obra, aprovechando el tiempo seco.

Me aseguró que no tendria que molestarme para nada; que todo corria de su cuenta, y que antes de seis meses, podríamos bailar en la casa nuava. ¡Ay de mí! Cuatro veces seis meses transcurrieron y si yo bailaba y zapateaba en mi casa, no era por cierto de contento, sino de rabia, al ver que la obra no tenia trazas de concluir jamas. Que no habia madera; que el *tayuyo* (1) estaba muy caro; que los operarios estaban *haciendo lúnes;* que se debia deshacer un pedazo que estaba mal hecho; todo era, en fin, dificultades y contratiem pos inesperados. Innecesario es decir que yo, que por supuesto no entiendo jota de la materia, tuve que convertirme en director y sobrestante de la obra, llevando sol y tomando cóleras que en mi vida habia tenido iguales. Los doce mil pesos estaban consumidos, y la casa á medio techar, faltando la obra *muerta*, que decian iba á ser mas dispendiosa que la *viva.* Tuve que tomar ocho mil pesos á interés, que me prestó un judío con nombre de cristiano, con la *moderata ganancia* de un diez y ocho por ciento anual. Por último se concluyó la casa; pero ¡cual es mi desesperacion al ver que el estúpido del albañil no habia advertido que se olvidaba la escalera! Para acaba de impacientarme, uno proponia que se construyese de madera, desde el patio hasta el corredor, y no faltó avestruz que cortara la dificultad indicando se colocase un aparejo real para subirnos y bajarnos como fardos desde abajo á la habitaciones superiores. Con mil trabajos, inutilizando dos piezas, se construyó la dichosa escalera, y pudimos trepar al segundo piso. Al andar formaba éste ondulaciones, parecidas á las que hace un buque anclado en cualquiera de los que

(1) Ladrillo grueso y cuadrilongo.

por mal nombre llamamos puertos del sur; por lo cual jamas me atreví á dar el prometido baile, temeroso de que bajasen los danzantes por escotillon, como desaparecen los actores en una comedia de magia. Las tiendas no se alquilaban ni por Dios ni por sus santos, porque la calle no era propia para comercio de ninguna clase. Al fin tuve que dar una á un herrero que me rompia la cabeza dia y noche con los ruidos de sus martillos; otra á un matrimonio en el cual habia pronunciamiento diario y era preciso que el gobierno, es decir, el marido, restableciese el principio de autoridad á coces y mogicones, todo con el correspondiente acompañamiento de gritos y de llantos; y una de las *redondas*, (que llaman así sin duda porque son cuadradas,) que se ocupó con una fonda, donde habia á toda hora una marimonera que no nos entendíamos. Pude convencerme, ademas, de la profundidad y filosofia que encierra la expresion de tiendas con *mando dentro*, pues los inquilinos que entraban y salian continuamente, ya á bebernos el agua, ya á devolvérnosla bajo otra forma; ya, en fin, á otras cosas que no es del caso referir, acabaron por *mandar* en la casa mas que los verdaderos amos.

Item mas, hube de pasar no pocos sustos y aflicciones; pues como tengo media docena de chicos, que no digo que son el pié de Judas porque no creo yo que el pérfido apóstol haya tenido la maldad en los piés precisamente y no en otra parte del cuerpo, era necesario estar velando para que no se salieran aquellos diablitos á corretear por los pretiles, con riesgo de descalabrarse. Mi mujer dió en la florecita de *salir con mal* de sus lances apurados, por la subidera y bajadera de las gradas. Las criadas no duraban en la casa, porque no estaban acostumbradas, segun decian,

á semejante trajin, y una noche que hubo un temblor fuerte, creí que era llegada nuestra última hora; no porque la casa se cayese, que la pobre no lo consi guió por mas esfuerzos que hizo y bien dispuesta que al efecto estaba, sino por la circunstancia de que la familia entera se precipitó por la escalera abajo, quedando todos contusos y estropeados. Al siguiente dia salí á buscar una casa de alquiler, de las bajas, como aquella en que nací y viví y la cual no debí haber reedificado de altos; viniendo á convencerme, aunque muy tarde, de que no es muy prudente adoptar novedades, cuando no hay tal vez los elementos necesarios para que sean de positiva utilidad y verdadera conveniencia.

LAS SEMEJANZAS.

Guatemala debiera ser un país de retratistas, por la propension y la facilidad que aquí hay para cojer al vuelo todo género de semejanzas. Al siguiente dia de haber llegado de fuera una persona á quien jamas se ha visto, los numerosos descubridores de parecimientos hallan que el recienvenido tiene los ojos de Fulano, la nariz de Zutano, el modo de andar de Mengano y que le da *airecito á Perensejo.* Parecerá quizá una paradoja si digo que esas semblanzas, verdaderas ó supuestas, suelen hacer la desgracia de algunas personas; y sin embargo, nada mas cierto que eso. Si uno de tantos fisonomistas declara que tal sugeto que acaba de llegar es el vivo retrato de un imbécil de esos cuya estupidez ha pasado en autoridad de cosa juzgada, ya puede ser el hombre un Salomon, que no le costará poco trabajo rehabilitarse ante la opinion pública y hacer revocar aquel fallo, sobre tan falsas pruebas pronunciado.—Que Don

Crispulo es un hombre muy intelijente, instruido y consumado en tal ciencia.—Imposible!—responde en coro una docena; es el vivo retrato del pintor güegüecho que vive aquí á la vuelta.—Y aunque Don Crispulo sea realmente como lo pintan, y no tenga güegüecho por fuera ni por dentro, queda declarado tonto de capirote. ¿Quién le manda parecerse al pintor de la garganta quebrada? ¿Conoce U. á la mujer del director de los acróbatas? me dijo un dia una persona.—No señor.—Pues figúrese U., añadió muy satisfecho, el cuerpo de la Martina, los ojos de la Gerónima, la boca de la Petrona, el pelo de la Dolores y el conjunto de la Mariana, y diga U. que ya la conoció.—Pero hombre, digo yo, por el amor de Dios, ¿cómo puede hacerse el conjunto de una con las facciones de tantas?; y ademas, la Mariana tiene cincuenta años, es trigueña, y la *volatina* es jóven y blanca como una escocesa, segun dicen.—Pues sin embargo, es como se la pinto á U.—Otros diez me hacen la descripcion de la misma persona y concluyen por asegurar que se parece, como una gota de agua á otra, á veinte *individuas* que no tienen entre sí la mas lijera semejanza. Vaya, digo para mí, aquí falla el axioma de que dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí; y renuncio á formar idea exata de aquella que á tantas se parece.

Es tal nuestra propension á encontrar similitudes, que las buscamos no solamente entre personas, sino tambien entre éstas y los animales y aun entre los seres vivientes y los objetos inanimados. Muchas veces un *parece* de esos, si hace fortuna, pone en completo ridículo á cualquiera, haciendo se le cambie su nombre verdadero por el del animal ó el trasto con quien se le halla identidad. Vaya U. á cortejar á una jóven

á quien no se conoce sino por la *lagartija;* lleve U. del brazo, si se atreve, á la *zopilota;* haga U. el ánimo de sacar á bailar á la *muerte*; y ya puede U. esperar una inacabable letania de zumbas y de bromas. ¡Líbreme Dios de parecerme á nada malo, si no es ya demasiado tarde para expresar este deseo! Un extrangero á quien conocí algunos años hace fuera del país y que tuvo el raro capricho de venir á Guatemala á estudiar nuestras costumbres, probando asi que hay hombres para todo, fué víctima de esa malhadada propension nuestra á encontrar parecimientos. Diré como fué el caso.

El vago y mal entretenido viagero era aleman, y si Dios me ayuda, pondré aquí su apellido, pues no seria regular dejarme el nombre del héroe en el tintero. Vean mis lectores como se gobiernan para deletrearlo- Se llamaba Huberto Lichtingsterpstrobatchumberlihc, era un hombre inteligente, instruido, amable, y de esos pocos que disciernen en los países que visitan lo bueno de lo malo; que viajan con verdadero deseo de aprender, sabiendo que en todas partes hay defectos, y que de consiguiente, no vienen por acá con el *parti pris* de verlo todo detestable. El señor del apellido arrevesado (que en lo enredado podria compararse con muchas de nuestras cosas,) vino á hospedarse á mi casa, y como traía una especie de hidrofobia de conocer el país, inmediatamente tuve que dar de mano á mis quehaceres y me planté con él en la calle, para dar princípio á la excursion. Habríamos andado cinco pasos, cuando Herr Lichntinsterpstrobatchumberlich, que iba engolfado en la conversacion que conmigo entabló, sintió repentinamente caer á plomo sobre su hombro izquierdo un brazo descomunal, y al mismo tiempo oímos que le gritaban.—¡Tú por acá

Gonzalez? Te hacia yo en Europa.—Vuelvo la cabeza y encuentro que el que tan bruscamente se insinuaba, era Don Martin Pesado, quien al ver la cara entre asustada y colérica del aleman, le dijo:—U. dispense caballero; lo tomè, al verlo por detrás, por uno de mis âmigos; ¡se le parece á U. tanto!—y dió la vuelta con gentil desembarazo. Continuamos la marcha, y á poco andar, observé que en la acera de enfrente á aquella por la cual íbamos, dos jóvenes miraban con atencion á mi acompañante. Oí que el uno decia:—Sí es él, el amigo Perez, ¿no le ves la nariz? Algo avejentado está, pero es el mismo;—y sin mas ni mas, se precipita sobre mi hombre, lo estrecha entre sus brazos, y le dice:—Perez, Perez. ¿Cuándo ha llegado U.? ¿por qué se pasa U. tan tieso? Hace mil años que no lo veo;—y continuó por ese estilo haciendo exclamaciones, sin dejar tiempo de responder al infeliz viajero, que luchaba por desasirse. Yo le decia que estaba equivocado; que no era el sugeto que suponia; pero todo inútil; no soltó á mi pobre amigo, sino cuando lo hubo estrujado y magullado á su sabor.—¡Cosa mas parara! decia el aleman con mucha calma, que me parezca yo tanto á esos dos señores Perez y Gonzalez, que se me pueda confundir con ellos!—Oh!, le contesté, eso sucede aquí todos los dias. Por acá todos nos parecemos unos á otros; es una peculiaridad del país. —¿Y á qué atribuye U. eso?—replicó admirado el aleman.—No sé, le dije; pero puede ser efecto del clima, ó del agua, como los güegüechos.—Muy grande debe ser la influencia de esas causas, dijo mi amigo pensativo, cuando la experimento ya, y apenas acabo de llegar.

Seguimos nuestro paseo, y tuve mas de una ocasion de ver nuevos ejemplos de nuestra mania de encon-

trar parecimientos. Al pasar por una tienda, oigo decir:—Ahí va Salomé Jil con un gringo que se parece al Licenciado Tramoya. — Mas adelante dicen: — ¡Hombre! ese es el socio aquel de la casa de *Arranquera Petardo y C.* ^{a} que desapareció de aquí el año pasado.—¡Qué cara de perro dogo,—dice uno:—Canillas de alcaravan,—dice otro:—ojos de tecolote,—el de mas acá;—pescuezo de garza,—el de mas allá; y mi hombre que entendia perfectamente el castellano, se daba al diablo con todas esas pullas.—Yo debo ser un verdadero Proteo, me dijo al fin, ya incomodado, pues me parezco á tantas personas y cosas diferentes.

A cada momento lo tomaban por quien no era. Lo saludaban, lo reconvenian, le preguntaban noticias de puntos donde jamas habia estado; le recordaban promesas que no hizo; le cobraban lo que el pobre no habia comido ni bebido; pero no se le dió caso de que fuesen á pagarle alguna suma por equivocacion, ni de que le llevasen regalo que no le estuviese destinado, de que lo tomasen, en fin, por nadie á quien buscasen para cosa buena. Un mes estuvo aquí el desventurado Lichtingsterpstrobatchumberlich, y se fué con mas de diez apodos, dos de ellos realmente injeniosos y bien puestos, y los restantes muy disparatados. Pero quien acabó de dar al traste con flema del teuton, fué una señora que llegó á buscarlo la víspera de su partida, con la extraña idea de que mi huésped era el verdadero retrato de un mono que se le habia muerto, á cuyo animal tuvo particular cariño, y no habiendo tenido tiempo de hacerlo fotografiar, tenia el antojo (y estaba la pobre en época de ellos) de que mi aleman fuese á casa de un profesor del arte, á que lo copiase de cuerpo entero, ofreciéndose á pagar el valor de la efigie. Huberto estuvo á

punto de sacar de las orejas á la aficionada á monos; y lo habria hecho, á no haber yo intervenido y disculpado su capricho, atribuyéndolo á su situacion escepcional. Al siguiente dia el aleman salió de aquí, llevando en su diario de viage escrita la observacion de que en Guatemala el recien llegado se parece á todo el mundo, y que nadie nos gana para eso de encontrar similitudes.

Pues si tal cosa sucede con los parecimientos, físicos, que al fin están bajo la jurisdiccion de los sentidos, ¿qué sucederá con las semejanzas morales, que se perciben por medio de la intelijencia, de suyo mucho mas falaz que los ojos y el oído? Escriba U. artículos de cosumbres, por ejemplo, y verá facilidad y gracia para atrapar semblanzas. Pinte U. un malcriado, y entre los diez mil que hay en la ciudad, toman uno precisamente, á quien le dicen en todos los tonos que¿ si ya vió el artículo? que qué dice de él? que ¡cómo está pintiparado! etc. etc? Trace U. el retrato ideal de un gloton, y todo el mundo señala con el dedo dos ó tres y jura son los que ha puesto U. en berlina con el nombre de Don Zenon Tragabalas. Pinte U. hismosos, habladores, gorrones, y como si no hubiera mas que un ejemplar de cada una de esas buenas piezas en la ciudad, bautiza cada cual al chismoso, al hablador, al malcriado y al gorron que mas le incomodan, con los nombres del personage fingido del artículo; y los que así se encuentran señalados, en vez de recordar aquello de *quien te canta la copla él te la sopla, cojen tirria* (1) tal vez al que ni pensó en ellos al escribir sus cuadros puramente imaginarios. Estos son gages del oficio, á los cuales deben estar prepa-

(1) Odio, mala voluntad.

rados los que escriben para el público, y muy particularmente los que escriben artículos de crítica. Siempre que eviten, como deben hacerlo, toda personalidad, y que su censura sea fina y decorosa, dejen que la numerosa secta de los *parecimientistas* se devane los sesos por encontrar similitudes. Lo que el gorgojo para el trigo, el chapulin para la milpa, el zompopo para las flores y la polilla para el papel, es el buscador de semejanzas para el articulista de costumbres. Gorgojo que come, chapulin que devora, zompopo que destruye, polilla que roe, es tan difícil de estirpar como todos esos bichos maléficos. Donde nace el articulista brota el comentador, que sigue á aquel como la sombra al cuerpo. La existencia de esos dos seres es correlativa; el uno completa al otro, y la sabia naturaleza los ha hecho, por decirlo así, gemelos; pues no hay en la creacion ser alguno que no tenga su antípoda, haciendo cada cual su papel y concurriendo, en su esfera respectiva, á formar la armonia universal de este que está ya bien averiguado es el mejor de los mundos posibles. Puerilidad seria, pues, el irritarse de que haya quien interprete mal ó bien, desde el momento en que haya quien censure. *Multis terribilis, caveto multos.*—(Ausonio.)

LA TEMPORADA.

Al terminar nuestro benigno invierno, (tomando esta palabra en su sentido propio;) y cuando va cesando el frio que se experimenta en los meses de diciembre y enero, muchas familias de la parte acomodada de la ciudad, por medida higiénica, por gusto, por ostentacion, ó por caprichc, abandonan las comodidades de sus casas y emigran con direccion á las dos ó tres pequeñas poblaciones donde el termómetro se eleva algunos grados sobre los que por este tiempo marca en Guatemala; y donde, en compensacion, hay lo que tanta falta hace á esta ciudad: un rio en que poder bañarse. Eso es lo que se llama hacer *temporada*; expresion genérica que por acá significa solamente los dias que se pasan entre la incomodidad, el calor, el polvo y otras delicias de ese jaez, en los puntos célebres por sus aguas. ¿Qué era una temporada treinta ó cuarenta años hace? Alguna cosa muy diferente de lo que hoy es, sin duda. Anima-

cion, jovialidad. franqueza; tregua á la etiqueta; dias de campo, bailes y tertulias; travesura y broma; una especie de carnaval, menos las máscaras; todo eso era una temporada. ¿En qué consiste que ahora, con mayores elementos en la sociedad, y con muchas mas ventajas y comodidades que ántes en las poblaciones donde se hacen temporadas, son éstas menos alegres y animadas que en otro tiempo? No sabré decirlo á punto fijo; y así dejo á cada uno que asigne á ese fenómeno social la causa que mejor le plazca.

En estos dias no vé uno sino disposiciones de marcha. Se encarga la diligencia, se preparan trages á propósito, se hacen maletas; y empleados, comerciantes, abogados, &, &, todos se apresuran á abandonar la capital, la mayor parte sin necesidad y no pocos con la seguridad de que van únicamente á fastidiarse. Es un zafarrancho general, en que no tomamos parte sino unos pocos posmas, que, mas apegados que el comun de las gentes á nuestros viejos hábitos, hemos hecho propósito de vivir y morir junto á nuestros penates.

Por lo que á mí toca, tengo ademas de ese motivo, una razon muy poderosa para no sentirme inclinado á alistarme en el número de los temporadistas, y es, ¿quién lo creerá? la descripcion que, tres años hace, me hizo uno de mis mejores amigos, Don Félix Bonachon, de los dias que estuvo él en Escuintla haciendo temporada. Consta esa relacion en una carta que conservo, y que el susodicho me dirijió á un punto fuera de esta ciudad donde yo por entónces me encontraba. Bajo toda reserva, voy á comunicarla á mis lectores. esperando quede la cosa, como dicen los franceses, *entre nous*; pues mi amigo es hombre tan modesto, que seria capaz de morirse si supiera que andaba

por ahí en letras de molde. Dice así la carta:

Guatemala, Febrero 20 de 1859.

Querido amigo:

Me tiene U. al fin de vuelta; y vengo de Escuintla, como suele decirse, hasta la narices. ¡Qué cierto es aquello, amigo mio, de que un loco hace ciento! En mí se ha verificado precisamente lo que canta ese refran, sin mas que son dos locos y no uno los que me han trastornado el juicio. El par de alhajas de mis sobrinos, Cárlos y Manuel, á quienes U. conoce perfectamente, y que siempre se salen con hacer de mí lo que les da la gana, me han obligado á ir á pasar ocho dias á Escuintla, durante los cuales han llovido sobre mí tantas calamidades, que en solo ese pequeño espacio de tiempo he sufrido mas que en los cincuenta y ocho años *consecutivos* que he vivido. Desde los últimos dias de Diciembre, los susodichos mis sobrinos, que son mas diplomáticos que Metternich y Talleyrand, comenzaron á tenderme las redes y á bandearme parael viaje á Escuintla. Daba un estornudo, y en vez de decirme: "Jesus lo ampare," como lo hace toda persona cristiana,—Malo, decia Cárlos; ese es catarro constipado. U. necesita de ir á Escuintla.—Quejábame de un lijero dolor de cabeza,—Ya, decia Manuel; U. no traspira, no se baña. ¿cómo ha de tener salud? Vamonos á Escuintla, aunque sea solo por un mes; nosotros haremos el sacrificio de dejar nuestras ocupaciones y lo acompañaremos.—¡Mancebos generosos! ¡Dejar por mí el teatro, los toros y el café, que son sus quehaceres ordinarios! Me defendí como gato boca arriba; pero nada me valió; mis sobrinos armaron

una verdadera conjuracion, y segun ahora he sabido, iban diciendo á cada uno de mis amigos:—El tio está malo; constipados, reumatismos, es un costal de enfermedades, y no hay santos que lo hagan decidirse á hacer una temporada á Escuintla.—Con eso, los amigos, el médico que dicen que me cura cuando realmente estoy enfermo, los criados, los indiferentes y hasta personas que jamas he saludado, me decian á toda hora:—Don Félix, váyase á Escuintla; Don Félix, sude; Don Félix, báñese; Don Félix, no sea U. mezquino, haga el ánimo de gastar cuatrocientos ó quinientos pesos, que mas vale su salud;—y por ese estilo seguian acribillándome á *indirectas*, hasta que lograron convencerme de que realmente estaba malo y que necesitaba costa.

Las muchachos, que sabian muy bien que yo habia de concluir por ceder, tomaron sus disposiciones, fueron á Escuintla á buscar casa, pidieron puestos en la dilijencia, y lo arreglaron todo de manera que ya no fué posible dejar de marchar.—Hemos andado con fortuna, me dijeron; conseguimos una casa magnífica, y tan barata que no lo creerá U.—¿Cuánto vale?—Vaya, adivine U., tio—¿Pero qué diablos voy á saber yo?—Pues señor, doscientos pesos, y es un hermoso rancho con dos piezas y su cocinita....—¡Doscientos pesos, exclamé! ¡bárbaros! ¿y para qué me habeis comprado casa en Escuintla¿ — ¿Cómo comprado, tio? dijo Manuel; ¿está U. en su juicio? Es alquilada por un mes; y si no andamos tan vivos se queda con ella Don Fabian Caimito, que ofreció cien; pero nosotros le tapamos el monte, subiendo la propuesta á doscientos.—No tienen ellos la culpa, dije para mí, sino yo; pero ya es tarde para remediar el mal.—La salud de U. es lo primero, tio, dijo Cár-

los; y luego que está aquello que se arde.—Ya verá U. como nos vamos á divertir.

Llegó el dia de la partida. La dilijencia debia venir á buscarnos á las cuatro de la mañana, para poder llegar temprano. No vino sino hasta las cinco, por no sé que atraso impensado. Era de las de nueve asientos; pero en rigor no podia contener cómodamente cinco ó seis personas. Ya acondicionados los tres, en amigable compañia con unos cuantos fardos y con una jaula que ocupaba un loro, remitido á no sé que señora que estaba en Escuintla y lo habia dejado aquí olvidado, pasamos á buscar á Don Antonio Panzagorda, que habia pagado un asiento en la dilijencia, debiendo, en conciencia, haber tomado tres para él solo. Los cinco puestos restantes los llenó la familia de un empleado en rentas, compuesta del papá, la mamá, dos *niñas*, la menor de las cuales no tenia mas que treinta años, un mocito que estudiaba gramática (parda) y como *attachés*, tres verdaderos niños, que iban en las pieraas de la mamá y de las señoritas. Quedé sepultado entre las crinolinas de éstas, y como fué necesario ocupar hasta el último resquicio del carruaje, dispusieron poner uno de los bultos encima de mi sobrino Manuel, y á mí me acomodaron sobre las piernas la jaula del *perico*, que se divertia en asomar la cabeza por la rejilla, acribillándo me á picotazos. Cinco rocinantes éticos hacian como que tiraban del coche, y el postillon suplia con votos y juramentos lo que faltaba á sus bestais de vigor y fuerza. Tuvimos que apearnos tres veces para subir ó bajar cuestas, y al fin, con mil trabajos, llegamos á Escuintla á las cinco de la tarde.

La casa que los botarates de mis sobrinos habian ajustado, no tenia en realidad mas que una pieza

dividida por un tabique improvisado con unos *petates tules*. La mitad estaba vacía, la otra mitad contenia una enorme cama donde dormia la familia del propietario, sin distincion de sexos ni edades, (en cuenta la abuelita que era paralítica;) un San Antonio colosal, un cofre tan grande como el santo y otros muebles.—Supongo que desocuparán esta parte de la pieza.—No fué ese el trato, dijo el propietario, y ya vé su merced que no seria posible sacar ni la cama, ni la imágen, ni el baul, ni la tullida ni....—Pero ¿cómo se entiende?, repliqué yó, ¿he de pagar doscientos pesos por ocupar la mitad de un mal cuarto?—Trato es trato, señor, repuso el hombre; y si á su merced no le acomoda, puede buscar otra, pagándme los daños y perjuicios.—Comenzaba yo á perder la paciencia, cuando intervinieron los badulaques de mis sobrinos y cortaron la dificultad, diciendo que tomase yo la parte desocupada de la pieza, que ellos dormirian en la enramada. Bien comprendí que eso equivalia á dejarlos en libertad para tomar el portante en cuanto me acostara; pero fué preciso pasar por todo. El propietario, su mujer y sus hijos se acomodaron en la cocina; pero poco á poco fueron volviendo á invadir la casa, de modo que á los tres dias estában otra vez todos instalados en la cama de la *nanita*. Las gallinas, dos gallos, el gato y el chucho entraron tambien á completar aquella arca de Noé, y es excusado preguntar si dormiria yo una sola noche con semejante vecindario. En cuanto á mis sobrinos, decian que ellos dormian como unos príncipes y que no oían nada.

Por lo demas, en Dios y en conciencia, debo decir á U., amigo mio, que maldito lo que me divertí en la temporada. Todo el mundo estaba metido en

su rancho; los jóvenes jugaban juegos de prendas, y allá ellos sabrian la gracia que encontraban en esa ocupacion. Todo estaba carísimo, y gastaba yo como si estuviera en Lóndres, para comer mal. Como no es fácil llevar uno desde esta ciudad cuanto necesita, U. considerará que el servicio era fatal; los muebles apenas eran los indispensables para tener donde dormir, comer y sentarme. La mesa nos daba bajo la barba, y estaba acuñada con pedazos de ladrillo, por lo desigual del piso de la enramada, que era, ademas de dormitorio de mis sobrinos, comedor y sala de recepcion. El calor era sofocante, el aire circulaba en las calles impregnado de polvo y malos olores. No habia músicas ni serenatas; pero lo que es á mí no me faltaron una sola noche arias, dúos, tercetos, cuartetos y coros, ejecutados por los animales racionales é irracionales de la inmediata habitacion.

Una noche tuve la inoportuna idea de ir á visitar á un amigo que vivia en un rancho de ese grupo inextricable que llaman el Tamarindo, y que debiera llamarse mejor el Laberinto. La oscuridad era profunda, y como no tuve la precaucion de hacerme acompañar de un criado con un farol, me perdí entre aquella parte de la villa, donde se ha considerado que las calles son un lujo que está demas en las poblaciones. Ya daba contra un cerco de *chichicaste*, ya caia en una zanja, ya me pasaba bajo las piernas un corpulento cerdo que andaba haciendo la policía, ya tropezaba con un árbol, ya me acometian rabiosos los perros de las vecindades, hasta que llegué á unc de tantos ranchos, que estaba felizmente habitado por unas señoras. Les supliqué me indicasen por donde deberia yo tomar para llegar á mi posada; pero como no pude dar de ésta mas señales sino las de que era la

casa de la tullida, del san Antonio y del baulon, no hubo modo de que atinaran con cual era. Pasé á otros dos ó tres ranchos, y al fin en uno de tantos encontré á los dos zaragates de mis sobrinos en alegre reunion con otros jóvens y señoritas que jugaban San Miguel. Al verme gritó Manuel, que hacia de diablo: —A buen tiempo, tio, póngase U. á la cola.—Para colas estoy yo, le contesté furioso. Ven á llevarme á casa, que estoy perdido, golpeado y *enchichicastado*.— Salí de aquel dédalo y al fin llegué á mi rancho, donde me curé de la especie de hurticaria que me produjo el contacto con la hoja de aquella planta condenada; me acosté, y al siguiente dia muy temprano, fuí á tomar asiento en la diligencia, y sin decir oste ni moste á mis sobrinos, me vine á Guate temala, dejándolos que concluyesen solos la temporada.

No negaré que hay lindos paseos al rededor de Escuintla; que el baño es agradable, aunque tiene uno que tomarlo en rio revuelto, (único en su clase donde no hay ganancia de pescadores;) que la fruta es esquisita y que hay, en fin, otros atractivos en la temporada. Pero ¿compensan estos las molestias y las incomdidades que se sufren? Seguramente así deberá ser, cuando hay tantos que las sobrellevan y van á Escuintla á pesar de ellas. En cuanto á mí, he jurado no volver; que para purgatorio, tengo bastante con el de todo el año.

Suyo afectísimo amigo

FÉLIX BONACHON.

Mis lectores dirán si aun rebajando de las especies referidas en la carta anterior un veinticinco por ciento, atendido que mi amigo tiene fama de ser algo exagerado, me quedarian ganas, despues de haberla recibido, de alistarme en el número de los temporadistas.

EL MARTES DE CARNAVAL

EN LA PLAZA DE TOROS.

ARTÍCULO QUE NO HARÁ REIR Á NADIE.

Un sabio ha dicho que la naturaleza *tiene horror al vacío*. Yo soy al revés de la naturaleza: aborrezco lo *demasiado lleno*. Jamas me siento tan profundamente triste, como cuando me encuentro en medio de una reunion muy numerosa y animada. Es fenómeno sicológico, cuya causa debe estar oculto en algunos de los rincones de la parte moral de mi individuo. En un círculo íntimo y de confianza, vereis á Salomé Jil alegre y espansivo, dispuesto á reirse de las ridiculeces ajenas, hasta donde lo permiten la caridad y la buena crianza; y de las suyas mismas hasta donde lo consiente el amor propio. Colocad á ese mismo sujeto en una gran reunion de jentes, y le vereis taciturno, concentrado y distraido, con cara de filósofo ó de desgraciado, cosas que no suelen ser tan diferentes como lo parecen. No me gustan los concursos,

(aun cuando no sean de acreedores,) y nada me hace tanta ilusion como un espectáculo cualquiera en el cual yo solo constituyo lo que se llama *el público.* Son esas tal vez las únicas ocasiones de mi vida en que puedo aplicarme los epítetos de *respetable, sensato, benévo, ilustrado* y los demas con que califican al púbtico los que viven de esplotarlo.....digo los que se sacrifican por complacerlo.

Llevado de esta aficion á la soledad, que en mí se va desarrollando con los años, como todas las manias, me gusta hacer lo que se llama *contrapeso al mundo*, y si la jente acude hácia el norte, yo he de ir hácia el sur; y vece versa. Casi siempre que procedo contra esa costumbre, vuelvo á mi casa con motivos serios de arrepentimiento. Eso me sucedió en la tarde del último mártes, que como tal, habia de ser precisamente dia aciago; pues hasta el adagio vulgar aconseja no acometer en él ninguna de las dos empresas para las cuales se necesita de mas valor en esta vida. Hacia seis ó siete años que no concurria yo á los toros, y tenia hecho propósito firme de no poner un pié en el interior del circo; y no porque califique esa diversion de bárbara, como lo hacen algunos que quieren pasar por ilustrados y por *humanitarios.* Si fuéramos á suprimir cosas inconvenientes, tendríamos quizá mucho que hacer antes de llegar á la plaza de toros. No voy á ese espectáculo por la misma razon que me hacia concurrir algunas noches al teatro en la última temporada; porque amo la soledad y no quiero encontrarme en medio del bullicio de la gente.

No diré qué fué lo que me decidió el mártes á quebrar la regla, porque esto poco interesaria probablemente á mis lectores. Baste decir que fuí á los toros y que me tocó estar situado en medio del foco mismo

del movimiento, de la animacion y de la broma. Cuando entré, el edificio estaba ya completamente lleno.—Malo, dije para mí, algun desastre me ha de suceder esta tarde.—Con mucho trabajo logré colocarme en la primera grada de lo que llaman el *tablado*, y á pesar de que dicen que la impenetrabilidad de los cuerpos es una ley física, y que dos no pueden ocupar el mismo sitio simultáneamente, yo me metí, ó me incrusté donde no podia haberse imaginado que cupiera nadie. Me tocó tener al lado derecho á un caballero muy ilustrado, gran matemático y aficionado á cálculos; y al izquierdo á *un hombre* que habia venido de una de las poblaciones circunvecinas para ver los toros. Era éste excesivamente grueso; vestia calzon de pana verde de esos que llaman *rajados*, que van desapareciendo como todo lo que es antiguo y nacional, y lo demas del traje estaba en armonia con aquella pieza del vestido. No bien me hube sentado, recibí una verdadera lluvia de *anisillos*, mediante el cual quedé, contra mi voluntad, iniciado en el juego y en la bulla del carnaval.—¿Qué número de gentes calcula U. que hay en la plaza?—me dijo el de las matemáticas.—No sé, le contesté; no soy fuerte en eso de cuentas.—Pues es muy sencillo; replicó. Calcule U., sobre poco mas ó menos, las personas que hay en un tramo de pilar á pilar; cuente U. los tramos; multiplique, y el resultado será, aproximadamente, lo que se desea averiguar. Dicho esto, procedió á ejecutar su operacion, y cuando mas engolfado estaba en la resolucion de aquel enmarañado problema, un confite, disparado desde abajo, le dió en la nariz, haciéndole suspender sus cálculos. El dolor y la cólera le arrancaron cierta interjeccion demasiado enérgica; y yo le dije:—No es U., á la ver-

dad, como el gran matemático griego, que se dejó matar por no interrumpir la resolucion de un problema.—Vea U. qué bárbaros, contestó; en lo mejor de la operacion me hacen comenzar de nuevo,- y continuó multiplicando. Ocho mil *almas sentadas* y como mil *paradas!*—esclamó triunfante—Vaya, dije yo para mí, qué serian de ver las almas en esas posturas.

Mientras que el discípulo de Arquimedes hacia por asombrarme con sus cálculos, mi otro vecino, sencillo y naturalote, se divertia á mas no poder. Aplaudia las buenas suertes, *en amateur;* silbaba los lances en los cuales los toreros y picadores se mostraban torpes, y al mismo tiempo, recibia anisillos y confites tan impasible, como si estuviera construido de piedra de sillería. Aquella alma dichosa estaba toda entera asomadaá los sentidos,si puedo expresarme así, como una muchacha retozona puesta al balcon para ver pasar un baile de moros. Reía y gozaba como rien y gozan solamente en este pícaro mundo los que llamamos tontos, vengándonos así tal vez de que les haya sido dado el privilegio de ser felices.

Yo, que ni me reía ni gozaba, estaba sin embargo espuesto á los percances que tan á menudo acontecen en una reunion de esas, en que cada cual se considera con derecho á inferir alguna incomodidad á los demas, que es lo que se llama jugar y divertirse. Como estaba en un punto de tránsito, mis pobres piés fueron magullados, triturados y apisonados por los cascos de unos cuantos centenares de bípedos, que cuando mas, cubrian el expediente con un *U. dispense*, que si no me aliviaba el dolor físico, al menos dejaba satisfecho mi orgullo. Una malhadada bolita de caramelo, lanzada á quema ropa por alguno de los in-

numerables traviesos que junto á mí jugaban, vino á dar precisamente sobre uno de mis dos ojos, que quedó arrasado en lágrimas. Estaba yo, pues, como la viuda rica; aunque si lloraba con un ojo, no repicaba con el otro. Por lo demas, los pobres no tardaron en encontrarse iguales, pues un cascaron de huevo, que por las dimensiones creo que seria de *chumpipa*, vino á romperse sobre el ojo sano, inundándome la cara de retacitos de papel de colores.

El ciudadano del calzon rajado tuvo entónces la desgraciada inspiracion de decidirse á tomar parte en el bureo, y comprando un canasto entero lleno de anisillos y confites, comenzó á disparar, como una fortaleza, sobre las escuadras sitiadoras. Naturalmente el fuego cargó por aquel lado. Mi vecino llamaba la atencion por su espesor, su vestimenta y el denuedo con que se batia, y no tardó en ser el blanco de los tiros de numerosos enemigos. Sin participar de su buen humor, yo recibia muchos de los proyectiles de diferentes calibres que le estaban destinados; y como habria sido inútil pensar en una retirada, honrosa ó deshonrosa, hube de resignarme á conservar el puesto, hasta derramar la última gota. El matemático agachó la cabeza y se defendia con el sombrero, calculando el número de quintales de anisillos y confites que se arrojaban y su costo al precio de plaza. Al fin, ya fuese porque se agotara el parque, ya porque faltaran las fuerzas á los combatientes, se suspendió el fuego en toda la línea, y el del calzon bombacho, que se habia puesto en pié, lanzó por último el canasto vacío, gritando á voz en cuello:—Allá va el *chiquigüite, chancletudos!*

Pasada la tormenta, tendí la vista por el ámbito de la plaza. No habia el mas pequeño espacio vacío.

Una numerosa y variada concurrencia llenaba el edificio, y casi por todos lados la animacion y el retozo eran tan exagerados como en el punto donde yo me hallaba. La última vez que estuve en los toros el mártes de carnaval, seis ó siete años hace, entraron numerosas partidas de máscaras y como estoy poco al corriente de los cambios de los gustos caprichosos del público, creía yo que este año habria tambien disfraces en la plaza. Preocupado con esta idea, frecuentemente volvia la cabeza hácia las puertas, esperando ver entrar, de un momento á otro, los enmascarados. Ellos no entraron ciertamente para todos; pero yo los ví, ó creí verlos por lo menos, aunque sospecho ahóra que pudo haber sido obra de mi imaginacion exitada por el calor, la confusion, el tumulto y el alboroto de la concurrencia.—Vaya, al fin han llegado los de las máscaras, dije en voz baja, al echar una mirada hácia algunos puntos del edificio; y mentalmente entablé un monólogo en estos términos, poco mas ó menos.

—¡Qué bien disfrazado va ese caballero! Representa la Probidad, y segun sé de buena tinta. dentro de ocho dias hará una quiebra fraudulenta. Extraña pareja, esa que viene ahí! Es una muger anciana que casó poco hace con ese jóven que la trae del brazo, y que se dejó atrapar por la esperanza de una pingüe herencia. El trae la máscara del Desinterés; ella viene vestida de Credulidad. Allí va un elegante, cuyo colorete, dientes, cabellos, caderas y otros adminículos, son suyos, por la misma razon que el blanco y el carmin eran de Doña Elvira en un soneto célebre: *por haberle costado su dinero*. Un poco atrás viene un matrimonio que no cuenta mas que quince dias de fecha; traen máscaras de Felicidad; pero son realmen-

te desgraciados; han descubierto, demasiado tarde, que no congenian y preveen un horroroso porvenir. ¡Cuántos jóvenes de ambos sexos traen la máscara del Amor! Algunos petardistas y fulleros vienen vestidos de Honor y de Buena Fé! ¡Hay imbéciles con disfraces de Talento y muchos desgraciados con caretas de Alegria y de Buen humor! Verdadero carnaval, dije en mi interior; y volviendo los ojos sobre mí mismo, por una evolucion extraña de mi espíritu, me encontré tambien disfrazado con una triste máscara: la de la Filosofia....En esto sentí que me tiraban fuertemente del brazo. Era el hombre de los calzones verdes, que me dijo:—¿Piensa U. quedarse á dormir aquí? Todo el mundo se ha ido.—En efecto, engolfado en mis reflexiones, no habia advertido que la plaza habia ido desocupándose poco á poco. No quedábamos mas que mi vecino y yo. El habia aspirado la felicidad por todos los poros de su cuerpo: yo habia sufrido física y moralmente, y salia de la plaza víctima de los demas y de mí mismo.—¡Se ha divertido U. mucho!—me dijo el *poblano*, con admirable candidez.—¡Oh sí, le contesté, tanto que no lo olvidaré en toda mi vida.—Dicho esto, salimos juntos; él á dormir tranquilo al meson donde pasó la noche; yo á trazar este artículo *carnavalesco*, que no será culpa mia si no hace reír á alma viviente. Procuraré estar mas festivo otra vez, cuando no haya tenido la fortuna de concurrir á una gran reunion donde me acribillen y me estrujen y donde vea, mal encubiertas bajo las caretas, las pasiones y las miserias de la humanidad.

SABER VIVIR.

No faltará quien califique de paradoja extraña la idea que encierra el encabezamiento de este artículo. Muchos creen que el vivir no es cosa que se aprende; teniéndola como una consecuencia lisa y llana del nacer. Error crasísimo, que puede costar caro á quien incurra en él. Verdad es que para los *vividos* que hacemos la mayor parte de los que hemos nacido, muy poca ciencia es menester; pero el que quiera vivir bien y con provecho, tiene que estudiar mucho (y no precisamente libros) antes de recibir los primeros grados en la espinosa carrera del vividor. Cierto que es esa una de las varias cosas que se aprenden con el ejercicio; y que cuanto mas se vive, mas se sabe; de donde viene acaso el dicho de que mas sabe el diablo por viejo qne por diablo. La lástima es únicamente que la ciencia del vivir llega á adquirirse cuando ya se va acabando la *materia* en que ha de ejercitarse; sucediendo en esto al hombre lo que cuentan aconteció al caballito de cierto fraile, que aprendia á no co-

mer; y cuando llevaba tres ó cuatro dias de aprendizaje, dando muy regulares esperanzas de salir un aprovechado discípulo, cátate ahí que va, coje y se muere, y quédase el experimento á medio andar. ¡Qué de personas he conocido yo que cuando ya iban *tan bonito* en la ciencia del vivir, les ha dado la gana de cambiar de clima, y sin decir á nadie oste ni moste, se han largado á acabar de aprender al otro mundo!

Esto no obstante, no puede negarse que hay unas cuantas gentes dichosas, que aprenden á vivir en tiempo oportuno para poder gozar los ventajosos resultados de esa difícil ciencia. Organizaciones privilegiadas que, á falta quizá de otras excelencias, tienen la no despreciable de poderse acomodar con todo; de esas que ni quitan ni ponen rey; observantes rígidas del principio de que el buen dia ha de meterse en casa; jentes á quienes todo el mundo quiere; que son maleables como algunos metales; que se arrastran como las culebras; que cambian de color como los camaleones; que siguen el curso del sol como ciertas flores, y que sirven para todo, como las famosas píldoras de Holloway.

Don Prudencio Corrientes es un tipo de esa clase de personas, y nunca acabo de admirar su asombrosa facilidad para ser de la opinion de todos. En otro tiempo, cuando habia en el país partidos políticos encarnizados, Don Prudencio pertenecia á cada uno de aquellos en que se dividian los hombres públicos. Si se trataba de elejir diputados, el señor Corrientes encabezaba las listas de todos los bandos. ¿Se buscaba un prssidente? pues ¿quien otro? Don Prudencio; ni mandado hacer. Era tan popular, tan querido, tan bien quisto.—Verdero liberal,—decian los unos.—Conservador acérrimo, aseguraban otros;—siempre moderado y enemigo de los extremos—agregaban los

del justo medio; y así nuestro Don Prudencio, que era en realidad lo que solo Dios y él (y quizá solo Dios) sabian, tenia el arte de estar bien con todos y era considerado como el hombre de las circunstancias, cualesquiera que estas fuesen. Ni él, ni su numerosa familia han sufrido nunca en los cambios políticos. Jamas habla mal de nadie; y como segun él mismo dice, tantas letras tiene un *sí* como un *no*, conviene con aquel con quien habla y hace, como suele decirse, violon á todo el mundo. Dígale U., por ejemplo, que es de dia; "Es de dia" repetirá al momento. "No, que es de noche," dice tal vez otro á su lado. "Sí, es de noche" replica él imperturbable; y si lo apuran mucho, concluye con que es de dia y es de noche; que es entre oscuro y claro; y de ahí no sale, así lo maten.

Este apreciabilísimo sujeto es el consultor general en todos los casos graves y apurados. Jamas ha sido juez, aunque es hábil letrado, pues le habria sido imposible firmar una sentencia y dejar descontento á uno de los litigantes. Como árbitro arbitrador y amigable componedor, no tiene precio, y es admirable la fecundidad de su ingenio para arreglar los asuntos mas enmarañados y difíciles. Se trata de solicitar una jóven en matrimonio; se suplica á Don Prudencio vaya y desarme la infundada resistencia de padres ó tutores. Hay que nombrar un albacea; ¿en qué mejores manos puede ponerse la herencia que en las de Don Prudencio? Tiene la propiedad del barómetro; *anuncia los cambios del tiempo.* Si es U. ministro, y el señor Corrientes deja de visitarlo, ó hace como que no lo ha visto en la calle y no lo saluda, ya U. puede hacer su testamento político, pues es U. moro al agua. Tiene las narices muy largas

para oler donde hay peligros y compromisos; muy corta la memoria, si se trata de acordarse de algun favor que le ha hecho persona que está en desgracia, y hace la vista gorda sobre las flaquezas de los poderosos. Una vez estuvo á pique de morir, atacado de una grave enfermedad, y tenia á la cabecera cuatro enemigos á cual mas temible: la muerte, el médico, el boticario y el diablo, que esperaba impaciente la conclusion del negocio para arreglar no sé qué cuentecitas atrasadas. Pues ¿quién dirá? El bellaco se gobernó de tal manera, que se burló del doctor, del farmacéutico, de la *pelona* y hasta de Belzebú, proponiéndoles convenios y transacciones, mediante los cuales, le prorogaron los plazos y le concedieron una espera de que disfruta hasta ahora.

Con esta notabilidad *tornasolada* me ligan los lazos del parentesco espiritual. Es mi padrino de bautismo, y como tal, dice que tiene derecho á darme buenos consejos, ya que jamas me ha dado otra cosa. A esa circunstancia debo el raro privilegio de ser la única persona de este mundo á quien Corrientes ha hecho la esplicacion de su sistema de vida y revelado el secreto de su asombrosa popularidad. Como me vió *chiquito*, se considera facultado para advertirme lo que debo hacer y lo que me conviene evitar; en otros términos, se ha propuesto enseñarme á vivir; y si no se sale con la suya, no será ciertamente por falta de habilidad del maestro, sino mas bien por indocilidad y torpeza del discípulo.

Cuatro dias hace estaba yo encerrado en mi escritorio, cuando entró mi padrino que tiene la rara costumbre de llevar en todo tiempo un paraguas que fué primitivamente encarnado y que hoy, lo mismo que su dueño, no se sabe ya de qué color es, á fuer-

za de uso y de servicio. No sé con qué objeto lleva siempre ese mueble, así en invierno como en verano. Acaso no sea paraguas, sino paracaidas. Recibí á Don Prudencio con todo el respeto y consideracion que le debo por sus relaciones con mi persona, por su edad y otras circunstancias. Sentóse sin ceremonia, y entabló conmigo el siguiente diálogo:

—¿Qué estás haciendo, niño?

—Escribiendo artículos de costumbres, señor padrino.—

—¿Artículos de qué?—

—De costumbres—

—¿Y qué es eso?—

—Pues vea U. señor padrino; no sabré decir á U. lo que es, á punto fijo. Pero figúrese U. una cosa que divierte á algunos; que no gusta á otros, y de la cual la mayor parte no hace caso. Eso son artículos de costumbres.

Don Prudencio se quedó un momento pensativo, y luego dijo, moviendo la cabeza con aire misterioso:

—Ya veo que es imposible hacer carrera con este muchacho. ¿Qué necesidad tienes tú de hacer cosas que no gusten á algunos? Es necesario hacer únicamente aquello qne agrade á todo el mundo. No lo digo precisamente por esos *cuentos* que ahora estás haciendo, y de los cuales te aburrirás mañana y los dejarás estar. Lo digo por todo. Si no quieres aprender á vivir, no hacemos letra, Salomé. Aquí me tienes á mí, que soy lo que se llama una notabilidad en el país, y en cuarenta y cinco años de carrera de hombre público, que me emplumen si he dicho ó hecho cosa algnna que haya podido incomodar á na lie. Fuí diputado á las Cortes de España el año de 820; despues estuve en nuestra grande Asamblea nacional

constituyente, y me *arreviaté* (1) invariablemente á la mayoría. Tuve votos para la primera presidencia de la república; he sido individuo de los Congresos; despues senador, consejero, ministro, cuanto hay, y nadie tiene queja de mí, ni yo la tengo de nadie. Mi casa está abierta para todo el mundo y no reparo en los antecedentes ni aun en la conducta de aquellos á quienes recibo. Nuestra sociedad es reducida, y si uno fuera á hacer distinciones odiosas, lo pasaria mal en el primer cambio de la rueda de la voluble fortuna. Sirvo á todo el mundo (que está en buena posicion) llamo licenciado al bachiller, doctor al licenciado, general al coronel, y "mi sagento" al cabo. Cuando era jóven, fuí cumplido y galante con las señoras y mas de unos lindos ojos (al decir esto mi padrino dió un prolongado suspiro) eché á perder con mis lisonjas. Ahora soy viejo, rico y muy bien quisto. No tengo ya empleo ni cargo de ninguua clase, porque ni los quiero ni los necesito. Gasto diez sombreros al año; pues con tanto quitármelos y ponérmelos para saludar en la calle hasta á los *sacateros*, se acabarian, aun cuando fueran de hierro. Uno ú otro dirá, tal vez, en su interior, pues no se atreveria á externar ese juicio, que soy adulador y falso; pero la generalidad me quiere, aunque tal vez no me estima ni respeta. Al fin me moriré, porque será preciso, y tú escribirás un pomposo artículo biográfico en que relates todos mis servicios y mis méritos, y hagas mi retrato como el pintor griego hizo el del rey de Macedonia, de perfil, para que no se viera el ojo tuerto. Esto es, hijo mio, lo que se llama *saber vivir*. Haz lo que yo hago echa pelillos á la mar. Si no te

---

(I) Arreviatar, ir de reata.

enmiendas y continúas buscándote quebraderos de cabeza, olvida que me has conocido, y no digas á nadie que eres ahijado mio, pues podria creer alguno que apruebo tus locuras y eso me comprometeria. Hasta mas ver.

Dicho esto, mi excelente padrino encendió un cigarro, tomó su paraguas y me volvió la espalda sin ceremonia. ¡Voto va! dije para mí, que dice perfectamente Don Prudencio, y que en lo sucesivo no he de abrir el pico, sino para elogiar á diestro y á siniestro. No me ha de quedar títere con cabeza á quien no encomie y alabe, y que se venga el mundo abajo. Mi padrino ha de ser mi maestro, mi guía, mi modelo; y si Dios me da vida, he de ser como él, el *omnis homo*, el *factotum* de la ciudad. Desde mañana voy á comprar mi paracaidas y mi coleccion de sombreros y á hacer un acopio de superlativos encomiásticos, (aunque algunos de ellos pequen contra la gramática) tales como bellísimo, sapientísimo, magnificentísimo, sublimísimo, graciosísima, encantadorísima, &c., &c, para aplicarlos á todo el que y á toda la que se pusiere por delante. Así, *iré léjos*, como dicen los franceses, y vendré á probar que, aunque algo tarde, al fin logré encontrar la piedra filosofal: *supe vivir.*

EL PETARDISTA.

La ley que ha condenado al hombre á vivir á costa de su sudor y su trabajo, es tan antigua como el mundo; como que fué una de las consecuencias inmediatas del pecado de nuestro primer padre. De esa ley se han creído esceptuados solamente algunos herederos ricos, los ladrones, los tramposos y los petardistas. Bien consideradas las cosas, no podria decirse que los caballeros (de industria) que pertenecen á las tres respetabilísimas clases de la sociedad que he mencionado últimamente, no vivan de su trabajo; pues no es poco el que exije cada uno de esos oficios, si ha de ejercitarse con tal cual decencia y con algun provecho. Así, cuando se dice que los profesores de esas tres artes liberales no viven del trabajo, se sobreentiende que va tácito al adjetivo *honesto.*

No seria difícil probar que *ladron*, *tramposo y petardista* son palabras que representan ideas muy diferentes entre sí, aun cuando confunda el significa-

do de algunas de ellas el vocabulario de la lengua. ¡Lástima que el académico señor Olive no haya creído del caso establecer, en su erudito y curioso Diccionario de Sinónimos castellanos, la distincion que hay entre esas voces! Yo aun cuando fuese capaz de hacerlo, no me tomaria ahora ese trabajo, ya que no es mi objeto hacer un estudio de Filologia, sino escribir un artículo de costumbres sobre el petardista. En esta virtud, me será permitido tomar la palabra en su sentido mas lato, en el que el uso vulgar ha consagrado y no precisamente en el que le asigna el Diccionario. Generalmente se llama pedardista, no solo al que pide prestado con ánimo de no devolver, sino á aquel que de algunas otras maneras, con tal de que no sea con un robo declarado, se queda con lo ajeno. Los que andan tomando al fiado en las tiendas y no satisfacen el precio de lo que llevan; los que, viviendo en casa de hospedage, acostumbran no pagar las pensiones; los que se *distraen* y no cubren jamas los salarios á los criados que les sirven, ni el valor de su trabajo á los artesanos que emplean, constituyen otras tantas variedades del petardista, aun cuando rigurosamente no sea esa la calificacion que mejor pudiera convenirles

El petardista es una planta parásita que vive de la sustancia agena; es una carga concejil desigualmente distribuida y contra la cual no valen las escepciones legales. Es una peste que, al revés del cólera, ataca de preferencia á las personas acomodadas, sin que por eso estén libres enteramente de ella los desvalidos y los menesterosos. Puede dividise en dos clases: el petardista *por mayor* y el petardista *al menudeo*, segun la manera en que se ejerce la profesion. Los hay que hacen el negocio solo en grande y que desdeñan cualquier lance que rinda, por ejemplo, menos de

quinientos ó mil pesos. Otros, con poco talento y no tanta audacia para la especulacion, se contentan con un petardeo de menor cuantía. A veces el petardista por mayor va descendiendo hasta parar en el menudeo; y suele suceder tambien que el que antes se ha limitado á éste, va adelantando en el arte, ó ciencia, (no sé bien lo que es,) hasta convertirse en un petardista de tomo y lomo, en una notabilidad.

El petardista por mayor tiene negocios; gira y acepta letras; toma dinero á premio; y si se va á examinar el verdadero estado de sus asuntos, se verá que todo aquello es un puro enredo. Hace una, dos y hasta tres bancarotas; y entónces el petardista ha llegado á su apogeo; es un hombre grande; se le declara un *genio* para los negocios; pero el teatro es pequeño y por eso ha escollado. Dice que este país no es para él, y se va con la música á otra parte, en busca de un campo mas digno de su habilidad.

El petardista al menudeo es un personage originalísimo y aun divertido cuando ejercita el oficio con talento. Come, bebe, viste, fuma, juega y enamora á costa de otros; desplegando un verdadero lujo de ingenio y sutileza en las mil y una astucias de que se vale para desempeñar los diferentes papeles que tiene que representar. Ya es un estudiante pobre que necesita diez pesos para completar lo necesario para su grado, y se los pide á U., conociendo su buen corazon, su amor á las ciencias, &, &. Déjese U. ablandar, y al siguiente dia sabrá como el tal ni es estudiante ni ve jamas los libros. Acaso sus diez pesos de U. han pasado la noche muy contentos, convertidos en licores, en la agradable compañia de otra media docena de estudiantes y las respectivas *estudiantas*, que están lejos de saber á quien deben realmente

aquel buen rato. Ya es un antiguo camarada de colegio (de quien U. no se acuerda por mas señas,) que se encuentra en un compromiso de honor y necesita veinticinco pesos para salir de él, y si no los obtiene, está resuelto á darse un tiro. Escúsese U. con los malos tiempos, con la pérdida de las cosechas de grana, ó con cualquier otro motivo, y el del tiro va bajando como el termómetro en tiempo de frio, aunque sin llegar jamas á *zero*. Se contenta al fin con media onza (de plata) y de ahí no pasa. Ya es otro que propone el descuento de una letra falsa, ó que fingiendo cartas de personas conocidas, pilla algunos realitos. El petardista tiene, como suele decirse, mas *picos* que una estrella; fia en las tiendas, debe al zapatero y al sastre, y tiene en los cafés una cuenta abierta que, como la boca del buzon del correo, no se cierra jamas.

Un sujeto muy conocido mio, llamado Don Blas Trampea, es un petardista insigne, que podria poner cátedra de mañas, pues sabe el arte por principios. Conoce profundamente el corazon humano, y ha hecho un estudio concienzudo del carácter, de las inclinaciones, y de cuanto atañe á las innumerables personas á quienes sucesivamente va haciendo pasar bajo las horcas caudinas del escamoteo. Es un conspirador perpetuo, no contra el gobierno, sino cantra el bolsillo ageno; y como tiene declarado que la vergüenza es un mueble incómodo para navegar con él en el mar de la vida, lo ha puesto á un lado y marcha viento en popa, sin que nada le estorbe y le embarace. Eso sí, dice que nadie le gana en cuanto á exactitud para llevar sus cuentas.

A cada uno de sus innumerables parroquianos asegura muy formal que *ya está apuntado en su libro*; y no pocos se dan por satisfechos con lo del apunte;

aunque es bien sabido que Don Blas vive apuntando, pero jamas da fuego. Habita en casa de huéspedes, y nunca le parece cara la pension que le piden; pues como no la ha de pagar, tanto le da que sea poca á mi hombre como que sea mucha. Cuando ha vivido cinco, seis meses ó un año en la casa donde se le ha mantenido, lavado la ropa y remendado las calcetas, los dueños de la casa, cansados de aguardar un dinero encantado, que le han de enviar no se sabe de donde y nunca llega, acaban para plantarle en la calle, dando por bien perdido lo que debe, con tal de salir de él. En esos casos acostumbra hacerse el enojado; y si se le pregunta por qué está mal con sus antiguos huéspedes, responde que han tenido cuestion *por opiniones*—¿Cómo así? le dice alguno que sabe que Trampea no es hombre político.—Si señor, por opiniones, repite Don Blas. Figúrese U. que esas gentes *opinaban* que yo debia pagarles, y yo *opinaba* que no; con que vea U. si tengo razon para decir que hemos perdido la amistad por las malvadas opiniones.—

No sé por qué contingencia, siempre que llego á las puertas del teatro, de la plaza de toros, ó de cualquier otro establecimiento donde se paga por entrar, aparece al mismo tiempo mi Don Blas. Me suplica cortesmente pida un billete para él, y mientras estoy sacando el dinero, Trampea empieza á registrarse las faltriqueras, como quien busca lo que sabe no ha de hallar.—He olvidado mi portamoneda,—dice muy sereno; y entre tanto yo he pagado por los dos. Igual escena tiene lugar en la neveria y en el café. En todas pates el mismo minucioso é inútil cateo de bolsas, que por lo vacías parece las hubieran metido en una máquina neumática.

Cuando las circunstancias apuran mucho, Don Blas sale á campaña, y es de ver como inventa, urde y fragua para obtener recursos. Una ocasion, en que ya no encontraba que libros bajar para conseguir media docena de duros, entró en una joyeria, pidió una alhaja de valor de diez pesos y dijo que ya pasaria el dinero. A donde pasó fué á una plateria inmediata y vendió la prenda por seis pesos. Cierto amigo mio, llamado Don Cosme Tenaza, que tiene motivos para guardar consideracion á un pariente cercano de Trampea, fué víctima de éste en un lance en el cual el petardista se mostró á la altura de su genio. Fué un dia á casa de Don Cosme á suplicarle le prestase una onza de oro, ofreciendo devolverla dentro de dos semanas. Tenaza, que sabe de qué pié cogea el bueno de Don Blas, se la dió, despidiéndose de ella para siempre, con la mayor ternura. A los quince dias Trampea se presenta en casa de Don Cosme para devolverle la onza.—Sin duda se ha dormido el diablo,—dijo Don Cosme, y guardó su dinero muy contento. Dos meses despues, Trampea vuelve á buscar á mi amigo, diciéndole, en mucha reserva, como se encuentra en un grande apuro, y que espera le saque de él, prestándole treinta pesos, que devolverá á los ocho dias; agregando que solo á Tenaza, y no á otro, daria semejante prueba de amistad y de confianza. Don Cosme agradece infinito la estimacion y da el dinero, haciéndo el ánimo de perderlo.—Estos treinta si que se van y no vuelven, dijo para su capote; al menos ya me veré libre de este petardista.—Pero, ¿quién lo creyera? El dia mismo en que se cumplió el plazo, mi amigo veía sus treinta pesos sobre la mesa! Apartó uno para mandar decir una misa por las ánimas y varió completamente el concepto que tenia de

Don Blas, á quien sin duda se calumniaba. Pasó algun tiempo; y un dia, sin rodeos ni circunloquios, pidió Trampea quince onzas á Don Cosme, quien seguro con la puntualidad de los pagos anteriores, se las contó en el acto. Pasa el término señalado para la devolucion, y el hombre no parece. Un año mas, y nadie le da razon de él, pues ha desaparecido de la ciudad.—El muy bribon, decia Tenaza con los ojos llenos de lágrimas, trató de inspirarme confianza para asegurar el golpe fatal.—El lance se hizo público, y mi pobre amigo tuvo que oir no pocas zumbas sobre sus quince onzas. Mas ¡cuán falibles son los juicios humanos! Seis dias hace, Don Cosme Tenaza recibe una carta de Santa Ana, en la cual Trampea le pide mil perdones por la retencion de su dinero y le remite sus quince onzas una sobre otra, en una cajita de carton bien cerrada y lacreada! Mi amigo, alegre como una pascua, va de tienda en tienda mostrando la carta y el dinero á los burlones que se hacen cruces y declaran á Don Blas, hombre cabal y honrado, el Fénix de los petardistas. En eso, uno de tantos, mas curioso, ó mas desconfiado que los otros, toma una de las onzas, la examina, la hace caer al suelo, y al oir el sonido, dice con seguridad—Es falsa!—¡Falsa! —repiten en coro los demas; vengan las otras.—Se examina una por una; todas son igualmente falsas. El bribon habia añadido al petardo la broma mas desvergonzada. Don Cosme dió la vuelta furioso; no tanto por la pérdida del dinero, cuanto por el chasco.

Trampea, entre tanto, anda ejerciendo su profesion en otras partes; y adelantando en la carrera, se ocupa en hacer las veces del cuño en los lugares donde falta este establecimiento. Cuando se haya olvidado el lance de las onzas, (porque ¿qué no se olvida

aquí?) volverá por acá; pues su desfachatez es tal, que raya en lo sublime y hace de nuestro hombre cuasi un héroe. Ahora pregunto yo: el que tan gran habilidad despliega y tan activo se muestra para procurar vivir á costillas del prójimo, con riesgo de que al fin, agotándose la paciencia de los que son víctimas de sus ardides, den con él en una cárcel, ¿no podria, haciendo uso de esa misma habilidad y quizá con la mitad del trabajo que emplea para defraudar á los demas, adquirir, por medio de una industria honesta, otro tanto ó mas de lo que pilla con sus malas artes? Ciertamente que sí; pero no lo hace, porque ha contraido malos hábitos que han acabado por formar en él una segunda naturaleza. La trápala y el engaño son su elemento, y si le sacan de él, muere como el pez fuera del agua. Un moralista ha dicho "que todo crímen procede de un error de cálculo." Claro es que si el petardista calculara bien sus verdaderos intereses, seria....cualquiera otra cosa, con mas lucro del que obtiene y con menos riesgo del que corre en la carrerra de tramposo.

EL DISTRAIDO.

Hay hombres que utilizan y convierten en provecho propio hasta sus mismos defectos; proporcionándose así una especie de compensacion á la falta de aquellas ventajas que les ha negado la naturaleza avara. No son pocos los miopes que sacan partido de su miopía, para no ver aquello que no les conviene, y los sordos que, gracias á su sordera, no oyen jamas lo que no les tiene cuenta. Lo mismo que con esos defectos físicos, suele suceder con algunos intelectuales. Las personas que han sentado plaza de distraidas, por ejemplo, disfrutan de ciertos privilegios á que no nos es dado aspirar á los que no estamos declarados faltos de la primera de las tres potencias del alma, tomándolas en el órden en que las enumera el Catecismo. La distraccion, cuando llega á cierto grado, es un tesoro de precio incalculable; y el hombre que la posee, puede llamarse dichoso, como que está autorizado para salirse con cuanto le acomoda.

El distraido que toca en el último término de ese que no sé si deba considerarse como defecto ó como gracia, se llama entre nosotros *ido;* locucion bárbara, si se quiere, pero que hace al que la obtiene una de las criaturas mas felices sobre la haz de la tierra. Está autorizado para no pagar visitas, ni otras cosas; para no saludar en la calle ni ceder la acera á los que *le revientan la sangre;* para decir algunas *frescas* á cuantos le incomodan; en fin, para tomarse libertades que á otros no se tolerarian. *Es muy ido*, se dice; y ese participio pasado del verbo ir, aplicado de tan estraña manera, es una especie de bula sanatoria que hace bueno todo género de caprichos y escentricidades. ¡Bienaventurados los *idos*; porque ellos harán en este mundo cuanto les dé la gana!

De esa clase de gentes se dice por acá "que les falta un sentido." Yo, por mas que repaso los cinco que llamamos corporales, no acierto á alcanzar cual de ellos es el que brilla por su ausencia en las personas distraidas. Verdad es que ellas ni ven, ni oyen, ni huelen, ni gustan, ni tocan como el comun de los hombres; pero eso, mas que carencia de sentido determinado, supone una manera propia y peculiar de usar de todos ellos. Acaso el que les falte sea el que los moralistas llaman íntimo, en cuyo caso eso esplicaria la significacion de aquella frase familiar.

Un Don Desiderio, á quien en abreviatura llamamos todos Don Lelo, (diminutivo que cuadra perfectamente al individuo) es un *ido* de solemnidad, y puede presentarse como el prototipo de esa clase de personas. Anda á manera de república hispano-americana que se está *constituyendo*, es decir, á paso de tortuga; siempre está ó cantando ó *chiflando*; se para delante de las tiendas, viendo horas de horas cual-

quier baratija, y cuando sale de su distraccion, tiene ya al derredor un gran círculo de curiosos que se devanan los sesos por adivinar qué es lo que le llama la atencion. Lleva el pañuelo lleno de nudos, como cuerda de tercero; pues es su costumbre poner esas señales para recordar que ha de concurrir á una cita, que tiene que contestar una carta, ó que evacuar cualquiera otra diligencia muy urgente. Desgraciadamente, suele suceder que cuando ve despues los tales *amarradijos*, no puede acordarse ni por cuanto hay para lo que los hizo. Si comienza á hablar, se olvida que lo está haciendo, y charla horas enteras; si se sienta á comer, lo mismo; no concluirá jamas. Sale de su casa y deja la cigarrera, el baston, y aun el sombrero. Ocasion ha habido en que saliendo á las tres de la tarde para un convite, se ha ido, por distraccion, al guarda; y cuando vuelve en sí, ya, con mucho, se ha pasado la hora. Por distraccion tambien le dice á uno todo el mal posible de sus parientes ó amigos íntimos y ya le ha sucedido hacer á nn sujeto *honras de cuerpo presente.* Generalmente nada de esto se le toma á mal. ¡Es tan *chiflado!* se dice, y talvez hasta se celebran esas ocurrencias.

Hará cosa de veinte dias, iba yo precisadísimo, y al volver una esquina, doy contra Don Lelo, como un buque que se estrella con un arrecife. Inmediatamente me agarró por la levita, y no me fué posible desasirme de él, sino despues de una hora.—¡Hombre!, me dijo; siempre anda U. como alma que se lleva el diablo!—Tengo hoy mucho que hacer....—Y yo tambien.—¿Qué hay de nuevo?—Nada.—¿Ha venido el correo?—No.—Hace calor, ¿es verdad?—Sí.—Va á cambiar el tiempo.—Pues.—¿Con que mucho que hacer, eh?—Ya—En esto Don Lelo me habia desabo-

tonado uno por uno todos los botones del chaleco, (es una de las cosas qne hace por distraccion.) Sin dejarse derrotar por mis monosílábos, continuó el interrogatorio—¡Ha visto U. á nuestro amigo Don Nicasio?—¿Cómo quiere U. qne le vea si murió hace un año?—¡Hombre! murió!—y se quedó un momento pensativo. Luego agregó con la mayor cachaza de este mundo, y como hablando solo:—Murió! murió! Es verdad; ahora me acuerdo que asistí á su entierro. ¿Ha ido U. al teatro estas noches?—¿Cómo quiere U. que vaya si no hay ópera?—¡Que no hay ópera! ¿y por qué?—Por la sencilla razon de que se cerró el teatro desde carnaval.—A! es verdad; estamos en semana santa.—En cuaresma, querrá U. decir.—Es lo mismo; en cuaresma.—En esto sacó del bolsillo un lápiz y comenzó á dibujar en mi chaleco (que era blanco) y en el pecho de mi camisa.—Salomé, hágame U. el favor de darme un polvo.—Saqué mi caja, (que es de plata) y el *chiflado*, en vez de tomar el tabaco, cojió la caja y se la embolsó, completamente distraido.—¿Con que ya sabe U. que me caso?—me dijo; y continuó el dibujo.—Así lo he oído, le contesté; ¿y quién es la dichosa?....—Clara, la hija de Doña Manuela.—Hombre! No puede ser.—¿Y por qué?—Porque Clara es casada y yo no sé que aquí se haya establecido ya la poligamia.—Voto va! que no sé lo que hablo. Es con Dolores, la hermana, con quien yo me caso Equivoqué los nombres.—Esa es otra cosa.—Volví á ver la parte de mi vestido que habia servido de papel al lápiz de aquel *ido* de Barrabás, y la encontré tal, que habria podido estudiarse en ella botánica y zoología; tal era la coleccion de plantas y animales que me habia dibujado.—Desde luego convido á U. para testigo,—me dijo; dentro de ocho dias será

la velacion, y asi que se abra el punto nos daremos las manos.—Dicho esto, dió la vuelta, y sin despedirse, se marchó, talareando una cancion y *somatándose* con cuantos encontraba. Me reí de la rara trasmutacion que habia hecho al referirme lo de la velacion y lo de las manos, no menos que de lo de la apertura del punto, y quedé creyendo firmemente que no habia una palabra de verdad en lo de la tal boda.

Pero, con no pequeño asombro, recibí una esquelita de Don Lelo, ocho dias hace, en que me citaba para la noche siguiente, en casa de la novia, donde debia tener lugar la ceremonia. Tomé informes, y supe que en efecto habia cristiana que tenia suficiente vocacion al estado, como para decidirse á casarse con el *ido.* A la hora señalada, acudí, y lo mismo que yo hicieron los demas convidados. El hombre no estaba ahí.—Estará acicalándose mas de lo acostumbrado,—dijo alguno. Pasó una hora, y Don Lelo no llegaba; dos, y nada. La familia se inquietaba; la novia se ponia de mil colores; sus *amigas* se sonreían; y cuando la infeliz estaba á punto de soltar las lágrimas, entra mi hombre á paso redoblado, vestido como quien viene de una caceria. Y era así, en efecto. Don Lelo se olvidó de que aquel era el dia señalado para la boda, y tomando su escopeta, se fué á corretear venados. Cuando se acordó que lo esperaban para cazarlo á él, volvió á la ciudad con toda la lijereza de que era capaz, y sea por distraccion ó por no perder tiempo en cambiar trage, se presentó en aquella ceremonia hecho un verdadero Nemrod. El cuerno en que llevaba la pólvora se le habia subido hácia el hombro, y asomaba la punta por encima de la espalda. Disculpóse lo mejor que pudo; y no fué menester mucho, pues todos á una voz dijeron: ¡Como es

tan *chiflado!* Si tal cosa ocurre á otro cualquiera, le habrian echado noramala; pero el *ido* estaba autorizado para todo.

Se casó, pues, Don Lelo; y su esposa será feliz con él, como se acostumbre á sus distracciones, pues por lo demas es un hombre de apreciables circunstancias. Tendrá hijos, y apuntará su número y sus nombres para no olvidarlos. No será mucho que en los libros de su casa (pues es comerciante,) aparezca uno de los angelitos incluidos en alguna factura. Afortunadamente Don Lelo hace el comercio de buena fé; y así no hay peligro de que el nombre de alguno de sus niños figure entre artículos introducidos de contrabando.

MIS HUESPEDES.

El nombre del primero que abrió un establecimienta público para alojar á los viageros en las poblaciones, debiera estar escrito en letras de oro en el catálogo de los bienhechores de la humanidad. Y sin embargo, apostaria yo doble contra sencillo á que la posteridad desagradecida ha olvidado quién fué ese filántropo, cuya estátua habria de adornar las fachadas de todas las casas de hospedaje; desde el elegante hotel hasta el meson modesto! Nada estraño será, porque los pueblos carecen, como suele decirse, de la "memoria del corazon." Se sabe seguramente quien inventó la pólvora, los pasquines, los periódicos, los cañones rayados y otras cosas igualmente *mortíferas*, y nadie trata de averiguar quien fué el primero que cuidó de evitar á los particulares el engorro de alojar en sus casas á los pasageros.

Entre nosotros ha comenzado á haber hoteles de pocos años á esta parte; y como debe suponerse, están todavia distantes de la perfeccion á que pueden aspirar. Tales cuales son aun, esos establecimientos sirven de mucho; y los descontentadizos no tienen mas que ver lo que son nuestros antiguos mesones, únicas casas de hospedaje que ántes se conocian, para advertir que se va adelantando poco á poco en eso, como en otras muchas cosas. No habiendo aquí una grande afluencia de viageros, no puede haber tampoco establecimientos que exijen gastos considerables; y, por otra parte, debe convenirse tambien en que la falta de éstos retrae á muchos de visitar la capital con mas frecuencia. Sucede, pues, en esto lo que respecto á lectores y escritores decia Fígaro: no hay hoteles porque no hay viageros; y no hay viageros porque no hay hoteles.

Algunos de los que vienen de los departamentos á esta capital, especialmente cuando hay fiestas, suelen, por no *apearse*, como se dice, en un hotel, arrostrar las incomodidades que trae consigo el poner casa para unos pocos dias, ó bien aceptan la hospitalidad de algun amigo. Cuando las alojadas son una, dos ó aun tres personas, y el huésped posee una habitacion amplia y adecuada, los inconvenientes del hospedage son insignificantes y se sobrellevan con gusto, atendido el que causa la presencia de amigos y parientes á quienes se ve tal vez de tarde en tarde. Pero cuando es una familia entera, como suele suceder, la que se instala en nuestra casa, se nos hace sufrir un tormento de que no tienen idea los que no hayan sido víctimas de semejante chasco, como lo fuí yo en la semana santa que acaba de pasar.

Algunos de mis lectores habrán oido mentar sin

duda á un señor Don Juan *Ante-portam latinam* Pollin y Revolorio, estante y habitante de una de las principales poblaciones de cierto departamento que no nombraré. Es hombre muy rico y con un *familion* que lleva trazas de convertirse en tribu, y que podria er una base muy regular para la colonizacion de alguno de nuestros terrenos deshabitados. Tiene sus humillos de hidalgo, y guarda cuidadosamente unos pergaminos viejos por los cuales consta que desciende de los conquistadores y que un Pollin sirvió no sé qué destino importante (pregonero creo) en uno de los primeros cabildos de la primitiva ciudad de Santiago de los caballeros de Guatemala. El Pollin actual es un excelente sujeto, y si se le quitasen las pretensiones nobiliarias, casi no habria en su carácter lado que no fuese serio y respetable. Las gentes de su tierra, que segun él dice, son algo *igualadas*, se olvidan con mas frecuencia de la que él quisiera de la ilustre ascendencia del señor Don Juan, y por ignorancia ó por malicia, han dado en llamarle simplemente Don Tiporta, haciendo las mas estraña y caprichosa abreviatura del *Ante-portam* que forma parte de su nombre de bautismo.

Hará unos trece ó catorce años, estuve en la villa natal de este vástago de una raza de héroes; y una carta de recomendacion que para él llevaba, hizo me ofreciese en su casa la mas franca hospitalidad, de que tuve el honor de disfrutar durante cuatro dias. Desde enónces llevo con Don Juan *Ante-portam-latinam* una correspondencia tan seguida como lo permite mi filosófica pereza; y hará unos diez años lo menos que mi amigo me está amenazando con devolverme la visita, pues es hombre que no acostumbra quedarse con nada de nadie. Visto que habia transcurrido

tanto tiempo sin que los amagos llegasen á realizarse, ya habia aplazado nuestras visitas hasta el valle de Josafat, pues eso de que yo haya de volver por aquellos mundos, es pensar en lo excusado. El sábado de ramos estaba en mi balcon, tranquilo y descuidado, como nos sorprenden siempre los grandes infortunios, ocupado en ver si podia pescar entre los paseantes algunos tipos para mis artículos de costumbres, cuando me llamó la atencion el ruido de un gran tropel de caballos. Vuelvo la cabeza hácia la parte de la calle de donde venia el albroto y veo una comitiva numerosa, compuesta de personas de *todos* sexos y edades. Señoras en antiguos sillones *de tablita*, trayendo paraguas por quitasoles; señores montados en excelentes mulas; criaturas que venian *por delante;* criados, &, &.—Es alguna familia de fuera que viene á pasar aquí la semana santa,—dije para mí, y no fijé ya la atencion en la comitiva. Pero ¡cuál seria mi sorpresa al ver que aquella legion de caminantes se iba entrando por las puertas de mi casa!—Se han equivocado pensé, y han tomado mi habitacion por un hotel.—Salgo al corredor, y ¡desventurado de mí! veo que era Don Tiporta, con su muger, su suegra, sus dos hijas casadas, otras dos que rabian por casarse, sus yernos, seis nietos de diferentes edades y cuatro ó cinco criados, que se me venian encima como un ejército enemigo que cae de improviso sobre una poblacion indefensa y descuidada.—Al fin, mi amigo, venimos á recibir el favor de U. por ocho ó diez dias,—me dijo el esclarecido Pollin abrazándome, mientras los yernos apeaban á los muchachos.–Muchas gracias, le contesté; el favorecido soy yo;—y habiendo contado rápidamente mis huéspedes y sumado diez y nueve entre amos y criados, grandes y chicos, compren-

dí todo el horror de mi situacion.

La suegra es una señora ya *grande*, como algunos dicen á los viejos; que tiene entre pecho y barba, el güegüecho mas frondoso que en mi vida he visto. No es un güegüecho de una sola pieza, sino que se compone de cuatro ó cinco partes de diversos tamaños y figuras, lo que le da la apariencia de un hermoso frutero. La voz naturalmente sorda al salir de los robustos pulmones de Doña Brígida, sufre infinitas modulaciones al pasar por entre las sinuosidades de aquel enorme *bocio*, como el aire que sale por la boca de una corneta á piston, despues de haber dado vuelta á las múltiples roscas del instrumento. Cuando Doña Brígida se altera y grita, cuando está alegre y se rie, ó cuando sufre y llora, su voz es un órgano al que se han soltado todos los registros y casi no hay tímpano humano que pueda resistir aquellos sonidos alternativamente graves y agudos, pero siempre atronadores é insufribles. La esposa de mi amigo es excesivamente gruesa; y cuando fuí, como lo exijia la atencion á ayudarla á bajar del caballo, se vino sobre mí, con todo el peso de sus siete arrobas; y no pudiendo resistirla, caí de epaldas y quedé debajo de aquel volcan de agua con honores de muger.—¡Santo Dios!—gritó Doña Brígida desde el fondo de su güegüecho. Las niñas acudieron asustadas á ayudar á los yernos y á Pollin, que con sus cuatro criados y uno de mi casa, al fin lograron levantar aquel zurron de grana en trage femenino.—No ha sido nada—dije yo; y salí cojeando y con un brazo magullado, á disponer dónde habia de acomodar aquel ejército de huéspedes.

Las hijas que la llevan de francas y que lo que tienen en realidad es esa llaneza que acompaña casi

siempre á la mala educacion, comenzaron á registrar la casa hasta sus últimos rincones, y se instalaron por sí y ante sí en unas piezas que tienen balcones á la calle, pues decian que querian verlo todo. Los gaznápiros de los yernos atendian á la colocacion de los baules y los catres, y los muchachos, el mayor de los cuales tendria quince años y el menor dos, comenzaron á manosear los muebles con infantil curiosidad. Nadie se acordó por lo pronto de la bestias, que quedaron por su cuenta y riesgo en el patio y destruyeronen un cuarto de hora mi jardin, formado con no poco esmero y trabajo.

Mo fué de menos el que me costó distribuir convenientemente á los Pollines en las habitaciones, colocando de dos en dos á los adultos, á los párvulos de tres en tres,acompañada cada seccion de una de las dos solteras empedernidas. Doña Brígida quedó en un aposento tabique de por medio con el único y pequeño cuarto á que hube de reducirme, y para comedor se destinó provisoriamente uno de los corredores.

Fácilmente se podrá imaginar qué dias y qué noches me dieron aquellos condenados. La suegra hacia retumbar la casa con sus ronquidos, y á cada ataque de tos que la acometia, creía yo que era llegado su último momento, esperando por instantes la noticia de que le hubiese reventado la enorme *cantimplora*. Me fué preciso acompañar á aquella buena gente á las procesiones y á todo lo demas que hay que ver en la semana santa; para lo cual ellas y ellos se vistieron de la manera mas ridícula, con trages tales como se usaban hace veinte ó treinta años. Las damas los llevaban semejantes á los que vemos pintados en algunos platos antiguos, estrechos, rebajados de escote, y con la cintura cerca de la garganta. Los chicos eran unas

estrañas miniaturas de los grandes, pues no vestian con la sencillez propia de su edad. No es necesario decir que aquella rara comitiva, que parecia mas bien de carnaval que de semana santa, y en medio de la cual tuve que andar de Anás á Caifás y de Herodes á Pilatos, dió mucho que reir en esos dias. Ellos como no advertian la novedad que causaban, recorrian impávidos la ciudad de arriba abajo, y declararon *muy alegre* la semana santa.

Mi casa se volvió una Babilonia. Los chicos, cuando no estaban en la calle, se ocupaban, con otros de las vecindades con quienes luego fraternizaron y se unieron, en reproducir las procesiones que veían por las calles, y algunas de las ceremonias que habian presenciado en las iglesias. Tenia yo, pues, en los corredores *cucuruchos*, con sus correspondientes pitos y tambores, *escuadrones*, penitentes, procesiones en toda forma, con tropa en miniatura y una banda de música formada con trompetillas, acordiones, chinchines, tambores y otros instrumentos que sonando todos á un mismo tiempo, formaban la mas inaguantable orquesta. El bueno de Tiporta, su muger, la suegra y los demas de la familia, celebraban las ocurrencias de los muchachos y se divertian á mas no poder. Yo era el único que estaba mohino y mal humorado. Algunos de mis papeles interesantes se convirtieron en chacós y kepis de aquellos oficiales y soldados improvisados, y para adornarlos, me desplumaron cuatro hermosos quezales que tenia en la sala. Las mesas servian de andas en las procesiones y las carpetas de palios. En fin, todo andaba rodando y la casa era un infierno. Lo que acabó de dar al traste con la paciencia que me quedaba, fué que ocurrió á aquellos belitres hacer un Judas de trapo y al efecto echa-

ron mano del mejor de mis fraques, de mis pantalones, de mis botas y de mi sombrero; y rellenando el muñeco con la ropa de mi cama, el juéves santo amanecí colgado en efigie sobre el tejado de mi casa. La broma me pareció pesada y mandé bajar el maniquí inmediatamente. Fué sustituido con otro, aunque ya no con mis vestidos, y los dejé hacer, resuelto como estaba á aguantar hasta que Dios fuese servido de remediarlo. El sábado santo trepó al tejado la turbamulta de diablitos, y descolgando á Judas, sin que yo lo advirtiera, lo montaron y lo ataron bien en mi caballo, que quiero como á las niñas de mis ojos, y se largaron á la calle, donde la comitiva se engrosó estraordinariamente. Cuando advertí la travesura, era ya tarde para remediarla. El pobre animal recorria la ciudad seguido y acosado por centenares de verdaderos Judas, y no pude hacerlo volver sino cuatro horas despues, maltratado y medio muerto de fatiga. Los Tiportas reían hasta desgañitarse, y yo me encerré en mi cuarto bajo de llave, me finjí enfermo y me propuse no volver á salir hasta que la casa estuviese libre de aquellos Satanaces.

El tercer dia de pascua levantó el campo la turba intolerable. Yo entreabrí la puerta, y sin asomar la cabeza, recibí la despedida y las gracias de Don Juan, de la suegra, de la esposa, de las hijas y de los yernos, que no acababan de ponderar lo contentos que habian estado y me aseguraron que en diciembre vendrian otravez á recibir mi favor, y que dilatarian algunos dias mas que ahora, que habian venido muy de paso. —Corriente, les contesté, los espero,—resuelto y muy resuelto á emigrar de la ciudad si tal cosa llega á suceder, antes que volver á recibir á tan molestos huéspedes. Véase, pues, con cuanta razon bendigo las ca-

sas de hospedage. Si yo fuera dictador, daria inmediatamente una disposicion para que ningun pasagero pudiese alojarse en casa particular. Me lo agradecerian los dueños de hoteles y mesones, y todos los ciudadanos pacíficos, mientras haya en el mundo Tipor tas y Pollines.

EL PARAGUAS.

¿Qué se puede escribir sobre un paraguas? ¿A qué consideraciones políticas, morales ó filosóficas podrá servir de tema un mueble tan prosaico y tan vulgar? Apurado he de verme para escribir un cuadro de costumbres sobre el paraguas, si he de tratar de decir algo que valga la pena de ser leído, y si no me he de apear por las orejas, haciendo solamente unas cuantas variaciones sobre una paradoja. Pero todo tiene en este mundo sus ventajas; y el escoger un asunto árido y seco como materia de un artículo, ofrece la de llevar anticipada la disculpa, si á la mitad del escrito el papel se cae de la mano y no puede llegar al fin de él el lector mas cachazudo. ¡Qué se podia decir sobre un paraguas! ¡Qué habia de salir sino un artículo muy *aguado!* Vaya eso por via de prólogo precautorio y entremos en materia.

Creo que no me seria difícil probar que el uso del

paraguas viene desde la mas remota antigüedad. Hubo paraguas desde que hubo lluvias; y yo sé, por haberlo leído en un autor eruditísimo, que en los primeros dias de los cuarenta del diluvio universal, se hizo un consumo enorme de esos muebles, realizándose todos los surtidos que existian sobre la faz de la tierra, con notable provecho de los mercaderes, hasta que se vió la inutilidad de tales instrumentos. Dejando aparte toda chanza, puede asegurarse que el paraguas no es en manera alguna una invencion moderna; pues si bien hay quien dice que en Francia no se introdujo su uso sino hasta por los años de 1680, y en los diccionarios antiguos castellanos que yo he podido consultar no se encuentra la palabra paraguas, lo cierto es que ese aparato pasó de la mitologia pagana al cristianismo como un símbolo de honor y dignidad. Remito al que desee mas detalles sobre el particular, á Pausanias y á Hesichio, célebres escritores griegos, quienes dan noticia de cierta fiesta que se celebraba en honor de Baco, en la cual se paseaba la estátua del falso Dios debajo de un paraguas.

Tanto en las dimensiones como en otras circunstancias esenciales ó accidentales, el paraguas contemporáneo es harto diferente del de principios del presente siglo. ¡Cuánta distancia del paraguas español, fuerte, espacioso, durable, si bien poco elegante, al endeble y efímero paraguas francés de la época ingrata que hemos alcanzado! Aquel resistia impávido los aguaceros tropicales, cobijaba, si era necesario, una familia entera y pasaba de generacion en generacion con los demas bienes abolengos. El paraguas actual cubre escasamente la cabeza y á los dos ó tres meses de uso, está agujereado, hecho pedazos, inservi-

ble. Si yo fuera un Montesquieu, escribiria sobre la *Grandeza y decadencia de los paraguas* una obra que me haria inmortal; pero no siéndolo, tengo que limitarme á consignar este piadoso y triste recuerdo de los paraguas de nuestros mayores.

Sunt lacrimæ rerum
Et mentem mortalia tangunt.

Yo saludo siempre con júbilo al primer paraguas que alcanzo á ver en la estacion lluviosa. Despues de los calores sofocantes de la primavera, y mas cuando esta se hace la remolona y perezosa para abandonar el campo, como ha sucedido este año, desea uno esos aguaceros que refrescan la atmósfera, hacen reverdecer los prados, vivifican la naturaleza entera y alegran á los labradores, con tal que no sean nopaleros. El primer paraguas que, sacudiendo el polvo de la funda, sale á luz, despliega y hace crugir el arrugado tafetan sobre las encorbadas varillas, es para mí la declaracion oficial de la entrada del que llamamos nosotros invierno. Por mi gusto daria un abrazo al primero ó á la primera que abre su paraguas por abril ó mayo.

Y sin embargo, preciso es confesar que el paraguas, reducido á su mas simple expresion, como ha venido ya á quedar, gracias al despotismo de la moda, es un mueble poco menos que inútil. Hacerse de él hoy dia, es comprar por cuatro ó cinco pesos el derecho de empaparse sin tener vergüenza. ¿Quién no lleva un paraguas cuando está lloviendo? ¿Hay cosa mas ridícula que mojarse francamente? El desventurado que carece de ese adminículo, si se encuentra sorprendido en la calle por un aguacero, apresura el paso, busca el abrigo de un alero y excita la compasion de

los transeuntes. ¡Mojándose y sin paraguas! ¡Qué desgracia! El que lo lleva puede saturarse impunemente. Va por el medio de la calle, recibe torrentes de lluvia, el agua regularmente se cuela por el tejido del tafetan, chorrea por los extremos de las varillas, el paraguas se doblega y está á punto de romperse con el viento, va U. calado hasta los huesos; pero ¿qué importa? ¿lleva U. un paraguas? pues ha salvado el sombrero *y el honor.*

Hay lances en la vida en que daria uno cualquier cosa por un paraguas. La atmósfera está cubierta de nubes, truena y relampagea, comienzan á abrirse las cataratas del cielo, y U. recorre esas calles de Dios, habiéndose dejado en casa el consabido mueble. Ve U. pasar, lijera y acongojada, una muger amable, una muger á quien evitaria U. una incomodidad á cualquier precio. Va mojándose, y U. no tiene, ¡desventurado! un triste paraguas que poder ofrecerla! Me ha sucedido ver á un cortejo, en tarde de invierno, inmóvil junto á una reja, abotonado hasta la garganta, las manos en las faltriqueras, recibiendo en el sombrero torrentes de agua que lo bañan por todas partes. En esa situacion *escepcional* vi salir á la in grata, á cuyos labios asomó (tal vez sin que ella lo pudiese remediar) una sonrisa medio burlona y medio compasiva.—¿Se ha mojado U?—Un poco, pero eso y mucho mas....&c.—¡Inútiles recursos oratorios! El amor no resiste al ridículo, y aquel era un hombre perdido. Si hubieia sido un rey, habria debido, parodiando la célebre frase de un monarca inglés, ofrecer *su reino por un paraguas.*

Por eso hay muchos que antes saldrian sin sombrero qne sin paraguas; que lo llevan desde principios de abril hasta fines de octubre, aun cuando está el

cielo despejado, aun cuando sea el veranito de San Juan ó la Canícula. Si comienza á gotear, despliegan el pabellon de seda; si encuentran alguna conocida, hacen como que no la ven, ocultándose tras el paraguas mismo, ó si el lance apura mucho y han tenido la fortuna de verla desde lejos, no lo estienden sino cuando ha cesado el peligro; esto es, cuando se ha alejado la persona á quien tendrian que ofrecerlo. Porque sucede con harta frecuencia que el paraguas prestado no vuelve á juntarse con su dueño en este valle de lágrimas. Los paraguas, como los libros y como algunas otras cosas, no se devuelven; y si uno logra atraparlos, es cuando habiendo pasado de mano en mano, en círculo vicioso, tornan al fin, como el hijo pródigo, rotos, sucios y golpeados de la fortuna, á buscar el abrigo del hogar doméstico.

¿Y qué diremos cuando nos hacen el favor de prestarnos un paraguas de estos que pertenecen al número de los veteranos que, cubiertos de honrosas cicatrices y de mal cerradas heridas, habian ya alcanzado su retiro? Cerrados, engañan á cualquiera; sale U. á la calle, despliégalos y descúbrense todas las miserias. La tela está rota por todas partes; la mitad de las varas están zafadas; el tubo no sube con facilidad y el instrumento se queda á medio abrir. Vuelve U. á cerrar el inútil trasto; y como seria absurdo llevarlo á la vista de todos cuando llueve, sin servirse de él, lo oculta U. como una arma prohibida, bajo la falda de la levita. Al dia siguiente lo devuelve con muchos cumplimientos, quedando agradecido y.... no sé qué otra cosa mas.

Don Casimoro Ballenas tiene un paraguas de esos que se han hecho tan raros; dice que lo quiere como á su muger, y hay quien asegura que algo mas. En

el dia es de tafetan barcino; pero ha cambiado ya varios colores, como algunos hombres públicos. Con él puede uno desafiar el diluvio, seguro de que va como en su casa. Una noche vi guarecerse bajo su techo protector á la familia entera de Ballenas, compuesta de siete individuos, que salieron de aquella galera portátil enjutos y bien acondicionados. El orígen del paraguas mónstruo de Don Casimiro se pierde en la noche de los tiempos, y ni él nadie sabe de donde vino ni quien fué su primer dueño. Ha sufrido tantas transformaciones, que se podria escribir sobre ellas un libro como el de las Metamórfosis de Ovidio. Tres veces le han cambiado el tafetan, por viejo y roto, y otras tantas las varillas, de suerte que del paraguas primitivo apenas queda una ú otra pieza en el actual.—Todo sobrevive al hombre, me dije á mí mismo pocos dias hace, al ver salir á luz por la primera vez en este invierno el archiparaguas de Don Casimiro. Mas de tres generaciones se han abrigado en dias y en noches de lluvia bajo ese aparato; ellas han desaparecido y el paraguas queda, testigo mudo de tantas vicisitudes como han ocurrido en la familia de que forma parte!—Cuando Ballenas lleva abierto su paraguas, es necesario hacerle lugar para que pase, dejándole libre y espedito un espacio de tres varas. Un *chucan* le ha aconsejado lo venda al Ayuntamiento para que se arriende junto con las *sombras* del mercado: otro tuvo la humorada de pedírselo prestado para cubrir provisionalmente una casa á la cual se habia quitado el techo; y hubo escéntrico que le aconsejó lo alquilase á los acróbatas que dieron, algunos dias hace, espectáculos en la plaza del Sagrario, asegurando que el paraguas de Ballenas haria las veces de la mas amplia tienda de

campaña. El los deja decir y cuando llueve, se sonrie al ver los diminutos y elegantes paraguas modernos, que apenas bastan á defender la cabeza de quienes los llevan.

Nuestros indios, de los cuales deberíamos aprender muchas cosas buenas, en lugar de enseñarles tantas malas, usan una eespecie de paraguas poco vistosos, pero mejores de seguro que los nuestros. El *suyacal* no tiene tafetan, ni varas de hierro, ni ballenas; pero yo tengo para mí que debe defender mejor de la lluvia que los quitasoles que hoy usamos con el nombre de paraguas. ¿No seria oportuno que la gente de buen tono ensayase el uso del *suyacal?* Modas mas ridículas hay, y nadie las repugna. Deberia ofrecerse un premio al primer petrimetre y á la primera elegante que se presentasen un dia de agua en un paseo bajo un *suyacal.* Se evitarian así las mojadas y ganaria la profesion del *suyacalero*, que segun yo pienso, no debe estar en situacion muy ventajosa. Someto, pues, respetuosamente esa idea á los proteccionistas de la industria indígena.

UN DUELO.

Nuestra rica lengua castellana, cuya opulencia ha pasado ya en autoridad de cosa juzgada, por lo cual me guardaré de ponerla en duda como de meterme á nopalero, tiene de vez en cuando ciertos asomos y barruntos de pobre, que provocan á muchos á darla limosna; sentimiento caritativo que ha dado orígen á mas de cuatro neologismos, con escándalo de los puristas. Una misma voz suele servir para espresar ideas tan diferentes, que con frecuencia se incurre por esto en errores graves, tomando una cosa por otra que la es enteramente contraria. Diremos, pues, que nuestro idioma es un señor muy rico; pero que, á semejanza de muchas gentes acaudaladas, se porta en lo mejor como un mendigo, guardando sus tesoros bajo de siete llaves.

Ocurriéronme estas reflexiones al escribir la palabra que sirve de encabezamiento á este artículo; te-

miendo que el doble ó triple significado de la voz duelo, pueda hacer creer á algunos que voy á tratar de un asunto muy diferente del que me propongo. En efecto; ¿quién ignora que duelo significa en castellano el combate entre dos personas; el dolor, la aflicion, el sentimiento, la solemnidad funeral y el concurso de los que, concluida ésta, pasan á visitar á las personas que han perdido algun deudo? Cervantes, en el capítulo primero del Quijote, habla de "*duelos* y quebrantos;" y segun uno de los comentadores de aquel libro inmortal, se llamaba así en la Mancha una especie de olla compuesta de las extremidades de los huesos quebrantados de las obejas que se morian. Tenemos, pues, tres ó caatro significados diferentes de la palabra duelo, ya usada en singular y ya en plural. ¿Qué estraño será entónces que mis lectopermanezcan todavia perplejos sin saber en cual de esas acepciones la tomo yo en el presente artículo?

Para sacarlos de una vez de dudas, les diré que no uso la palabra duelo en concepto de combate, (que entre paréntesis, no es lo mismo que desafio;) y eso, entre otras razones, porque tales duelos son plantas exóticas que no han podido aclimatarse entre nosotros. El que se considera aquí agraviado, ó lo lleva en amor de Dios, ó pone la demanda; que eso de andarse á balazos y á estocadas, no es para los que somos *quitados de ocasiones*, como cierto gallo cuya índole pacífica se ha hecho proverbial. El duelo de que voy á tratar es la solemnidad fúnebre que sigue à la muerte de alguna persona; y como me refiero á un asunto de suyo triste y lacrimoso, me dispensará el lector si no le doy un Cuadro tan divertido como él acaso lo querria.

Y no porque entre nosotros todo lo fúnebre sea

precisamente triste. Por acá jugamos hasta con los muertos. Díganlo, si no, algunos epitafios que serian capaces de hacer reir á los que los tienen encima, si los vieran; y díganlo los *velorios* con que la gente pobre *celebra* la muerte de sus deudos. A propósito de esto, ya que me siento hoy en vena de filosofar, diré que apenas hay entre las costumbres de nuestro pueblo otra que me horripile mas que esa de beber, reir, cantar, bailar, &c., en presencia de un cadáver, aun cuando éste sea el de un niño. Ese despojo frio de la muerte presidiendo á las bacanales de los vivos, tiene algo de espantosamente romántico; digno de ser descrito por la pluma de un Byron. ¿Qué especie de sentimiento es el que revela esa asociacion estraña de dos ideas tan contradictorias? ¿Se pretende ahogar la pesadumbre entre la excitacion de la orgia? ¿Es indolencia? ¿Es el vicio con sus peores instintos que busca pretestos para darse rienda y los encuentra acaso en aquello mismo que debiera ssrvirle de poderoso correctivo? Todo eso puede ser; y sin embargo, si va á preguntarse á muchas gentes lo que signica esta estraña práctica, contestará con una palabra muy cómoda, por cierto, pero que nada explica: *la costumbre.*

Perdóneseme la digresion, y vamos al objeto del presente artícnlo, que es un duelo tal como suele hacerse entre nuestra clase distinguida. Alguno dirá que esa es una cosa verdaderamente seria y estrañará tal vez que la tome como asunto de un artículo de esta especie. Líbreme Dios de hacer objeto de burlas lo que es realmente sagrado y respetable. El verdadero dolor cuyos caractéres son tan marcados è inequívocos, es digno de toda consideracion. ¡Desgraciado de aquel que no lo ha esperimentado alguna vez!

Ese, ó no tiene en torno suyo seres queridos, ó si los tiene, deberá llorar algun dia su pérdida. Pero el duelo que está solamente en las esterioridades y no llega al alma, el duelo de convencion, tiene mucho de cómico y se presta al ridículo, como otra ficcion cualquiera.

Hará cosa de cuatro meses recibí una esquela de muerto, en la forma acostumbrada y con el correspondiente *cuyo* en el último renglon, en que se me invitaba á concurrir al entierro de Doña Lupercia Costales, señora respetable, que vivió y murió en el estado honesto, con menos gusto suyo probablemente que de su familia, á quien legó al partir de este mundo unos treinta mil pesos, despues de haber asignado no sé qué bagatela para su alma, nombrada heredera por la forma. Una hermana suya casada, el marido de ésta que habia pedido esperas, esperando que Doña Lupercia se resolviera al fin á sacarlos de apuros, y las hijas de este matrimonio, tres niñas muy guapas y elegantes, iban á entrar en posesion de los bienes de la difunta, á quien en vida no habian querido mucho; pero ya muerta era otra cosa. No se veía mas que la herencia....digo las virtudes de Doña Lupercia; y de consiguiente, aquella infeliz familia estaba entregada al mas acerbo dolor.

Concluido el funeral, pasamos á casa de la finada á dar el pésame, y penetramos con dificultad por entre una masa de mendigos que acupaba el zaguan. La sala estaba enlutada con un paño negro, (muy sucio y chorreado de cera, por mas señas); y se habia retirado ó tapado todo adorno impropio del aspecto lúgubre que debia presentar la pieza. En una cabecera del sofá estaba, vestido de negro, sin afei-

tarse, cabizbajo y abrumado por la pena, Don Eleuterio Garrafuerte, dueño de la casa y hermano político de la difunta. El numeroso acompañamiento es tuvo sentado breve rato; y despues poniéndonos en pié todos simultáneamente, como impelidos por un resorte oculto, fuimos pasando uno tras otro por delante de Don Eleuterio, y dándole un espresivo apreton de manos, murmurábamos entre dientes algunas frases ininteligibles, tales como *acompaño á U....; siento infinito....; desgracia....; pesadumbre....* &c. El infeliz tenia sin duda un nudo en la garganta; pues apenas acertaba á contestar, é involuntariamente se le saltaban las lágrimas. Así terminó la parte que podia llamarse oficial de la ceremonia. Salimos al corredor, y mientras encendíamos los *puros*, pude oir unas cuantas observaciones muy poco caritativas sobre la difunta y sobre los dolientes, á los mismos que acababan de manifestar todo *su sentimiento.*

En mi calidad de amigo íntimo de la casa, pasé en seguida á la habitacion de las señoras, para darlas el pésame. Desgraciadamente era ya tarde, no habian encendido las velas, y como las ventanas eestaban "á piedra y lodo," reinaba la mas completa oscuridad en la pieza. Esto es de rigor donde quiera que hay duelo, y asi no me cojió de nuevo. Parece que la luz y la pesadumbre son antípodas y no deben estar juntas. Busqué á tientas una silla, tuve la fortuna de encontrarla y me coloqué en ella sin decir palabra. Poco á poco me fuí acostumbrando á la oscuridad, pude distinguir los objetos y vi que ademas de la señora de Garrafuerte y de sus hijas, habia unas diez ó doce personas de fuera, la mayor parte del sexo que nosotros hemos convenido en llamar bello. Una de tantas, la mas mujer de todas, sin duda, rompió al fin el

silencio, y se entabló en el acto una conversacion general, interrumpida por sollozos y por un repetido *sonamiento* de narices.

—¿Cómo ha sido esto, niña por Dios, dijo la preguntanta á la mamá? ¡Estaba tan entera y tan robusta! Un gran susto llevé esta mañana cuando, antes de desayunarme, entró Don Anacleto Malasnuevas, y sin mas acá ni mas allá, me encajó la noticia, que acababa de saberla por un empleado de su oficina, que oyó el doble y preguntó á otro y este le dijo que un primo del carpintero le contó que era en tu casa donde habia ocurrido la desgracia.—La afligida familia contestó únicamente á esa descarga con gemidos que parecian arrancados de las telas del corazon; y continuó el fuego.—¿Qué edad tenia la señora?—Cincuenta y nueve años, once meses y veinte y nueve dias.—Yo que sabia que rayaba en los setenta, dije para mí:—La pesadumbre ha trastornado la memoria á estas pobrecitas.—Luego añadió la de la pregunta:—¡Jesus niña, todos ustedes los Costales han muerto jóvenes! —¡Ay! si, todos hemos muerto en la flor de la edad, dijo la de Garrafuerte, y se sorbió de un trago media jícara de chocolate; pues habia yo olvidado decir que estaba tomándolo, aunque aseguraba que no *le pasaba* nada.—¿Y qué mal fué por fin?—dijo otra dama.—Daño,—contestó una de las niñas.—Mal mal es ese,—replicó otra.—¿Y qué médico la vió?—El Dr. Tizana.—Ah! con razon se murió; si ese mata á todos los que cura! ¿Por qué no vieron á Linaza, que es tan acertado y tan primoroso?—Todos son iguales, niña, y como nadie se muere la víspera, y como no hay que tenerle miedo al rayo sino á la raya, ya ves que lo mismo hubiera sucedido con cualquiera.—Me admiré al oir que, á pesar de esas observaciones me-

dio fatalistas, la respetable asamblea concluyó, por unanimidad, que los médicos habian matado á *nana Percha*, que asi llamaban familiarmente á Doña Lupercia.

En eso entró un eclesiástico anciano, bajito de cuerpo, que habia auxiliado á la finada en el último trance. Verlo y romper en gritos y esclamaciones, fué todo uno; pues su presencia avivó la pesadumbre de la atribulada familia.—No queria yo verlo—dijo la señora. Yo sí, pero lo temia:—esclamó una de las niñas. —Yo no, porque esto me va á costar la vida, gritó otra.—Y luego la tercera:—pues yo sí, porque si habia de ser tarde, que sea temprano.—Con esto se entabló un fuego de cañas de *yo sí* y *yo no*, que duró un cuarto de hora largo; hasta que serenándose la borrasca, se despidieron dos de las amigas. Pude oir que al marcharse, preguntaron en voz baja á una de las señoritas Garrafuerte de qué forma queria el talle del trage de duelo, y la contestacion de la *doliente*, erizada de términos técnicos de la ciencia de la moda. Poco despues apareció otra señora, que, á tientas, fué saludando con el abrazo de costumbre á todas las que en el duelo estaban. Como la oscuridad era completa, tomó al eclesiástico por persona de su mismo sexo, engañada por la estatura y por el traje, y le echó los brazos sin ceremonia. El pobre padre retrocedió todo amostazado, y yo tuve que advertirla su error.—¡Ave Maria! dijo, Como vengo *encandilada*, esto está como boca de lobo! ¡Vaya una *escurana!*

Sentóse la nueva pesamista é hizo la correspondiente descarga de preguntas:—¿Cómo fué esto? ¿De qué murió? ¿Quién la vió? ¿Cuántos años tenia? &c., &c.— La familia tuvo que repetir la misma historia por la centécima vez en el dia, con la conclusion obligada

de que los médicos habian despachado á la pobre señora. Una de las señoritas pidió *una luz*, y mientras la llevaban, entró en aquella masmorra Don Anastacio Tarambana, el hombre mas nervioso y atepe-retado de las cinco repúblicas de la América Central. En medio del dia y con el sol claro, tropieza con las gentes y con los muebles, no ve donde se sienta y rompe cuanto toma en sus manos. ¿Qué hará en la oscuridad?—No veo nada,—dijo, y se lanzó impávido. —Por aquí;—por allí;—por acá;—por allá;—le decian, é iba aturdido de un lado á otro, empujando á éste, dándose con aquel, derribando un trasto y haciendo otros desaguisados, hasta que dió con una silla. Se dejó caer en ella; sin advertir que estaba ocupada por Turco, el perro favorito de unas de las señoritas, que, al sentir el machucon, se levantó furioso y clavó sus dientes afilados en la parte del cuerpo de Tarambana que se puso en contacto inmediato con él. El hombre dió un salto y fué á caer sobre los callos del padre, que lanzó un grito de dolor.—U. dispense, dijo Tarambana; pero ese condenado chucho. . . .,—y pasó á sentarse precisamente sobre la señora de Garrafuerte, que tenia aun sobre las rodillas un azafate con la jícara de chocolate y los adminiculos con que lo acompañaban.—¡Me rompe los trastos?—gritó la señora, y empujando con todas sus fuerzas al ateperetado, lo hizo caer de bruces en medio del cuarto. En eso entró la criada con una vela y puso término á aquella ridícula escena.

Cansado de oir suspiros y gemidos, y los lugares comunes acostumbrados de: ¿hubo mucha gente en el entierrro? ¿fué Cárlos? ¿estuvo Federico? ¿cargó Enrique?. . . .preguntas que hacian las sobrinitas de la difunta, con voz gangosa y acatarrada, me despedí

de la aflijida fámilia, dejando á Dios y al tiempo el cuidado de proporcionarla algun consuelo. Nueve dias despues volví á visitarlas, y todo habia cambiado. La alegria reinaba de nuevo en aquella casa. Garrafuerte contaba dinero, el dinero de la ya olvidada Doña Lupercia. La señora atendia á sus quehaceres ordinarios; las niñas conversaban con Cárlos, con Federico y con Enrique; recibian tártaras de almendra, merengues y otras golosinas y reían como unas locas, recordando el abrazo del padre y la mordida que dió Turco á Tarambana. Eso sí, estaban de luto riguroso; no tocaban el piano ni abrian las ventanas. Yo bendije á Aquel que "da la llaga y proporciona la medicina," y volví á mi casa mas y mas convencido que nunca, de que los "duelos con pan son buenos."

UN AMIGO.

Asi como suele decirse que hay palabras duras y palabras blandas; palabras dulces y palabras agrias; palabras huecas y palabras preñadas; yo tengo para mí que hay palabras que tienen la propiedad del *hule*; esto es, la de ser excesivamente elásticas. La palabra *amigo* es una de esas voces que se estiran y se encojen, segun la voluntad de los que las emplean; pudiendo aplicarse á diferentes usos, como la dócil y utilísima goma con la cual me ha ocurrido compararlas. ¿Qué cosa es un amigo? Segun cierto escritor, "es un hermano que nos da la sociedad;" definicion exacta, cuando el amigo es lo que debe ser para corresponder al dictado. Pero desgraciadamente sucede que en este mundo, teatro de mentiras y de embelecos, no todas las cosas cuadran bien con sus denominaciones; y asi como no es oro todo lo que reluce, asi tambien muchos de los que se llaman amigos, lo son únicamente *de sus conveniencias*.

Nuestro ingenioso poeta el doctor Goyena, que pienso debió conocer bien el corazon humano, nos ha dejado en una de sus mas bonitas fábulas, la de "El Piojo, la Pulga y la Nigua," una pintura tan triste como exacta de los falsos amigos. Un epígrama del mismo autor, compuesto probablemente en uno de esos momentos de mal humor y de abatimiento que deben ser frecuentes en los hombres de genios desgraciados, contiene la observacion picante de que el Redentor del mundo llamó *amigo* al traidor Judas en ocasion en que éste iba á entregarle.

¿Quiénes son esos señores que están dias enteros sentados en el mostrador de una tienda, en el fondo de la cual se leen en letras muy grandes: NO SE ADMITEN TERTULIAS? Son los *amigos* del mercader, que van ahí á quitar el tiempo, á preguntar ¿qué hay de nuevo? y á ahuyentar á los parroquianos. ¿Quién es ese individuo que oficiosamente va á dar parte á la autoridad de que U. conspira contra la seguridad del Estado? Es un *amigo* que en su interés por U. se decide á dar aquel paso doloroso para que U. no se pierda. El crítico sangriento que censura los versos de un poeta novel, es un *amigo* íntimo que, en su "imparcialidad," se cree obligado á señalar los defectos de la obra y á despellejar al autor en medio de un corrillo. Pedro está á punto de hacer bancarrota; un *amigo* se encarga de dar publicidad á la noticia, para evitar á otros *amigos* el ser cogidos en la quiebra. Una mujer incurre en una debilidad; al momento hay seis ó siete *amigas* (y esas suelen ser peores que los amigos machos) que refieren en reserva el tropezon á cuantos quieren oirlo. En una casa de juego se reunen cuatro *amigos* á procurar desplumarse unos á los otros. Si le llevan á U. á la cárcel, si le birlan el

empleo, si pierde un pleito, si hace un mal negocio, si una vieja le pone los puntos, si le buscan para soplon ó para alcahuete, no pregunte U. como Quevedo ¿quié es ella?; indague cuál de sus amigos anda en el enredo, y verá como es á uno de tantos á quien debe aquel flaco servicio.

Entre los amigos de esa calaña es menester contar tambien á los parásitos que nos comen medio lado y á los que, so capa de amistad, descarrian á los jóvenes, y de caida en caida, los conducen al abismo de la miseria y la degradacion. ¿Quién ha perdido á ese jóven?, preguntamos al ver uno de esos rostros pálidos en que están profundamente grabadas las huellas indelebles de una prematura vejez? *Sus amigos*, responde el afligido padre que conoce, aunque muy tarde por su desgracia, el peligro de no velar sobre la eleccion de las personas con quienes sus hijos se relacionan. ¡Cuántos deben á un *amigo* la desventura de su vida!

Yo tengo uno de esos amigos. No recuerdo bien cómo ni cuándo comenzó nuestra amistad; pero, si no me engaño, fué en las aulas, (de las cuales muchos sacan todo lo bueno y todo lo malo de su porvenir,) donde mi amigo se agarró de mí como la yedra del olmo. Desde entónces me persigue como la sombra al cuerpo, como el error de imprenta al escritor público, como el guarda al contrabandista, como la fortuna al rico, como la desgracia al pobre; en fin, como debiera perseguir el *perejil* al *bolo.* Don Judas Malaobra es el nombre de mi perseguidor, á quien sufro solamente porque lo he aguantado ya muchos años, porque ha adquirido, en virtud de prescripcion, el derecho de molestarme, por esa afinidad secreta que, como un vínculo indisoluble, nos une á aquellos que

están en posicion de hacernos daño. El mundo que juzga por las apariencias, dice que no hay amistad mas íntima, sincera y desinteresada que la de Judas y la mia. Se nos compara á Eurialo y Niso, á Pilades y Orestes; y no bastando la historia ni la fábula á suministrar ejemplos de nuestra union, se recurre á la Farmacopea antigua, y el vulgo da en llamarnos "Agripa y Sopilativo," (no "Desopilativo," como debiera ser,) para denotar nuestra '*inseparabilidad*, (con perdon del Diccionario).

Mi persona, mi nombre, mi dinero, mi firma, cuanto soy y cuanto valgo está á la disposicion Malaobra, que usa y abusa de lo mio con mas franqueza que si fuera suyo. Como es *mi amigo*, tiene el derecho de decir de mí todo el mal posible; y si en su presencia me desuellan vivo, se declara impedido para tomar mi defensa; siendo, como asegura ser, parte interesada, y preciándose de escrupuloso y delicado. Tengo un caballo, en el cual, como en otras cosas, me corresponde á mí el dominio *directo* y á Malaobra el *útil*. Ocúrreme una diligencia urgente, busco la bestia y encuentro que una hora antes se la ha llevado Judas para un viage de veinte ó treinta leguas. Quiere mi desgracia que nos parecemos en la estatura, y que Judas como yo, es envuelto en carnes; pues, ¿quién diria?, hasta de estas circunstancias saca partido mi *alter ego* para mortificarme. Cuando sus vestidos entran en la clase de los inválidos, cosa que al fin llega á sucederles, pues como dice uno, "solo Dios es eterno," toma mis levitas, mis pantalones, mis chalecos, y se planta como nuevo. Si un curioso reconoce las prendas y le dice algo sobre eso, contesta imperturbable "que son suyas; pero que siendo amigos íntimos, ha solido prestarme aquellas piezas

para que yo me luzca." Dice que lo mio es suyo y que lo suyo es mio; pero como da la casualidad que él no tiene nada y yo tengo algo, resulta que no se cumple ese programa comunista sino en la parte *dolorosa* para mí. Como otros hierven en piojos, Malaobra hierve en ciertos vichos mas molestos que ellos, y son los que se conocen con el nombre de acreedores. Cuando le cobran, se descarta con que yo le tengo unos *pistos* que no he podido pagarle; y si la cosa apura, gira impávido contra mí, como si yo fuese su banquero. Abre mis cartas y se impone de mis secretos, diciendo que entre los dos no debe heberlos. Mas como á él le sucede con los secretos lo que con los bienes de fortuna; esto es, que no tiene ninguno, en esto, como en todo, jugamos un partido desigual. Cansado de sufrir esa roña, me ocurrió una vez proponerle que le pasaria una mesada con tal que se obligase, por escritura pública, á no usar mis vestidos, á no tomar mi dinero ni mi nombre, y no decir á alma nacida que es amigo mio. Me pidió dos horas para pensarlo. Sacó el lápiz, hizo sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, y subiendo hasta la *regla de compañia* (conforme á su aritmética peculiar,) desechó la oferta diciendo que no le tenia cuenta.

Si al fin y al cabo solo en eso pararan los inconvenientes de esa íntima amistad, yo los llevara en paciencia aceptándolos á buena cuenta de mayor suma de penas que tendré que sufrir en el purgatorio; pero sucede que las bellaquerias de mi *contrario* me han puesto ya en varios compromisos, como lo verá el lector por el siguiente caso, que ocurrió hace pocos dias. Era por la mañana y acababa yo de levantarme, de lo cual debe inferirse que el dia estaba ya algo adelantado; pues si bien en mis versos he solido hablar del

alba, en Dios y en conciencia debo confesar que ha sido únicamente de oidas, y que jamas he visto la cara á esa señora. Acababa de levantarme, digo, cuando recibí un billete que me venia dirijido, y cuyo sobrescrito daba seguras muestras de haber sido trazado rápidamente y con mano trémula. Abrolo y leo: "Caballero: el proceder de U. no tiene nombre. La
" mancha que U. ha arrojado sobre mi familia, debe
" lavarse con sangre. Lo espero á U. esta tarde mis-
" ma en el *potrero de Corona*. U. elegirá las armas y
" llevará un testigo. El que desea verlo muerto:

JUAN RASCARABIAS.

No podia yo atinar con el significado de aquella estraña carta, ni sabia en qué habria podido ofender á aquel hombre; pero advirtiendo que al pié del billete habia un *post scriptum*, busqué á ver si en él encontraba la esplicacion del enigma. Y fué así, precisamente; pues Rascarabias, como las mugeres, habia dejado lo mas importante de la carta para la posdata. Decia así: "Me olvidaba de decir á U. que
" es inútil cualquier efugio ó negativa. Su capote
" verde ronron y su cachucha de cuero de gato,
" que encontré anoche en el zaguan, forman el cuer-
" po del delito y acreditan ser U., y no otro alguno,
" el que se ha introducido en el hogar doméstico de

RASCARABIAS."

Leer aquello é ir á la percha donde tengo ordinariamente esas dos bien conocidas prendas mias, fué todo uno. ¡Ay de mí! ¿Ni la capa color de ronron ni la gorra de piel de gato estaban en su puesto acos-

tumbrado!—Apostaré que son cosas de Judas estas,—dije, y salí inmediatamente en busca de aquel desalmado. Como si fuera mas poeta que yo, el bribon dormia á pierna suelta.—Levántate, vampiro, le dije tirándole fuertemente de una oreja, y ve la situacion en que me has puesto. —¿Pues qué hay? contestó medio dormido, ¿te han asesinado por mi causa?—Punto menos,—y le arrojé á la cara la esquela en que Rascarabias me convidaba á la *merienda*. Leyó, se quedó pensativo y luego dijo que todo aquello rodaba sobre nada y que era una verdadera fantasmagoria. Que por entrar á una casa donde hay billar, entró en la de Rascarabias; y que apenas hubo puesto los piés en el zaguan, conoció su error y salió. Que por lo demas, y para cortar cuestiones, estaba pronto á casarse con la niña, si se le exigia; pues era rica y no tenia malas barbas; y que, en cuanto á mí, nuestra amistad lo habia autorizado, á tomar mi capa y gorra de cuero de gato.—Tú eres el gato, le contesté furioso, trapalon inaguantable. ¿Qué te has de casar tú, alma de cántaro, si no tienes sobre que caer muerto; ni quien ha de ser el cafre que te quiera por yerno á tí, que eres para los que llamas tus amigos peor que las siete plagas de Egipto?—Dicho esto, salí hecho un energúmeno: y como conozco bien á Rarcarabias, *chapeton* atrabiliario, capaz de despacharme al otro mundo en un quítame allá esas pajas, comencé á pensar cómo me gobernaria para desengañarle. No me costó poco trabajo, á la verdad; siéndome preciso probar la coartada, como dicen los letrados, acreditando con siete testigos mayores de toda escepcion, que á la hora en que el *desconocido* (por compasion no revelé su nombre) jugaba á las damas en casa de Rascarabias, yo lo hacia al ajedrez donde Doña Ju-

liana Meneos. Así pude escapar del lance; y resuelto á no continuar siendo el animal de tormento de aquel ente dañino me resolví á emigrar del país y fuí á pedir mi pasaporte, exigiendo se espresase en él que pasaba á la China, huyendo de *un amigo*. Dispuesto á marcharme y todo listo para el viage, acabo de saber que Judas Malaobra, temeroso sin duda de que su Dulcinea cante de plano y su semi-suegro realice la amenaza que tiene hecha de "pasearse por los callejones del alma del tal por cual que penetró en su casa," se ha largado de la ciudad lanzándome la flecha al huir como hacian los Partos; esto es, girando contra mí una letra de doscientos pesos, que pagaré con gusto, con tal de verme libre de sus impertinencias. ¿No pagamos mas cara una temporada de ópera? No gastamos algo mas para que nos engañen? ¿No cuesta triple ó cuadruplo el satisfacer nuestra vanidad haciéndonos arrastrar en un coche? ¿Por qué no he de comprar yo á ese precio la satisfaccion de sacudirme de una mala amistad? ¡Cuántos de los que leen este articulejo darian sahumados los doscientos pesos por librarse de algunos de sus *amigos!*

LA FERIA DE JOCOTENANGO.

El dia 15 del corriente, á eso de las diez de la mañana. me constituí en Jocotrnango. no tanto para ver la féria cuanto para ver los que van á verla. Armado con mi espíritu de observacion como con un instrumento cortante, fuí á reunir los materiales para este articulejo; ó hablando con mas exactitud, fuí á tomar una fotografia de la féria. Si ella aparece desordenada, confusa é ininteligible, podrá ser ó efecto de torpeza del fotografista, ó por el contrario, demasiada fidelidad del cuadro. Si es lo primero, yo tendré la culpa; si lo segundo, la tendré tambien, por haber escojido ese asunto como objeto del bosquejo. En uno y otro caso, me someto al fallo y no prometo la enmienda, visto que ni yo sé fotografiar mejor, ni hay por acá cosas mejores en que ejercitar el arte. Basta de introduccion.

I.

La plaza, las calles y los callejones de Jocotenango han recibido su visita de la policía, anual como la feria, transitoria como ella y como todas las cosas de

este bajo mundo. Las paredes (donde las hay) están blanqueadas; los poéticos cercos de *chichicaste* (donde no hay paredes,) han visto caer sus vigorosos retoños, dejando libre el rústcio sofá que cubre un tapiz verde, principio de vejetacion que se llevan á sus casas, pegado á los trajes, los que tienen la fortuna de disfrutar de la comodidad de esos bancos. Los árboles .... los árboles son los únicos que están siempre iguales, y sospecho lo estarán hasta la consumacion de los siglos. Mas de una hora permanecí el dia 15 bajo la sombra que proporcionaba uno de esos ancianos respetables, de la cual disfruté yo, pobre pedestre en compañia de un coche, cuatro caballos con sus correspondientes ginetes y una mesa, almacen portátil de golosinas. Tuve el estraño capricho de entablar un diálogo con aquel vejetal, ya fuese porque algunos hombres hemos de charlar hasta con las plantas, ya porque van haciéndose muy raros los individuos del *reino humano* con quienes puede tenerse un rato de conversacion instructiva y agradable.

Pasados los cumplimientos de estilo y el obligado "¿cuánto ha que no nos vemos!," yo, que procuro ser bien criado hasta con los árboles, estuve buscando circunloquios y precauciones oratorias para preguntar á mi amigo su edad y su nombre. El pícaro viejo contestó lo primero con una alusion histórica á uno de nuestros últimos capitanes generales del tiempo del gobierno español, y á lo segundo con una descripcion científica. No habiendo entendido ni una ni otra, me propuse pasar el caso en consulta con cualquiera de los muchos sabios que tenemos, algunos de los cuales no dejarian de andar aquel dia viendo la feria. En seguida me refirió mil detalles curiosos de

mas de cincuenta *quinces* de Agosto que habia visto pasar; describiéndome los trajes antiguos, los coches antiguos, los hombres antiguos, las mugeres antiguas, el modo con que aquellos cortejaban á éstas en la feria antiguamente, en lo cual no hallé grandes diferencias con la moda actual, aunque él, como buen viejo, declaró todo lo moderno detestable; dijo que éramos, en todo y por todo unos farsantes, unos malos imitadores de los usos y costumbres de otros tiempos, citándome por ejemplo la crinolina, que dijo ser una exageracion del *tontillo* de sus mocedades. Para poner término á la charla insustancial de aquel anciano descontentadizo, le pregunté cómo estaba tan descuidado y feo en un dia de tanta coucurrencia; qué habia sido de algunos de sus compañeros, cuya falta estaba yo notando desde algun tiempo todos los años, y por qué no se les reponia con árboles jóvenes. Un ligero murmullo, como de impaciencia, fué la única respuesta que obtuve, y viendo que no podia sacar una palabra mas á aquel caprichoso vejetal, me despedí de mi amarillento y descuidado interlocutor y fuí á mezclarme en la barahunda de la concurrencia.

II.

La plaza y la calle principal de Jocotenango presentan el espectáculo mas animado y pintoresco. Millares de personas de condiciones diversas y de trages tan diferentes cómo sus condiciones, se empujan unas á otras y apenas dejan espacio suficiente para que puedan abrirse paso individuos de menor volúmen que el mio. Las vendimias se ostentan por todas partes en ordenado desórden, bajo las anchas *sombras de petate.* Aquí las mesas cubiertas de vasos y garra-

fas de *agua loja;* allí los dulces, ofreciendo á las moscas gratuito y espléndido banquete; acá las delicadas tunas de Panajachel; allá las sabrosas camuesas de Totonicapan; los zapotes, los pepinos, las naranjas; la *chancaca*, la *pepitoria* y las *rapaduritas.* Todo se ofrece abundante y barato á los aficionados, menos las nueces de Momostenango, que este año están tan escasas como el dinero y como el buen sentido. Pero la sociedad puede ir pasando sin dinero, y el sentido comun no hace una falta muy notable, que digamos. Las nueces es cosa diferente. La feria de Jocotenango sin nueces, es un cuerpo sin alma, una niña sin camisa garibaldina, una república sin revoluciones.

A medida que adelanta el dia, la concurrencia crece. Los carruages van y vienen, abriéndose camino con dificultad por entre la masa compacta de jente de á pié y de á caballo que lo ocupa todo. Los cocheros aguijan sus bestias; y creyéndose, quizá, desde lo alto de sus pescantes, unos presidentes investidos con facultades extraordinarias, sacuden latigazos á diestra y á siniestra, sin hacer caso de los derechos del hombre ni de las garantías constitucionales. El calor es insoportable; el viento gira bajo la razon social de *Aire, polvo y compañia;* millares de pitos de Patzum, soplados por vigorosos alientos infantiles, producen un ruido infernal, capaz de romper los tímpanos menos delicados. Damas elegantes cabalgando en briosos alazanes, (estilo figurado) pasan y vuelven á pasar de un punto á otro, sin saber por qué ni para qué, á no ser para tener el gusto de ver y mas aun la satisfaccion de que las vean. Hábiles ginetes tienen la peregrina ocurrencia de *sacar plumas* en medio del gentío, olvidándose de que pueden sacarle

á uno, de paso, el ánima del cuerpo. Los chalanes de la ciudad y de los pueblos circunvecinos van y vienen en sus caballos que desaparecen bajo las anchurosas albardas y los abultados pellones. Algunos caminan como he leído no sé dónde lo hacian los templarios, dos en un caballo. Escuadrones de chiquillos recorren las calles y la plaza, sobre rocines mas ó menos *metafísicos*, llamados vulgarmente *liras*, ostentando la alegria espansiva y candorosa de su feliz edad. De cuando en cuando una figura extraña del uno ó del otro sexo, de á caballo ó de á pié, tiene el privilegio de ocupar por diez minutos la atencion de la concurrencia. Un coche que se rompe, un mal jinete que compra el terreno, una ligera camorra que se suscita por cualquier motivo y acaba de cualquier modo, esos son los acontecimientos notables que interrumpen la uniformidad del espectáculo.

III.

Entretanto, ¿dónde está la feria? Oh! la feria! la feria es para la mayor parte de la gente que va á Jocotenango una cosa secundaria, un pretesto para reunirse, y nada mas. ¿Qué importan los bueyes á esa desdeñosa belleza que atraviesa el gentío recostada en el fondo de su carretela? Si se vendiera alguna otra cosa ....; pero bueyes! ¿Qué tiene que ver con los muletos ese elegante petimetre que por nada de esta vida pondria sus frescos y limpios guantes en contacto con esas inmundas bestias? ¿Qué nos importan los animales con cuernos á mí y á tantos otros como yo, que somos animales de pluma?

No así, por cierto, á Don Agaton Cuernavaca, hacendado opulento, que montado en una mula lerda,

recorre el campo de la feria desde las seis de la mañana, seguido de un numeroso estado mayor de caporales y de vaqueros. Va en albarda, con grandes estriberas de hierro, de chaqueta, sin chaleco ni corbata, ni otros molestos adminículos, cubriendo sus tostadas facciones un enorme sombrero de palma, como de *partideño*. Discute cientíticamente sobre bueyes, caballos y muletos; compra, vende, se ajita, se afana, grita, se enfada, hace subir ó bajar los precios, es el rey de la feria. Lo vi durante una hora regatear un caballito, y confieso que no me habia imaginado pudiese desplegarse tanta habilidad diplomática en tan insignificante transaccion. ¡Qué defectos puso Don Agaton á la pobre bestia! ¡Cómo le descubrió mas tachas que si fuese mula de alquiler, todo por quedarse con el jaco por quince pesos! La retórica de Cuernavaca anonadó al propietario, de tal modo, que entregó el caballo y se fué creyendo haber hecho un magnífico negocio. El hacendado ató su nueva compra á la cola de la mula que montaba, y volvió á la ciudad á eso de las tres de la tarde, atravesando las calles principales como un guerrero victorioso que lleva en pos de sí, como trofeo, los despojos del enemigo. El 15 de Agosto de 1863, Don Agaton Cuernavaca irá á la feria y llevará el mismo caballo, ya gordo y amaestrado; pedirá por él cien pesos, y si le ofrecen ochenta, contestará muy serio:—Mas me costó aquí el año pasado.—Oh sublimidad del arte del negociante! Vender caro y comprar barato!

IV.

Pero dejemos ese tipo y pasemos á otro que se encuentra tambien regularmente en la feria, y no es

menos curioso que el que dejo lijeramente bosquejado. Don Inocente Patallana es lo que se llama un *buen hombre*, espresion que en el estilo comun suele ser equivalente de algo que no quisiera U. ser, lector amado. Dios ha derramado sobre él sus bendiciones; es decir, le ha dado una descendencia que lleva trazas de llegar á ser tan numerosa como la de Abraham. Tiene once hijos vivos y efectivos, y despues del último, la esposa de Don Inocente ha dicho como los periodistas cuando dejamos incompleto algun artículo: *se continuará*. Es pues el caso que las criaturas de Patallana, desde ocho dias antes de la feria, le sacabán los últimos restos de juicio que le quedaban, instando para que los llevase á Jocotenango, á caballo. Patallana sumó sus *oncegénitos*, y con una lógica admirable, dedujo que necesitaba once caballos, once sillas, once frenos &, para habilitarlos, añadiendo otro caballo con su respectivo jaez para él, pues los muchachos no debián ir solos, por su cuenta y riesgo. Ahí fueron las congojas y los apuros del bueno de Don Inocente. Al principio pensó en solicitar la remonta; pero desistió, temiendo hubiese en ella algunos caballos demasiado *bravos*. Alquilar era mucha cosa; pues el número que se necesitaba haria subir considerablemente el desembolso. Pensando y repensando el caso, se decidió al fin por el recurso mas óbvio y mas comun en tales circunstancias, acudir á los amigos por medio de un empréstito forci voluntario.

Destacó en guerrillas á los interesados, que se desparramaron por la ciudad, distribuyendo esquelas y mensajes verbales, requisitorias de caballos y monturas que recibieron los empadronados con señaladas muestras de impaciencia. Las respuestas no se hicieron aguardar. Uno estaba á pié, otro acababa de pres-

tar su caballo, éste no tenia silla, aquel tenia que montar, el de mas acá ofrecia una grupera, el de mas allá una cincha, y casi todos declararon que no tenian freno. No faltó quien ofreciera á Don Inocente un caballo tordillo algo pesado, y admitido á pesar del defecto, resultó ser el *de Rubio*, á lo cual contestó únicamente el bueno del *paterfamilias* que la ocurrencia era graciosa, pero vieja. Entretanto los muchachos no se daban por vencidos; y al fin, aunque con mil fatigas, lograron aperarse, alquilando dos caballos, prestando otros, acomodándose dos pares de chicos en dos machos, sacando á luz unas monturas viejas que estaban sirviendo de dormitorio á las palomas en un altillo de la casa, y reservando para sí el excelente Patallana una yegua vieja que tenia una oreja postiza, hecha de carton pintado. Habilitado el escuadron, se puso en marcha é hizo su entrada triunfal en Jocotenango, á eso de las doce, con aplauso y júbilo de la concurrencia.

La comitiva fué de un lado á otro; de la plaza al llano y del llano á la calle principal, sin que hiciesen mella en la grande alma de Don Inocente las pullas y las bromas de sus amigos y de sus conocidos. Uno de tantos tuvo la maligna idea de jugarle una burla, y acercándosele con disimulo, mientras otro le llamaba la atencion, arrancó la oreja fingida á la cabalgadura, dejando al descubierto el defecto de la pobre bestia. Ahí fué la alegria y la zumba de los que presenciaron el lance. Don Inocente acudió á buscar su oreja, digo la de su yegua, y ocupado en eso, no vió que iba sobre él un coche, tirado por dos fogosos tordillos. "A un lado!" gritaron varias voces; pero el hombre no se movia. Entónces el postillon, que no podia ya contener sus caballos, sacudió un tremendo

zurriagazo en las ancas de la yegua, que sacando fuerzas de flaqueza, levantó primero las partes traseras, luego las manos y dió en tierra con su caballero. Depuesta la carga, la sonta echó á correr por entre el gentío, derribando á uno de los muchachos, volcando una mesa de comestibles y atropellando á la gente de á pié, que se hizo un remolino. En la confusion unos gritaron "¡fuego!," otros "¡temblor!," otros "¡revolucion!," otros "¡chucho con rabia!;" buscaron la policía y no se hallaba; todo era gritos, alboroto y carreras, hasta que la yegua sin oreja logró ganar una de las calles transversales y se largó para su casa. Don Inocente reunió su prole, y subiendo á las ancas del caballo de uno de sus niños, se volvió á su casa, maldiciendo de la feria de Jocotenango.

V.

Era ya tarde. Ví, pues, que debia dar punto á mis observaciones. Resumiendo éstas, dije para mí. Gran concurrencia, mucho rocin, mucho coche, calor insoportable, figuras estrambóticas y elegantes, animales que se venden y animales que no se venden, polvo, confusion, mucho ruido y pocas nueces; esto es, poco mas ó menos, la feria de Jocotenango. Para Don Agaton Cuernavaca estuvo buena, pues compró por quince lo que valia treinta. Para Don Inocente Patallana estuvo mala, pues queriendo proporcionar á su familia un rato de distraccion, volvió á su casa burlado y magullado. La opinion que respecto á la feria espresarian en sus respectivos círculos aquellos dos sujetos, debia ser esencialmente diferente, como fué diverso el papel que en ella les destinó la suerte. No fueron menos contradictorios los juicios que tuve oca

sion de oir á los mismos que venian de Jocotenango en la tarde del 15, en el espacio que media desde aquel pueblo hasta mi casa.—Mucha concurrencia.—Mas hubo el año pasado.—Ahora ha sido mayor.—Pocas ventas.—Muchas, pero precios bajos.—Todo ha estado carísimo.—¿La viste?—No ha venido.—Esto ha estado desierto.—Yo creía que no habria un traje como el mio, y he visto seis mejores.—Esto es insoportable.—¡Qué hermosa es!—¡Qué caballo tan penco el que montaba!—¡Será alquilado!—A veinticinco pesos la mancuerna, ¡qué barbaridad!—Mucha gente.—Jamas olvidaré este dia.—No hubo nueces.—Buenas tardes.—

¿Cómo conciliar tan diferentes pareceres sobre las mismas cosas? Inútil empeño! Si de otro modo fuera, el mundo no seria mundo. Quédese pues, cada cual con su opinion y yo con la mia, que creo modestamente la mejor de todas, y convengamos "en que cada cual habla de la feria segun le va en ella."

UN HOMBRE FELIZ.

La vanidad, es un defecto mas general de lo que comunmente se cree. El talento, el saber, la integridad, el valor y las imperfecciones opuestas á esas cualidades, son para el hombre otros tantos motivos de vanidad. Hasta del crímen aun de la ridiculez, sabe sacar partido el amor propio. Hay ladrones y asesinos que se glorian de sus fechorías; hay hombres excesivamente pusilánimes, que se envanecen de su miedo. La vanidad, en fin, es tan ingeniosa, que suele fundarse en el desprecio de sí misma. Diógenes se mostró el mas vano de los filósofos, al pisotear las ricas alfombras de Platon, con lo que intentaba, dijo, hollar la vanidad de aquel sabio. Por esto, sin duda, dicen los libros santos que en este mundo es todo vanidad de vanidades.

Hay entes, sin embargo, que parecen reunir en sus personas todas las vanidades que andan esparcidas en su prójimos; prototipos de vanidad, *archivanos*,

con perdon del Diccionario. Olvidando que nuestra pobre naturaleza, si bien debe aspirar á la perfectibilidad, está muy lejos de la perfeccion, tienen la pretension extraña de estar exentos de defectos; y en su candorosa ceguedad, han llegado á persuadirse de que todo cuanto les pertenece es siempre lo mejor. Esa clase de personas, por mas que tengan, como suele suceder. muy apreciables cualidades, vienen á hacerse insoportables por la vanidad. ¿Será que nuestro amor propio se subleva contra lo que lleva invívita una acusacion de las imperfecciones que la generalidad de los mortales no podemos dejar de reconocer en nosotros mismos?

Estas y otras reflexiones me asaltaron hace pocos dias, al encontrarme frente á frente de uno de mis conocidos. Don Perfecto Cumplido ha llegado á ese equinoxio de la vida en que el hombre, sin ser jóven ya, no es viejo todavia. Su talento y su instruccion guardan el mismo justo medio que su edad. Sin ser lo que se llama un tonto de capirote, está lejos de poseer una intelijencia de primer órden; y si bien no es un ignorante consumado, tampoco da muestras de haberse despestañado sobre los libros. Su caudal es suficiente para proveer sus necesidades y aun para satisfacer sus caprichos; y en cuanto á su figura, pasaria por buen mozo y agradable, si no se advirtiera en él, á primera vista, al hombre excesivamente satisfecho de sí mismo.

Don Perfecto es de una estatura algo mas que mediana; pero lo hace parecer poco alto la excesiva grosura que ha adquirido de algunos años á esta parte. Revela su fisonomia el contento y el buen humor. Visto de perfil, recuerda un poco los bustos que se ven en algunas medallas romanas, y el cuerpo tiene

notable semejanza con algunas de las caricaturas del *Punch*. Podria describirse á Don Perfecto diciendo que es un busto de Vitelio sobre un cuerpo de *John Bull*. Su traje no peca por la sencillez. Gusta de colores vivos y no escasean los brillantes en sus alfileres, botones y sortijas. Lleva siempre un baston de caña de la india, con pomo de oro, adornado con un zafiro de no pequeño tamaño, que él cuida de hacer notar á todos aquellos con quienes conversa.

Al entrar en una tertulia, sea ó no de confianza para él, Don Perfecto toma la palabra por asalto, y usa ó abusa de ella, para hacer su propio panegírico. Su salud, dice, es excelente; á él no le entra polilla, y se asombra de que haya enfermos y hospitales en el mundo. Sus negocios marchan admirablemente; la buena suerte lo persigue, y él debe haber nacido de piés. Todo cuanto emprende le sale bien; jamas ha visto la cara á la desgracia; dice que "esta vida otro se la ha de gozar" (lo cual no sé bien lo que significa;) cita, no con mucha exactitud, algunos versos de la Oda 14 de Horacio, para probar la brevedad de la existencia y la necesidad de gozar de los bienes que ella proporciona: y luego descendiendo desde la sublimidad de la magnífica Oda dirijida á Póstumo, al prosaismo del refran vulgar guatemalteco, concluye muy satisfecho asegurando que á él *le han de parir las mulas*, lo que parece se considera por acá como el *non plus ultra* de la dicha humana.

Don Perfecto lo sabe todo, lo prevee todo, decide magistralmente todas las cuestiones, no hay materia extraña para él; administracion, comercio, agricultura, ciencias, artes, todo le es familiar, habla de todo con maestría y con autoridad. Si se trata de las personas que dirijen los negocios públicos, Don Perfecto

se pone á conjugar el verbo *deber*, en todos sus tiempos, modos y personas.—El Gobierno *debe* hacer tal cosa;—lo que el Gobierno *debió* hacer entónces fué esto ó lo otro;—*deberia* el Gobierno considerar mejor el asunto;—el Gobierno precisamente *deberá* seguir este camino, &.—Desgraciadamente, el Gobierno se queda siempre *debiendo* á Don Perfecto, y de lo que menos se cuida es de chancelar la cuenta.

Dije antes que me encontré hace pocos dias frente á frente de Don Perfecto, y fué así efectivamente. Convidó á comer á muchos de los que él llamaba sus amigos, con motivo del estreno de su casa, que habia refaccionado, pintado y amueblado de nuevo; y tuve la fortuna de contarme en el número de los escogidos. El anfitrion me declaró la persona de mas confianza para él entre los presentes, y á esta circunstancia debí la dicha de ocupar en la mesa el sitio opuesto al del amo de la casa. Así pude seguir á mi sabor, durante la comida, todas las evoluciones de aquella increible vanidad, manifestada, no solo en las palabras, sino aun en la expresion del semblante.

—*Sans façon*, caballeros,—dijo Don Perfecto despues de habernos señalado á todos nuestros respectivos puestos, con la exactitud de un maestro de ceremonias.—Esta es una pequeña comida de confianza; dejemos la etiqueta para las grandes ocasiones.—

Los convidados éramos treinta y nueve, y entre ellos habia personas respetables por sus circunstancias; y sin embargo, Don Perfecto decia que aquella era una pequeña comida de confianza, para que calculáramos lo que serian sus banquetes. Cuando se sirvió la sopa, cuidó de advertirnos que era tortuga; —ahora, dijo, tomarán ustedes unos ricos pastelitos de *vol au vent*.—¿Quiére U. Madera, ó prefiere el Jerez,

ó el Burdeos? Hay de todo. Me pesa el decirlo, pero nadie tiene en Guatemala vinos como los mios. Los que ustedes ven aquí, no son los de primera clase: esos los reservo paro mejor ocasion.—Mil gracias,—contestó uno de los convidados.

Nos hizo observar que casi todos los platos estaban aderezados con trufas, y cuidaba de anunciar cada cosa de las que iban á servirse, acompañando el anuncio con los correspondientes encómios.—Van UU. á comer un plato que seguramente nunca han probado.—Eso es caro, cuesta quince pesos.—¿A que no conocen ustedes de qué es esa ensalada?—Van UU. á ver qué pastel!—¿Quieren ustedes repetir?; esto es magnífico, &c., &c.—Nos llamó la atencion al servicio de rica porcelana, que ostentaba sus iniciales en letras doradas, á la fina cristaleria, al juego de cubiertos de plata quintada; á los manteles, á las servilletas, á todo; nada se le escapó. Los huéspedes, aunque no veíamos cosa alguna que fuese extraordinaria, á fuer de atentos y bien criados, hacíamos coro á los elogios que el bueno de Don Perfecto prodigaba á sus utensilios y manjares, á medida que iban presentándose.—Excelente, magnífico, esquisito,—repetíamos con Don Perfecto.

—¡Cómo ha de ser, amigos mios!, decia el vanidoso señor; es menester que cada cual viva y se porte como quien es. Yo gasto mucho, es verdad; pero me pesa el decirlo, sé recibir á mis amigos, y mi casa es en Guatemala una de las pocas, tal vez la única en que pueden admirarse el buen tono y la caballerosidad. Yo nada omito con tal de agradar á los que tienen el honor...., digo á los que me hacen el honor de visitarme.—Cierto, decíamos nosotros, Don Perfecto es un modelo de obsequiosidad y de cortesanía.—El

semblante del vanidoso se iluminaba á cada elogio que nos arrancaba la inagotable repeticion de sus méritos y cualidades. Hablóse casualmente de carruages, y dijo Don Perfecto:—Oh! No hay en Guatemala un coche igual al mio. Mas de mil pesos me cuesta. Y los caballos! los caballos! ¡Qué tronco, Juan, Eustaquio!, exclamó, dirijiéndose á los dos sugetos que estaban á sus lados. ¡Qué par de animales!—repetia, fijando la vista ya en el uno, ya en el otro. —Son magníficos—contestaron Don Juan y Don Eustaquio, que estuvieron á punto de decir *somos*, tal fué la expresion particular que Don Perfecto dió á su observacion.

Del coche y los caballos, la conversacion fué rodando por mil otros diversos asuntos, hasta venir á parar en la crísis financiera de Europa.—Yo la tenia anunciada, dijo Don Perfecto; ese es el resultado del abuso del crédito.—Alguno hizo alusion á la guerra de los Estados Unidos, y observó Don Perfecto:—En eso, todo el mundo se ha equivocado, menos yo. Si se hubiera adoptado mi plan, la lucha entre federales y confederados estaria terminada.—¿Y podremos saber cuál es el plan de U?—pregunté yo. D. Perfecto me miró con aire de malicia y me dijo:—No faltaba otra cosa sino que yo lo revelara á U. así no mas. U. escribe en los periódicos, y mañana veria yo mi gran proyecto en letra de molde. *Sic vos non vobis fertis aratra boves.*—No pude dejar de reirme de la simplicidad del vanidoso, quien á pesar de eso, continuó imperturbable, dando pruebas de su infatuacion y su engreimiento. No sé á propósito de qué, hubo de mencionarse la pérdida de las cosechas de la cochinilla y baja de los precios de este fruto en años anteriores; y al momento dijo Don Perfecto:—Todo eso

lo habia yo anunciado, y ya se verá que con mucha prevision me he negado siempre á especular en negocios de grana.—Se habló de los perjuicios causados por el temporal de Octubre:—Yo habia anunciado desde Enero, dijo el vanidoso, que habria temporales, y no quise sembrar algodon.—Las lluvias y los vientos, el calor y el frio, los temblores y los meteoros, todo habia sido previsto por Don Perfecto. Criticó desapiadadamente cuanto no era obra suya; dió á entender que cuanto bueno hay en el país, él lo habia hecho directa ó indirectamente, aunque siempre cuidó de no ser jactancioso, mediante la obligada salvedad del indispensable *me pesa el decirlo*. Brindó en prosa poética y en verso prosaico, y no cesó de excitarnos á estar de buen humor y á comer y beber bien, "una vez, dijo, que les toca en suerte."

Terminada la comida, pasamos á la sala, cuya testera ocupaba un retrato de tamaño natural del dueño de la casa, en una actitud un poco pretensiosa, rodeado de libros, esferas y cartas geográficas. Hízonos observar Don Perfecto la elegancia de sus muebles y el mérito de sus cuadros, manifestando el precio y procedencia de cada cosa. Servido el café, se empeñó en que habíamos de ver las habitaciones, y tuvimos que pasar revista á alcobas, escritorio, almacenes y aun las oficinas interiores. Pero las dos últimas y principales sorpresas que su vanidad preparaba á nuestra admiracion, eran la visita á la biblioteca y un paseo por la antigua huerta de la casa, donde habia comenzado á formar lo que él llamaba un *jardin inglés*.—¿Todo eso tenemos?—dijo uno de los convidados, cansado ya de aquella interminable exposicion.—Por supuesto, contestó Don Perfecto; yo no soy de los que sacrifican el *confort* al afan de amonto-

nar dinero; yo gasto; pero, me pesa el decirlo, vivo como corresponde á un hombre de mi posicion. Vamos á ver mi biblioteca. Abrió el cuarto y nos encontramos con una estantería de caoba, que contendria unos dos mil volúmenes.—No es muy grande pero aquí tienen UU. cuanto puede apetecer el gusto mas delicado en materia de ciencias, artes y literatura. Me pesa....—¿Y U. lee todo esto?—le pregunté yo, cortando la consabida frase.—¡Toma si lo leo! contestó; pues si no, ¿para qué lo habia de tener? Es verdad que generalmente me contento con leer los índices de los capítulos, con lo cual sé de qué trata el libro y puedo hablar de él como si lo supiera de pé á pá. Ni eso hacen otros, y sin embargo, pasan por unos Salomones.—Tomé cinco ó seis libros, á la casualidad, y encontré las fojas pegadas unas á otras, lo que me convenció de la verdad de lo que decia Don Perfecto. Este continuó diciendo:—Acabo de recibir una grande y magnífica obra del *Paraiso perdido* de Milton; está en el último estante, voy á bajarla para que U., Salomé, que creo es medio poeta, pase la vista por ella.—Dicho estó, acercó una mesa á la librería, puso encima un cajon, y con mas lijereza de la que su gordura hacia esperar, subió á tomar los cuatro tomos de Milton. Desgraciadamente, la mesa era poco firme, y no pudiendo resistir el peso, vino abajo, haciendo rodar al vanidoso, que cayó sobre el *Paraiso*, que quedó en el lance poco menos que *perdido.*—No ha sido nada, dijo, al levantarse cojeando; quise bajar de prisa, y he dado un lijero tropezon. Ahora vamos á la huerta á ver mi jardin inglés.—Le hicimos observar que habia ya entrado la noche, que estaba oscura y que no podríamos ver nada; pero él contestó:—Eso no importa; llevaremos luz; UU.

deben ver mis estátuas, mis sofaes rústicos y mi lago artificial. Vamos.—Fué necesario seguir al vanidoso, quien marchaba adelante con un farol. La huerta era bastante grande; Don Perfecto habia hecho plantar algunos árboles en desórden y colocados acá y acullá unas cuantas figuras de yeso y unos asientos que nos parecieron realmente muy rústicos. Don Perfecto consideró indispensable el lago en un jardin inglés, y mandó abrir una excavacion no muy pequeña, que casualmente se habia llenado de agua durante el temporal.—Vean UU. ese Apolo, decia; es magnífico; ahí tienen UU. el toro Farnesio, y nos señalaba un animalejo cornudo que estaba colocado sobre un pedestal de madera; ahora van UU. á ver mis Tres Gracias.—Al decir esto, oimos un ruido como el de un cuerpo que cae al agua, y desapareció la luz del farol que nos guiaba, dejándonos en la mas completa oscuridad.—¡Socorro, auxilio! gritó el pobre señor, soy yo que he caido en el lago! Por aquí, pronto, que me ahogo!—Acudimos todos; llevaron luces y cuerdas, y con mil trabajos pudimos pescar á Don Perfecto, que salió calado de agua y echando mil pestes.—Vea U., decia, lo que uno gana con ser obsequioso con los amigos; me pesa el decirlo; yo lo habia previsto; pero debieron haberme advertido que caminaba hácia el lago.—Al ver á Don Perfecto, con la ropa pegada al cuerpo, tiritando de frio y tan jactancioso en un lance tan ridículo, no pudimos menos que reirnos hasta no poder mas, de tan incurable y persistente vanidad.

Y sin embargo de esa vanidad; ó por mejór decir, á causa de esa misma preocupacion que le hace considerar todo cuanto le pertenece como lo mejor, y que lo ciega para que no pueda ver sus defectos,se habrá po-

dido comprenderse que nuestro amigo es el mas feliz de los hombres. Su exagerado amor propio es para él una fuente inagotable de satisfacciones, y le sirve de escudo contra la mofa de la sociedad. Si sabe que alguno se ha reído de él, jamas deja de atribuir esa burla á un sentimiento de mezquina emulacion, y dice que todos los hombres de mérito han sido mal juzgados por sus contemporáneos. Si Don Perfecto Cumplido llega á leer este artículo, estoy seguro de lo que dirá:—Me pesa el decirlo; César y yo, (por exceso de modestia no dice *yo y César*) hemos tenido la misma suerte; la de ser perseguidos por la envidia, —y no se volverá á acordar de este escrito.—¡Amarga ironía del destino, que ha ido á colocar la felicidad en el seno de la ridiculez!

Amores crónicos.

I.

Por el año de 1850, amadas lectoras mias, frecuentaba yo la tertulia de una señora de esta capital, llamada Doña Rufina Fernandez, viuda de un antiguo empleado del tiempo del gobierno español, habia muerto muchos años antes, dejando por única herencia á su consorte un escaso montepío, dos uniformes viejos, una peluca, un baston y tres hermosas niñas. El montepío apenas bastaba para que aquella honrada familia de un servidor de la patria viviera con la mayor economía; las prendas que constituian la segunda parte de la herencia, servian para los entremeses de las monjas; y en cuanto á las niñas, que formaban la porcion mas importante y delicada de lo que el difunto habia dejado en este mundo, ya se verá por el contexto de este artículo para lo que servian.

En el año de gracia á que me he referido, contaba la mayor, Gertrudis, veintidos años; Concha, la segunda, tenia veinte; y Maria, la tercera, habia entrado en los diez y ocho. Sin ser precisamente lo que se llama muchachas bonitas, las tres hijas de Doña Rufina se recomendaban por la regularidad de sus facciones y tenian ese no sé qué, llamado con tanta propiedad *sangre lijera*. Recibian con atencion en su casa, conversaban, tocaban algo al piano, no murmuraban gran cosa de sus amigas ni hablaban demasiado de sus enfermedades. Parece que cuando estaban entre los doce y los diez y seis años, dieron principio á su educacion literaria, leyendo las *Tardes de la Granja*, *Alejo ó la casita* y la *Casandra*. De esas lecturas inocentes pasaron despues á la *Clara Harlowe* y á *Matilde ó las Cruzadas*, que leían, ó mejor dicho, devoraban, mal traducidas al castellano. Debo hacer notar, por ser así la verdad, que por entónces el único fruto que nuestras lectoras sacaban de aquellas obras, era el compararse sencillamente con las heroinas de sus novelas, y un vivísimo deseo de dar al fin con sus respectivos Lovelaces ó Malek-Adeles.

En 1850 las cosas habian cambiado mucho en casa de Doña Rufina. Las *niñas*, en vez de leer las novelas en castellano, las leían en francés, lo cual no es poco adelantar; y viendo con desprecio los insípidos libros de Richardson y de Madama Cottin, casi aprendian de memoria algunos fantásticos romances de Víctor Hugo, las atrevidas concepciones de Balzac y de Jorje Sand y las novelas socialistas de Eugenio Sué. Por lo demas, sea dicho en honor de la verdad, jamas las jóvenes hijas de la señora Fernandez habian descuidado sus deberes domésticos, por entregarse á la lectura; teniendo en la ciudad bien sentada su re-

putacion de hacendosas y muy mujeres de su casa.

Despues de esperar por algun tiempo la aparicion de los seres ideales de sus libros, las tres jóvenes creyeron al fin encontrar la realizacion de sus ilusiones novelescas en el dependiente de una botica, en un mozito que estudiaba para agrimensor y en un jóven que no tenia oficio conocido, y que segun èl decia, vivia de sus rentas. Al entrar uno en la sala de Doña Rufina, á eso de las nueve de la noche, encontraba indefectiblemente tres grupos bien marcados en el escenario. Eugenio el boticario, conversaba con Gertrudis; Cárlos el futuro agrimensor jugaba al ajedrez con Concha; Eduardo el *rentista* se hallaba colocado junto al piano, llevando el compás de los valses que ejecutaba Mariquita. Doña Rufina hacia admirables evoluciones estratégicas, por acudir ya al uno, ya al otro grupo, y por atender á uno ú otro tertuliano *impar* que solia presentarse. Mas como por desgracia, la atencion es, segun dicen los ideologistas, una facultad del alma que no puede dividirse entre diferentes objetos á la vez, venia á resultar que la de Doña Rufina, por acudir á los tres grupos, en realidad no se fijaba en ninguno.

Algunas noches, solia suceder que una de las tres parejas tenia quizá que tratar cualquier asunto escabroso de esos que exijen reserva; y como los interlocutores deseasen que no fuesen vistos ni sus rostros, en los que se pintan frecuentemente los sentimientos del alma, proveían á la necesidad, poniendo uno encima de otro delante de la vela, los sombreros de los tres galanes, y así se verificaba la conjuncion de los dos astros, en medio de la penumbra que formaba el negro obelisco de los tres sombreros. Excusado es decir que las tres fracciones gozaban alter-

nativamente, y segun las respectivas necesidades, del privilegio de tan favorable invento.

Las cartas, los retratos, las sortijas, las flores secas y otros de esos mil objetos menudos que, como saben bien mis amables lectoras, tienen precio de particular aficion, andaban mas ó menos ocultos en los muebles de la casa, ó se cruzaban á la vista de Doña Rufina, que para aquellos casos tenia á bien hacerla gorda. Por su puesto no habian faltado vecinas compasivas que advirtiesen á la señora de lo que pasaba, ni tertulianos formales que aconsejasen se sacara de las orejas á los "estudiantes," como llamamos siempre los viejos á los muchachos, castigándolos así por el delito de haber nacido algo mas tarde que nosotros. Doña Rufina contestó á unas y á otros que ella sabia lo que hacia; que sus hijas eran muy juiciosas; que aquellos *niños* eran muy honrados; que si iban á su casa, era con buenas intenciones; y por último, que ella no tenia la culpa de que las hijas de sus vecinas no tuvieran cortejos. En el acto puso en conocimiento de las tres heroinas las caritativas advertencias de los consejeros y las consejeras, y habiendo pasado la noticia, como por telégrafo, á los amartelados, estos se vengaron de los viejos, agregando algunos nuevos apodos á aquellos por los cuales eran ya conocidos en la sociedad. Por mi parte, tuve por mas conveniente dejar correr las cosas; y advirtiendo que yo estaba de mas en la tertulia de la viuda, fuí poco á poco escaseando mis visitas, acabando por abandonar completamente el campo. Así pasó el primer período, de cerca de tres años, de aquellos galanteos. Se copiaron varias cartas de la "Julia" de Rousseau y se cruzaron como originales entre galanes y damas; se habló mucho de promesas, juramentos, sa-

crificios, ángeles, arcángeles y serafines, y se hizo no pequeño gasto de las acostumbradas palabritas de confitería.

II.

A mediados de 1855, tuve una noche la humorada de pasar á hacer una visita á Doña Rufina y á sus hijas, á quienes no veía hacia cinco años. Encontré casi la misma escena que dejé la última vez que estuve en la tertulia. Como en los dramas de la escuela romántica, en casa de la Fernandez pasaban años y años durante los entreactos. De las tres unidades que los clásicos exijen en las piezas dramáticas, solamente la de accion y la de lugar eran rigurosamente observadas en la comedia que se representaba en aquella casa. Sin embargo; pude advertir, despues de haber permanecido un rato en observacion, ciertos síntomas de cansancio y enfriamiento en los personages del sexo masculino que ejecutaban la pieza. El amor es un niño que cuando llega á la edad de ocho años, comienza á envejecer. Las esperanzas de los galanes no se habian realizado; sus respectivas fortunas no mejoraban, ni era fácil que mejorasen, ya que los tres jóvenes empleaban en el galanteo todas sus horas desocupadas, que eran, para decir verdad, las mas del dia. Las niñas comenzaban á impacientarse; pero desgraciadamente, era ya muy tarde para arrancar afecciones que habian echado raices que el transcurso del tiempo y el hábito habian fortificado. Gertrudis, la mayor, que poseía una sensibilidad mas exitable, fué la primera que empezó á advertir el cambio de sentimientos de su cortejante, y devorando la pena que le causó lo que ella calificaba de im-

perdonable ingratitud. sufria en silencio, y su salud fué alterándose visiblemente, Las otras dos comprendieron mas tarde lo que su hermana habia ya advertido, y tampoco tuvieron fuerzas para romper aquellas relaciones, que creían necesarias á su vida.

Desgraciadamente el desencanto y el hastío caminan mas de prisa que el amor y la ilusion. Durante tres años mas, continuaron los jóvenes frecuentando la casa de Doña Rufina, y desde entónces comenzaron á escasear sus visitas. Eduardo habia dado en preferir los cafes á la tertulia que ántes ocupaba sus horas, y poco á poco fué cambiando sus costumbres, hasta venir á ser lo que se llama un jóven casi perdido. Cárlos advirtió, una noche que su novia le guiñó el ojo, cierto repliegue del cútis que fué muy poco de su gusto, y dijo al salir de la casa á sus compañeros de aventura, que á él le era materialmente imposible amar á una mujer con *pié de gallo*. Eujenio habia conocido una jóven bonita y rica á quien andaba *badeando*, segun dijo, cansado ya de la Mariquita y de ir á oir la repeticion de los interminables cuentos de Doña Rufina. Ello es que á fines de 1858, los amores de las tres jòvenes, que databan ya de once á doce años, se encontraban en el período álgido, perfectamente caracterizado.

Vista la situacion de las cosas, Doña Rufina acordó concluir por donde debia haber comenzado y despidió á los pretendientes, que como se supondrá, no se lo hicieron decir dos veces, yéndose muy satisfechos con la música á otra parte. Inmediatamente se trató de verificar el correspondiente cateo para hacer el canje de cartas y prendas, y las niñas pusieron á su Sra. madre en posesion de un verdadeto archivo, casi casi como el que está arrinconado en la Casa de moneda. Era la correspondencia epistolar de los tres enamorados.

Ellos su por su parte, obligados á hacer devolucion exacta de cuanto existia en su poder, se pusieron de acuerdo y alquilaron una carreta, en la cual amontonaron legajos de cartas, retratos, anillos, pañuelos bordados, bufandas, babuchas viejas, trenzas de cabellos, relojeras y otros *cachivaches*, y la despacharon consignada á Doña Rufina Fernandez, callejon del Olvido núm. 504. ¿Quién habria podido imaginar, al ver pasar aquella tosca y prosaica carreta, tirada por un flaco y perezoso macho, que conducia nada menos que once años de amor y de ilusiones?

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria....

III.

Un año despues de aquella catástrofe, que puso fin á los amores crónicos de las tres hijas de Doña Rufina, la casa de esta presentaba un aspecto tristísimo. La complexion delicada de Gertrudis no pudo resistir á la dura prueba á que hubo de sujetarse su pobre alma. Se desarrolló una tísis pulmonar con asombrosa rapidez, y tuvimos la pena de conducir los restos de la infeliz jóven á su última morada. Carlota resolvió morir para el mundo y fué á sepultar sus dolorosos recuerdos en el fondo de un claustro. Mariquita sola sobrevivió á las ruinas de sus esperanzas. La viuda, que conocia que no le restaban ya sino pocos años de vida, no queria dejar sola en el mundo á la única hija que le quedaba, y comenzó á echar sus cálculos y á tomar sus medidas para establecerla, si no con ventaja, al menos como fuese dable. Recordó entónces que existia, en uno de los departamentos

remotos de la república, un caballero bastante acomodado, primo de su marido, con quien conservaba alguna relacion y que la última vez que habia estado en Guatemala, de lo cual hacia unos veinte años, manifestó deseo de casarse con una de sus sobrinitas. Mariquita no conocia, puede decirse, personalmente á Don Cornelio, pues era muy jóven cuando él estuvo la primera vez, y solo sabia que era un hombre de sesenta y cinco años, algo extraño en sus costumbres y de buena posicion en el lugar de su residencia; tanto que cuando Doña Rufina pensó hacerle el honor de convertirlo en su yerno, el señor Don Cornelio Micon del Bosque estaba haciendo de corregidor en su departamento, en concepto de alcalde, por renuncia del que servia el empleo. La astuta viuda tendió sus redes con tanta maestría, que el negocio quedó pronta y satisfactoriamente arreglado. Pocos meses despues,. Don Cornelio pidió oficialmente la mano de su sobrina, cuya fotografia habia recibido por el correo. La solicitud fué favorablemente despachada, y quedó convenido que el matrimonio se celebraria por poder; estando, segun dijo el activo corregidor interino, abrumado de ocupaciones, que no le permitian hacer viage á Guatemala. Ofreció, sí, que vendria á recibir á la novia hasta la raya de su departamento. Mariquita cerró los ojos y se casó con su tio, á quien no conocia. Tratóse en seguida de emprender la marcha, sin embargo de que llovia mucho; y como Doña Rufina no tenia quien pudiese acomparla á ella y á su hija, me suplicó de mil maneras les prestase aquel servicio. Hube de condescender, y salimos en pleno mes de Agosto, á entregar al marido la jóven desposada. En todo el camino, Doña Rufina se hacia lenguas de los méritos y cualidades

de Don Cornelio y no cesaba de aleccionar á su hija, preparándola especialmente para el acto del encuentro. Despues de algunos dias de penosa caminata, nos aproximamos por fin al pueblo donde sabíamos nos aguardaba el corregidor. Este, en efecto, habia salido de la cabecera y llegó oportunamente. Tuvo la idea extravagante de mandarse hacer un trage completo, desde el pantalon hasta la gorra, de cuero de mico, animal que abunda en las montañas de aquella parte de la república; y en aquel extraño atavío, salió Don Cornelio, que es un hombre muy alto y muy flaco, á recibir á su consorte. Se hizo acompañar por su secretario, jóven arrogante, de veintiocho á treinta años de edad, que no se atrevió á hacer objecion alguna al trage de su jefe. Sucedió que en la mañana en que Don Cornelio debia avistarse con nosotros, cayó un fortísimo aguacero, que lo empapó de piés á cabeza, produciendo el efecto natural de que el pelo de mono de que estaba hecho el vestido, quedase completamente pegado á la piel, lo que daba un aspecto completamente ridículo á la figura quijotesca del pobre corregidor. Encontrámosnos al fin, y tanto los que íbamos como los que venian, echamos pié á tierra. Mariquita corrió con lijereza, abrió los brazos y se arrojó....sobre el secretario, gritando "Esposo mio!" D. Cornelio, á quien agradó muy poco la equivocacion, frunció el jesto, y arrancando al jóven de los brazos de su novia, dijo á ésta:—Alto el fuego, tortolita, estas muy equivocada; alto el fuego. Yo y nadie mas que yo soy tu lejítimo marido.—La pobre Maria fijó los ojos con asombro en aquella espantosa figura, y lanzando un grito, cayó con convulsiones. Doña Rufina se puso á llorar y hacia las exclamaciones mas patéticas; Don Cornelio echaba tacos y reveses contra la

melindrosa de la hija y la embelequera de la madre; en fin, todo fué gritos, lágrimas y patatuses. Al fin hubo de sosegarse la tormenta; Mariquita volvió en sí, preguntó asustada si ya se habia ido el mico, lo cual estuvo á punto de renovar la gresca. Doña Rufina intervino y diplomáticamente compuso la cosa lo mejor que pudo. Despedímosnos, no sin nuevos sollozos; ellos siguieron á la cabecera del departamento, y Doña Rufina y yo regresamos á esta capital.

No he tenido despues noticias muy exactas del dichoso matrimonio; pues aun cuando he oido decir que Mariquita ha dado en equivocar otras veces al secretario con el corregidor, me parece imposible; atendida la enorme diferencia que hay entre uno y otro personage.

IV.

Tal fué, amadas lectoras mias, el tristísimo fin de los amores crónicos de las niñas de la señora Fernandez con el aprendiz de boticario, el agrimensor y el rentista. Muerta la una, religiosa por despecho la otra y mal casada la última, fueron, como se vé, muy desgraciadas. ¿Quién tiene la culpa de estos percances, *ellas ó ellos?* Ellas y ellos; ó mejor dicho, la tenemos todos. *Ellos*, que con punible ligereza, contraen compromisos que están en peligro de no poder cumplir, y que no son menos sagrados porque no pueda reclamarse su cumplimiento ante los tribunales. *Ellas*, que exajeran un sentimiento laudable en el fondo, cual es el de seguir únicamente sus inclinaciones, haciendo poca cuenta de las advertencias de la fria razon. Los padres, que por debilidad y por condescendencia, de

jan que el mal eche raices que despues no pueden arrancarse. La sociedad, en fin, que en vez de mostrar una reprobacion severa por semejantes faltas, las tolera y autoriza con su indiferencia.

EL TELÉGRAFO.

Guatemala disfruta, muchos años hace, del beneficio de una especie de telegrafia eléctrica. Antes de que esa invencion se generalizara en Europa; mas aun, antes de que se tuviera en Francia, en 1790, la primera idea de emplear la electricidad para la trasmision de ciertos signos, ya entre nosotros existian los telégrafos y funcionaban con perfecta regularidad; comunicándose, por medio de ellos, con asombrosa rapidez, cuanto pasaba, y á veces cuanto no pasaba tambien. ¡Cómo pódria explicarse, sin la existencia del telégrafo, la prontitud con que se sabe en esta ciudad, en las cercanas poblaciones y hasta en las mas distantes, todo cuanto sucede aun en el interior de las familias? Un hecho, quizá insignificante, que acontece en un punto cualquiera de la poblacion vuela con la velocidad del pensamiento; en brevísimo tiempo recorre la ciudad entera, y luego en asombrosa irradiacion, se esparce y desparrama por las nimediatas. Mas, ¡oh admirable conquista del ingenio humano! Nuestros

telégrafos no necesitan ni pilas de Volta ni hilos metálicos, ni cuadrantes, ni agujas magnéticas, ni exijen gasto alguno de establecimiento ni de conservacion, ni es necesario pagar por la trasmision de las noticias, y ni aun enviarlas á las oficinas telegráficas; pues de todo se encargan y lo hacen los telégrafos voluntaria y gratuitamente!

Es que nosotros tenemos al *hombre-telégrafo*, ventaja de la cual, por lo visto, carecen en otras partes; pues si la poseyesen, de seguro que habrian excusado los cuantiosos gastos que se impenden en los complicados aparatos de la telegrafía electro-magnética. Aquí, si se quiere esparcir una noticia cualquiera, no hay mas que referirla á uno de tantos hombres-telégrafos, y sin que cueste un centavo la operacion, la sabe en un minuto la ciudad entera. Cuando haya mayor empeño en que la noticia no deje de publicarse, porque interese mucho que se sepa, hay un medio sencillísimo de conseguirlo. Dígase al telégrafo que aquello es reservado, que es una cosa grave, que á él solo se le comunica en la confianza de la amistad; y así es seguro que no olvidará la especie y redoblará su celo para publicarla.

Es verdad que muchas veces acontece que los telégrafos le divulgan á uno lo que no le convendria tal vez que se supiese; pero esos son los inconvenientes inseparables de todos los grandes adelantos; favorecen á unos y perjudican á otros. Los criminales rabiarán en Europa y en los Estados Unidos (supongo yo) con los telégrafos eléctricos que les dan chascos pesados con la mayor frecuencia; muchos que no son criminales rabian aquí con los telégrafos-hombres; pero acá y allá es necesario conformarse con lo que uno no puede remediar.

Si U., lector benévolo, ó malévolo, porque no sé lo que es, tiene la felicidad de ser casado, y un dia ú otro arma camarra con *su contraria*, y hay por casualidad un telégrafo en la casa vecina, cinco minutos despues lo sabe la ciudad; y al pasar U., dicen todas las señoras: "Ahí va ese mónstruo de Don Fulano, que ha tenido la barbaridad de pelear con su mujer." Si U. riñe á sus criados; si entra á deshora; si gasta mucho; si escatima y sisa; si bebe, ó juega ó enamora; ó si, por el contrario, vive como un anacoreta, el telégrafo da cuenta de todo con inevitable puntualidad.

No hay duda de que el hombre-telégrafo es un admirable y útil instrumento para la trasmision de las noticias; pero hay todavia algo que es mejor que él, y ese algo es la *mujer-telégrafa*, que exede al otro en la expontaneidad con que funciona, en el excelente surtido de noticias de que puede disponer, acomodado al gusto de toda clase de consumidores, y en la asombrosa celeridad con que las distribuye. La mujer que se dedica á la telegrafia, hace, ella sola, mejor y mas deprisa la obra de cinco ó seis telégrafos machos. Acaso consistirá esto en que los hilos metálicos de que están formadas las crinolinas presentan mayor facilidad para la trasmision de las noticias.

El telégrafo hombre ó mujer, no solamente funciona al aire libre, en las calles y en las plazas; por el contrario; es bajo de techo, en las casas particulares, en el seno del hogar doméstico donde trabajan con mas celeridad. Pero los sitios que escoje de preferencia, son los palacios, las residencias de las autoridades, los puntos ocupados por todos aquellos que son algo ó valen algo en la sociedad. A esos lugares acuden los telégrafos de dia y de noche, y cruzan sus hilos mis-

teriosos, formando con ellos una especie de red impenetrable, mas ó menos visible, que se extiende por todas partes. El telégrafo tiene notable semejanza con diferentes objetos. Es semejante al aire, en que se *cuela* y *sopla*; al agua en que *murmura;* al fuego, en que *calienta* (la sangre;) á la araña, en que *urde;* al venado, en lo *lijero;* á la mosca, en lo *tenaz;* á los agricultores, en que *siembra* (zizaña;) á la cosa juzgada, en que *hace de lo blanco negro y de lo negro blanco;* á los sepultureros, en lo *mete-muertos;* en fin, al diablo, en el mal que ocasiona y en los pecados que por instigacion suya se cometen.

Cuando los telégrafos hombres dan en abusar así de su oficio, el único arbitrio que hay tal vez para librarse de ellos, es el que han adoptado respecto á los telégrafos eléctricos los beligerantes en la guerra actual de los Estados Unidos: *romperlos á palos.* Pero no nos decidiríamos á aconsejar este recurso, ya que no puede emplearse en todos los casos; y quizá seria peligroso apelar á él, precisamente en aquellas ocasiones en que mayor necesidad habria de aplicar el remedio.

Dejemos pues á un lado esos abusos de la telegrafia humana, que hemos indicado de paso, y volvamos á sus aplicaciones mas corrientes y menos ofensivas. El telégrafo-hombre sirve el empleo de observador general; cargo que, no estando incluido en el presupuesto, tiene que desempeñarse gratuitamente y sin retribucion. Lo averigua todo, lo huele todo, y como se dice comunmente, nunca ve ni oye para callar, sino para referir á otro lo que ha visto ú oído. Suele decirse de él, que no cuece en el estómago ni lo que come; para indicar, sin duda, que todo lo arroja, que con nada se queda. Cuando por casualidad no hay

alguno de esos pequeños escándalos que el telégrafo tiene especial gusto en trasmitir, está triste y aburrido, y es muy capaz de inventarlos, para no estar ocioso. Es de verse la alegria del hombre-telégrafo cuando *truena una bomba* de esas cuya explosion está llamada á aturdir la ciudad entera. De seguro es el primero que oye el estallido; y con la velocidad del relámpago, comunica el suceso á cuantos quieren saberlo, y á veces tambien á los que ni quieren ni debieran tener conocimiento de él. Cuando ocurre un acontecimiento de esos, los telégrafos se ponen en movimiento en todas direcciones; van y vienen; suben y bajan; se fatigan y sudan; como si su honor, su bienestar ysu fortuna dependieran de la publicidad del hecho. Recorren las tiendas; entran en los cafés; acuden á los paseos; detienen en la calle á los transeuntes, y cada cual se afana por ser el primero en divulgar la noticia. ¡Oh admirable, admirabilísimo portento de la telegrafia humana! Por tí, nada hay oculto; tú haces innecesarios los periódicos; te burlas del sigilo; desafias al tiempo y á la distancia; para tí, como dice Martinez de la Rosa, hablando creo del amor:

No hay puerta ni muro,
Ni alcázar seguro!

Enemigo jurado del silencio, disipador de cuanto adquieres, espíritu vital de nuestra sociedad, ¿qué haríamos sin tí? ¿en qué emplearíamos nuestro desocupado tiempo, si tú no nos proporcionaras inagotable y útil y sabroso entretenimiento? ¡Bien haya el que te inventó, espejo, flor, nata y espuma de la andante telegrafia, para contentamiento de las doncellas, regocijo de las viudas y satisfaccion de todos los que es-

tán menesterosos de saber é indagar vidas agenas!

Tengo yo un amigo que es un excelente telégrafo, que funciona dia y noche, en invierno y en verano, con buen y con mal tiempo. Hará cosa de tres ó cuatro dias, dormia yo profundamente un dia, á eso de las ocho de la mañana, cuando se introdujo en mi habitacion el susodicho amigo mio, que se llama Don Blas la Parla, y habiéndome sacudido dos ó tres veces para que despertase, cuando lo consiguió me dijo:—Hombre, ya sabrás lo que ha sucedido hace unas pocas horas.—No sé nada,—le contesté de mal humor y soñoliento.—¿Con que no sabes nada? replicó asombrado; pues si no se habla de otra cosa en la ciudad. —¿Pero cómo quieres que yo sepa lo que ha sucedido en tanto que he estado durmiendo, siendo tú la primera persona á quien veo al despertar?—Dices bien; yo temia que viniera alguno á darte la mala noticia así, de sopeton, y por eso me he apresurado.—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido? Habla,—dije con impaciencia. —Poca cosa, me contestó, que acaba de matar un rayo á nuestro comun amigo Don Cosme, el abogado.—¡Hombre! ¿Es posible? ¿A Don Cosme? ¿Y cómo ha sido eso?—Pues muy sencillamente, dijo Don Blas. Habrás oido, á eso de las cuatro de la mañana, un espantosísimo aguacero, acompañado de truenos y de rayos. Uno de estos, va, coje, y ¡zas! cae sobre Don Cosme que dormia, como tú, y le deja muerto en su cama. Yo lo supe al salir de casa, é inmediatamente he comunicado la desgracia á unos veinticinco amigos, que son los únicos á quienes he podido ver en dos horas; voy á continuar refiriendo el suceso, no sea que otros se anticipen y den la noticia con groseria y no de la manera prudente con que yo lo hago. Abur, —y dicho esto, se marchó, dejándome aturdido. Me

vestí á toda prisa, y me propuse ir inmediatamente á casa de mi pobre amigo Don Cosme; pero cuando me disponia á salir, recordé que ese mismo dia, á las doce de la mañana, debia yo alegar en estrados en un negocio de grande impotancia para mí. Me acordé tambien de que tenia una cita en el escritorio de un negociante para las diez en punto de la mañana; y para colmo de desgracia, que era dia de correo y me urgía escribir una carta y enviar ciertos documentos á San Salvador. En fin, dije para mí, procuraré salir de todo; pero primero voy á casa de Don Cosme, pues la familia estará, como es natural, abrumada de dolor. Salí á la calle con la firme resolucion de no detenerme por nada, ni con nadie; pues la distancia que debia recorrer era considerable, y no podia perder tiempo. Pero yo no contaba con la huéspeda; es decir, con los telégrafos que habia de encontrar en mi camino. Al volver la esquina, dí con el primero, que me tomó del brazo, y deteniéndome me dijo:—¿Qué te ha parecido el lance de Don Cosme? ¿Has visto qué desgracia? ¿Cuándo lo supiste?—Contesté solo á la última pregunta, por ver si me desembarazaba de aquel importuno, y le dije:—Me lo ha contado Blas, antes de levantarme, y voy á hacer una visita á la pobre viuda de mi difunto amigo. Adios.—¿Visita á quién? me preguntó mi interlocutor. ¿Pues qué, no sabes que el rayo ha matado tambien á la mujer de Don Cosme?—¡Cómo! repliqué yo, pues si me han dicho que solo á él le ha caido.—No señor, los ha matado á los dos; ahí los acabo de ver tendidos en la sala de la casa; hay un gentío inmenso.—El telégrafo se marchó, y yo continué mi camino, diciendo en mi interior: Válgame Dios; qué desgracia! Pero han quedado los hijos y la cuñada de Cosme; voy á verlos.

No bien hube andado dos pasos, encontré á un sugeto que es conocido mio únicamente *de sombrero*; pero autorizado sin duda, por las circunstancias, se me acercó y me dijo, sin saludarme:—Supongo que U. irá casa de Don Cosme; es difícil entrar; yo vengo de allá; los cuatro cadáveres están tendidos en la sala.—¿Qué habla U. de cuatro cadáveres? le dije yo, ¿pues cuántos son los que ha matado el rayo?—Son, contestó él, Don Cosme, su mujer, la cuñada y el hijo mayor. Acabo de verlos.—Continuó una relacion del lance, con todos sus pormenores, y al fin se despidió mi improvisado amigo. Procuré caminar de prisa, á fin de reparar el tiempo perdido; pero ¡ay de mí! de repente oigo pronunciar mi nombre á mis espaldas, y un sugeto á quien jamas habia visto la cara, me dice:—U. dispense, señor Jil, ¿ha sabido U. lo de Don Cosme, y su mujer, y su cuñada y....—Sí, lo sé todo, respondí, déjeme U. pasar; voy á la casa donde ha sucedido la catástrofe.—Es que U. quizá no sabe como pasó, y yo lo sé bien y voy á contárselo. Todo, todo lo sé dije, y apreté el paso.

Apenas habia andado dos cuadras, veo venir á mi encuentro, muy sofocada, á Doña Gregoria la chismosa, aquella de quien hablé en el artículo del *Baile de guante.* Al verla, dije para mí.—Esto faltaba. Telégrafa tenemos.-Buenos dias Salomé. ¿Qué has dicho de lo de Don Cosme?—Nada;—le contesté.—Pues yo, mira qué casualidad! lo supe en misa; estaba ahí cerca de la Rita Iglesias, ya la conoces, aquella hipócrita que anda siempre correteando jubileos; pues se acercó y me despepitó la cosa, así no mas, sin saber si una está en ayunas, ó si ya ha almorzado. ¡Pobre Don Cosme! Ello es verdad que el diablo no se ha llevado nada ageno. El hombre estaba perdido, jugaba,

y aun dicen que bebia; pero esto último no lo creo, y siempre lo defenderé, mucho mas ahora que el pobre está ya juzgado de Dios. ¡No te parece?—Sí señora, hace U. muy bien, ya se conocen sus sentimientos caritativos. En cuanto á mí, diré á U. que es la primera vez que oigo que Cosme tuviera vicios.—¿Sí? pues siento habértelo dicho, pero yo creí que lo sabias. Hasta las vistas.—Anda con dos mil de á caballo, vieja mala lengua, dije para mí y seguí mi camino.

A poco andar, me encuentro delante de mi amigo D. Perfecto Cumplido, el *hombre feliz*, que me dice:—¿U. por acá? No nos hemos visto desde que comió U. en mi casa la última vez, el dia....—Sí, sí, le contesté; el dia que se le antojó á U. bañarse en el lago artificial; adios.—No vaya U. tan de prisa; no me ha hecho aun la visita de digestion, y es justo que platiquemos un rato.—Señor, tengo mucho que hacer!—Yo tambien; pero dígame U. ¿qué le ha parecido la muerte de Don Cosme, su mujer, su cuñada y sus tres hijos?—¿Tres son ya los hijos?, pregunté; ¿pues qué, siguen cayendo rayos en casa de Don Cosme?—No señor, es uno solo, el rayo de esta mañana el que los ha matado á todos. Y vea U., yo se lo dije á Don Cosme; ha muerto así porque ha querido; le anuncié que habia de morir de rayo; y si hubiera seguido mis consejos, nunca se habria colocado en puntos donde pudiera descargar la electricidad de la atmósfera. Hasta luego;—y dicho esto, se marchó con aire muy satisfecho. Aun no me habia movido del punto donde me detuvo Don Perfecto, cuando volviendo la cabeza veo á D. Facundo Lenguaraz, aquel hablador de quien dí noticia en el cuadro de los *Monopolistas;* y advierto que me hace seña de que me detenga y lo aguarde.—Eso si que no,— dije; y, sin

darme por entendido, sigo caminando. Pero mi hombre aprieta el paso y me llama. No hago caso, y ando mas de prisa. El lo nota y redobla la marcha. Vuelvo una esquina, y como ya no me veía mi perseguidor, echo á correr decididamente; pero él por su parte hace otro tanto, corre tambien, y me grita:-aguárdame hombre, aguárdame, que tengo urgencia de hablarte. Te tiene cuenta.—Al fin me atrapa, y me dice:—¡Caramba! No creía yo que eras tan lijero. ¡Cómo has corrido! ¿Sabes lo de Don Cosme?—Sí, le dije, van ya diez ó doce personas que me cuentan el suceso: déjame. —¿Y dónde estabas cuando lo supistes? Mira yo estaba bañándome en la *Bola de oro;* ya sabes, frente al teatro, y llegó un amigo, me llamó con precision, y salí en el mismo trage que usaba nuestro padre Adan antes de comer la fruta prohibida, y el amigo me cuenta lo sucedido. ¡Qué desgracia! Toda la familia ha perecido. No ha quedado una alma: He visto mandar hacer ocho ataúdes en la carpintería de ahí enfrente. ¡Qué desgracia!—Con que todos han muerto? —dije yo.—Sí; todos; me contestó; no quedan en la casa ni los *chuchos*. Adios;—y se marchó corriendo.

Yo entónces saqué el reloj y ví que eran las doce y media. Habia, pues, pasado la hora señalada para mi alegato. Corrí á ver si aun llegaba á tiempo; pero ya era tarde. Mi contraparte habia hablado sin que nadie le contradijera. Por supuesto se habia pasado hacia mucho la hora de mi cita con el comerciante; pero fuí á ver si por casualidad aun me aguardaba. Llegué al escritorio; el negociante, que era hombre ocupado, se cansó de esperarme, y habia salido. Si al ménos llego al correo á tiempo para despachar á San Salvador la carta y los documentos, pensé, no será la mañana enteramente perdida. Me encaminé

á la plaza; pero en el tránsito, fuí encontrando otros telégrafos, de quienes no me fué posible desprenderme; y cuando llegué á la estafeta, eran las cuatro. El correo habia ya partido. En fin, dije, ahora que he dejado de hacer tres negocios importantes, á causa de los importunos, iré á casa de Don Cosme, á ver si ha quedado álguien que me informe de la desgracia. Pude llegar, sin mayores detenciones, y vi un grupo considerable de gente curiosa en la calle, delante de la puerta. Logré abrirme paso, y al fin entré en la sala, donde esperaba encontrar el horroroso espectáculo de los ocho cadáveres. Pero ¡cuál no seria mi asombro, mi estupefaccion, al ver á Don Cosme muy tranquilo, en medio de una docena de amigos, de cuyo número era Don Perfecto, Don Facundo y algunos otros de aquellos á quienes yo habia encontrado hacia poco! Al verme entrar, Don Cosme se levantó de su silla, y saliéndome al encuentro, me dijo:—U. tambien, amigo mio, viene como estos señores, esperando encontrar esta casa cenvertida en un cementerio?—Yo en medio de mi asombro, tocaba á Don Cosme, veía que estaba bueno y sano y casi no lo creía.—¿Y la señora? le pregunté.—Mi mujer, dijo, está buena; ahora acaba de entrar á verla Doña Gregoria.—¡Y los niños, y su cuñada de U?—Todos perfectamente. El rayo cayó en la sala, maltrató algunos muebles, y como mi esposa y yo dormíamos en la pieza inmediata, perdimos el sentido por un rato. Esto es, sin duda, lo que ha dado lugar á las noticias exageradas que han corrido por la ciudad.—Así es,—le contesté, y á poco me despedí, proponiéndome escribir cuanto antes lo que habia pasado, á fin de hacer constar, por lo que pueda valer, esos resultados de los abusos de la telegrafia humana.

LAS MEDIAS NARANJAS.

No sé quien seria el primero que comparó á los hombres y á las mujeres con naranjas que, divididas por mitad, hubiesen sido arrojadas indistintamente, para que buscase cada media naranja la otra mitad que le corresponde. Con esta ingeniosa alegoría, ha querido significarse la dificultad de que un hombre encuentre la muger que le conviene, y viceversa. Así como seria únicamente obra del acaso, ó del destino, ó como quiera llamarse, el que una mitad de naranja, llegase á encontrar precisamente, entre la inmensa multitud y confusion de naranjas partidas, la mitad que antes formaba con ella un solo cuerpo, así se dice que es difícil que dos seres humanos lleguen á convenir y congeniar de tal manera, que ajusten y cuadren tan perfectamente, como si fuesen las dos mitades de una sola naranja. Todo el que se casa, cree casi siempre haber encontrado su mitad; y si no, claro es que no se casaria, á menos que consideraciones de fuerza mayor se lo exijiesen. Pero sucede con harta frecuencia, que una apariencia engañadora,

hace tomar por mitad correspondientes las que están léjos de serlo; y así suele ajustarse, continuando la alegoría una tapa de naranja de esas que llamamos de la China, con otra de Escuintla, dos variedades bien diferentes de la misma fruta; una mitad de naranja dulce, con otra ágria; union que naturalmente debe ser fatal; una que acaso está algo verde todavia, con otra que está tal vez pasada de madura; y aun suelen llegar las equivocaciones hasta querer ajustar una mitad de naranja, con otra de toronja, por la engañosa apariencia de la semejanza.

La dificultad de conseguir que cuadren y se ajusten bien las mitades de las naranjas, y el peligro que hay en querer acomodarlas sin la conveniente prudencia y discreccion, se comprueban con la peregrina y verdadera historia que, con rigurosa exactitud, me propongo referir en este breve cuadro, que puede considerarse como una antítesis del que poco há tuve la honra de ofrecer á mis amabilísimas lectoras, con el título de AMORES CRÓNICOS.

I.

Doña Martina Pescara, es una señora viuda, de cuarenta y cinco años de edad, que, aunque sin hijos, heredó de su marido, *ex-testamento*, una fortuna algo considerable. Cuando se encontró sola, tuvo la buena inspiracion de recoger y llevarse consigo á tres jóvenes sobrinas suyas, á quienes llegó á querer tanto ó mas que si fuesen sus hijas. Dícese que Doña Martina no fué feliz en su matrimonio; pues si bien el difunto no carecia de buenas cualidades, tenia un genio infernal y era, ademas celoso como un moro. La crónica escandalosa de la ciudad, atribuye las ca-

nas y las arrugas prematuras de Doña Martina, á la mala vida que le dió el que está gozando de Dios. Cuando habla ó rie, se advierte que le faltan dos de los dientes delanteros; cuya temprana ausencia, no fué, segun se dice, causada por desercion voluntaria, sino resultado de un encuentro que tuvo un dia, sin saberse como, la boca de Doña Martina con el vigoroso puño del esposo amado, cuyo choque hizo saltar dos incisivos de la mandíbula inferior, con mas prontitud que si hubiesen sido extraidos por el gato del mejor dentista. Cuentan que despues de aquel lance, los graciosos dieron en despachar á todos los que padecian de las muelas, á casa del marido de Doña Martina, diciéndoles que las sabia sacar bien y de balde.

Por una de esas aberraciones tan comunes al espíritu humano, la desdentada viuda, léjos de ser enemiga del matrimonio, era partidaria acérrima de ese sacramento, y citaba no sé qué sentencia de San Pablo, para probar que es conveniente casarse, aun cuando la que se case corra el riesgo de no volver á probar los *quiebra-dientes*, de lo cual, por supuesto, no habla el apóstol de las gentes en el texto citado por Doña Martina.

Desde muy temprano cuidó de inculcar aquellas ideas á las sobrinitas; y la semilla, como que cayó en terreno fértil, fructificó con abundancia. Cuando la mayor no contaba sino diez y seis años, y la menor aun no pasaba de los doce, era un gusto oírlas, en sus confidencias íntimas, expresarse como unos predicadores y sobre las ventajas del santo matrimonio. Luisa, Elena y Margarita sostenian, *ex cathedra*, que las mujeres debian ser, ó casadas, ó religiosas; y ellas, no considerándose dignas de ser esposas de

Jesu-Cristo, limitaban sus modestas pretensiones á serlo de los tres primeros simples mortales que se presentasen. Tomada aquella heroica resolusion, en la cual las afirmaban los consejos de la tia, las tres jóvenes hicieron voto secreto de no pasar de los veinte años sin haber salido del estado de solteras; y como, por otra parte, opinaban que los votos debian cumplirse religiosamente, estaban decididas á llenar aquel en la primera oportunidad favorable que se les ofreciese.

No se hizo esta esperar mucho tiempo para una de las jóvenes. Un estudiante de derecho, que debia ser tan partidario del matrimonio como Doña Martina y sus sobrinas, vió á éstas en un paseo, averiguó quiénes eran, supo que estaban llamadas á recoger algun dia la no despreciable fortuna de la viuda, y se sintió súbitamente apasionado de las tres jóvenes, y resuelto á casarse con cualquiera de ellas, ya que por desgracia las leyes que prohiben la poligamia, no le permitian hacerlo conl as tres. D. Ticio Hambrona, que así se llama el estudiante, escribió una epístola muy pendoleada, en la que, sin andarse por las ramas, hablaba lisa y llanamente de casorio; y tuvo la estudiantil ocurrencia de hacer en ella una cita, á propósito de esponsales, de cierta doctrina de la obra de Febrero, adicionada por Tapia. Cerró la carta, y al poner el sobrescrito, fueron los apuros del escolar casamentero. No sabia á cual de las tres doncellas dirijirla, pues le era de todo punto indiferente casarse con cualquiera de ellas. Para salir del paso, imaginó un arbitrio peregrino, con el cual él, en sus adentros, consideró no errar el golpe, fuera la que fuera la que recibiera la epístola amatoria. Puso, pues, en el sobre, estas pocas palabras: *A la que me haga el favor*, y atisbando á la cocinera cuando volvia del

mercado, le encargó la entregase á cualquiera de las niñas. Acertó á ser la mayor, Luisa, la que recibió el mensage; é impuesta del contenido, declaró que á ella, y no á alguna de sus dos hermanas, era á quien estaba dirijido aquel billete. Como cortés y bien criada, no hizo esperar mucho tiempo la respuesta; y por medio de la misma doméstica, remitió una carta algo larga, en la cual no se pronunciaba claramente sobre el asunto. El estudiante la leyó y no quedó muy satisfecho de la contestacion; pero advirtió que habia una posdata, y buscó á ver si en ella la jóven declaraba un poco mas sus sentimientos. La posdata decia así: "En cuanto á lo que U. me dice de Febrero, no lo he entendido bien; pero si quiere dar á entender que en ese mes nos casaremos, estoy de llano á que así sea. En seguida me habla U. de la tapia; y eso sí no me parece. No hay para que entrarse por las paredes, cuando todo puede y debe hacerse como Dios lo manda Hable U. luego á mi tia y todo quedará arreglado. Suya hasta la muerte: LUISA PESCARA." No dejó de reirse el estudiante, al ver como habia interpretado su futura lo que él decia de Febrero y Tapia; pero al fin consentia en todo, y esto era lo importante. Dió trazas para ser presentado á Doña Martina; fué bien recibido, y á poco andar, declaró su intencion de ser esposo de Luisita. La tia dijo que lo pensaria y que pediria informes; mas ni lo pensó ni pidió tales informes, pues á los tres dias el estudiante estaba ya bien despachado. Doña Martina estaba contentísima y no hallaba *pero* que poner al novio. Era jóven, buen mozo, vivo y con buenas esperanzas de hacer fortuna con la abogacia. Declaró que Luisa habia encontrado su media naranja; y se hizo el matrimonio, teniendo que sufragar los gastos la señora,

pues los escrititos que hacia el estudiante no daban para muchas fiestas. Tomaron una casita, y auxiliados por Doña Martina, fueron pasando trabajosamente los primeros meses que siguieron á aquella boda improvisada.

II.

Cuatro años despues del acontecimiento que acabo de referir, llegó su turno á la segunda de las sobrinas de Doña Martina. Un caballero anciano, sumamente rico, pero enfermo de un mal cutáneo y con fama de muy atrabiliario, llamado Don Atiliano Garrafuerte, pidió la mano de Elena. La tia consideró aquello como una verdadera dicha, asegurando que hombres de las condiciones de Don Atiliano, no se encontraban todos los dias. Era, decia, hombre de bien á carta cabal, de buena cuna, muy rico, y aunque no fuese un currutaco capaz de lucir en bailes y tertulias, era un sugeto formal, que gozaba en el público de grande estimacion. Es verdad que decian que era algo enfermo y no de muy buen genio, pero se curaria, y los malos genios todo consistia en saberlos llevar. Así era tambien, añadia, mi difunto marido, y jamas tuvimos un *sí* ni un *no.* Al decir esto, Doña Martina se cubria la boca, de donde faltaban los dos dientes aquellos que nunca habian sido reemplazados. En fin, Elena se decidió por los consejos de su tia, á aceptar por marido á Don Atiliano, que no tenia mas parientes que unos sobrinos de muy poca edad, que por mas señas no hablaban bien, y que le llamaban, en su media lengua, *tata Tirano.* Se hizo el matrimonio; y Elena, dejando la casa de su tia, pasó á habitar la de su esposo,

puesta con mucho lujo y elegancia. Nada faltaba de cuanto puede hacer agradable la existencia material. Trages, muebles, alhajas, abundancia en todo; en fin, cuanto podia halagar los caprichos de una jóven que aun no tenia veinte años, lo encontró Elena en aquella expléndida mansion. Solo á la Felicidad no pudo encontrarla, por mas que revolvió armarios y gabetas, y registró hasta los últimos rincones de aquel pequeño palacio. Sin embargo, la tia decia á voz en cuello á cuantos querian escucharla, que Elenita si que habia encontrado su media naranja.

III.

La última de las sobrinas de Doña Martina veía con cierta envidia la suerte de sus hermanas, pues si bien Luisa pasaba mil trabajos con la pobreza y Elena no era muy dichosa en medio del boato y la abundancia, pero al fin estaban casadas, y ella habia entrado ya en los veinte años y nadie se presentaba. Esto la tenia siempre taciturna y mal humorada. Elena no habia tenido hijos en los tres años que contaba de matrimonio; pero en cambio, Luisa tenia cinco; y aunque el estudiante, ya abogado, ganaba alguna cosa, no era, ni con mucho, suficiente para mantener la familia con mediana comodidad.

Por entónces se esparció un dia súbitamente la noticia de que acababa de llegar un noble portugués, muy rico, jóven y buen mozo. Todos querian conocerlo, y casi no hubo familia que no desease le fuese presentado. No se hablaba de otra cosa que del portugués. Comenzó á visitar en muchas casas; y al fin Doña Martina pudo lograr que la suya fuese de las favorecidas. Un domingo, para cuyo dia estaba anunciada

la visita del dichoso extrangero, Doña Martina y Margarita se pusieron, como suele decirse, de veinticinco alfileres, y desde muy temprano aguardaban con ansiedad al portugués. A las dos de la tarde, se oyó el ruido de un coche, y á poco entraba el deseado, en compañia de un antiguo amigo de la casa, que lo presentaba. Este anunció con mucha gravedad y retintin, al señor Don Joachin Alfonzo Silva, Carvalho, Saldanha, Meneses y Alburquerque, Baron de Montes-Umbrosos. Doña Martina estuvo á punto de desmayarse, tal fué la impresion que le hizo aquella letania de apellidos aristocráticos, terminada por el sonoro título del portugués. Hizo diez mil cumplimientos á éste, le ofreció la casa y las personas, y no dejó de preguntarle si gustaba de tomar alguna cosa. El baron contestó á todo con mucha cortesía; habló de sus viages, de sus riquezas, de su familia y dijo ser próximo pariente del duque de Saldanha, á la sazon primer Ministro de S. M. Fidelísima. Doña Martina abria un palmo de boca, y se consideraba la mas feliz de las mujeres, por estar al lado de un pariente de aquel señor duque.—U. señor baron, dijo, habla muy bien el castellano.—Sí señora, contestó éste, yo he viajado mucho por España; y ademas, el castellano y el portugués son dos idiomas que tienen mucha semejanza.—Sí, contestó Doña Martina, como que yo siempre oí decir á mi marido, (que erá muy literato,) que el portugués es un dialecto del castellano.—¡Oh señora!, replicó el baron, el señor su marido estaba muy equivocado en eso; al contrario, el castellano es un dialecto del portugués.—Así será, cuando el señor baron lo dice,—contestó Doña Martina á aquella lejítima portuguesada, y se habló de otra cosa. Terminó la visita, y la señora no dejó de recomendar

al portugués viera aquella casa como suya y que volviera siempre que sus ocupaciones se lo permitiesen.

Como verdaderamente estas no eran ni muchas ni pocas, el baron siguió frecuentando la casa, y á los quince dias tenia en ella tanta confianza, como si hubiera visitado veinte años á aquella familia. Entraba y salia á todas horas; para él no habia cosa reservada; nada se hacia sin tomarle parecer; ahí comia, almorzaba ó cenaba; despachaba su correspondencia y dormia la siesta. El vecindario murmuraba; los comentarios se multiplicaban, y fué preciso poner término á las habladurías. Doña Martina interpeló al baron; y éste, que habia ya tenido tiempo de sondear la situacion financiera de Doña Martina, dijo que estaba pronto á casarse. Loca de júbilo, la viuda salió á dar parte; los parientes y los amigos dijeron que aquello era una barbaridad, que nadie sabia *que pata habia puesto aquel huevo*, y qué sé yo cuanto mas. Doña Martina contestó que ella no era de ayer, que conocia al señor baron como si lo hubiera parido, y que no se hallaban todos los dias en Guatemala novios emparentados con duques y primeros ministros. Para celebrar la boda, echó la casa por la ventana, como suele decirse: amuebló con lujo las habitaciones, dió una gran comida y un baile suntuoso y regaló á Margarita todas sus alhajas, que valian como dos mil pesos. Doña Martina no cabia entre el pellejo, tal era su satisfaccion de tener sobrina baronesa, y decia á todo el mundo qne Margarita si que habia encontrado su verdadera y legítima media naranja.

IV.

A los dos meses de celebrado el matrimonio entre el baron de Montes-Umbrosos y Margarita Pescara, se presentó una noche en casa de Doña Martina, Luisa, la mujer del abogadito Hambrona, con sus cinco hijos y hecha un mar de lágrimas. El pájaro habia volado, dejándole escrita una carta en que le decia que cansado de trabajar sin éxito, y no queriendo ver en miseria á su familia, se marchaba á otro punto (no decia cual) donde corriese la profesion. Encargaba que no le escribieran hasta que él diera noticias de su paradero, y aconsejaba á su esposa volviese á casa de su tia. Esta se puso hecha una espiritada y renegó de los maridos del país, que no sabian cumplir con sus obligaciones; concluyendo con que ¡ojalá que hubiera podido hallar para sus tres sobrinas tres barones portugueses!

Pero estaba de Dios que no debia de ser aquel el único desengaño de Doña Martina. A los pocos dias murió repentinamente Don Atiliano Garrafuerte, el marido de Elena. Doña Martina, que hacia mucho tiempo no ponia los piés en aquella casa, por habérselo prohibido expresamente su sobrino político, ó impolítico, como ella decia, acudió en el acto, y preguntó á la jóven si habia testamento. Esta, llorando á mares, dijo que sí lo habia, y que ella estaba nombrada albacea y heredera de todo, á puerta cerrada; que tenia en su armario el testamento en toda regla. Aquello agradó muchísimo á la tia, y dejó que la pobre viuda siguiera cumpliendo con el público, haciendo los mayores extremos de dolor. Doña Martina se trasladó por unos dias á la casa de Elena, y dejó

en la suya al baron y á Margarita. Cuando pasaron los nueve del duelo, y en tanto que tia y sobrina disponian lo que debian hacer del caudal de Garrafuerte, hé aquí que se presenta en la casa un caballero, íntimo amigo del difunto, con un escribano y dos testigos. El caballero dijo á las señoras que tenia el sentimiento de ir á ocupar todo lo perteneciente á su difunto amigo.—*¿Y sobre de qué?*, preguntó Doña Martina; ¿no sabe U. que esta niña es heredera universal de su marido, en virtud de testamento que tiene ahí guardado? Anda niña, trae ese papel, para que se desengañe este buen señor.—No se incomode U, señora, dijo el amigo; conozco ese testamento; fué otorgado hace dos años; pero hace seis meses, Don Atiliano otorgó nueva disposicion testamentaria, por la cual revoca la primera, me nombra su albacea, y por herederos universales á sus sobrinos menores de edad.—Un rayo hubiera hecho menos efecto que aquellas palabras. La tia y la sobrina leían y releían el testamento que les presentó el caballero, y al fin hubieron de conformarse con lo que ya no tenia remedio. En el acto salieron de aquella casa y se trasladaron á la de Doña Martina. Elena volvió, pues, como habia salido: con la diferencia de que llevaba la cara y las manos cubiertas de ciertos lamparones, única herencia del difunto, y que le faltaban cuatro dientes, dos de los incisivos y los dos caninos de la mandíbula superior, lo cual hizo decir á las gentes que Don Atiliano era mejor dentista todavia que el marido de Doña Martina.

Veinte dias despues de aquel episodio, el Baron dijo que tenia urgencia de ir á la Antigua por una semana; puso su ropa en un saco de noche y se marchó. Pasaron los ocho dias y el portugues no regre-

saba; la esposa comenzaba á impacientarse; Doña Martina paraba la oreja, cuando por el correo de Izabal recibieron una carta, escrita en aquel puerto, que decia así:

"Respetable Doña Martina; querida esposa: Mañana me hago á la vela para volver á Europa. Me voy con el sentimiento de no haberme despedido de UU.; pero, á la verdad, no tuve corazon para decirles el adics postrero. Dejo á U.; mi buena y respetable Doña Martina, mi baul con alguna ropa sucia y mis botas viejas, rogando á U. conserve esas prendas como un recuerdo mio. A tí, Margarita, amadá esposa, te dejo, si no me equivoco, alguna otra prenda, que me recordará siempre á tu memoria. En cambio, yo llevo las alhajas que U., Doña Martina, regaló á Margarita; pues advirtiendo que lo antiguo de su hechura las hace desmerecer, voy á hacerlas montar de nuevo por mi joyero de Lisboa. Llevo tambien unos dos mil pesos que, por equivocacion sin duda, se trasladaron, Doña Martina, de la caja de U. á mi saco de noche; y no los devuelvo, por no exponerlos en el camino. Volveremos á vernos en el valle de Josafat, donde podrá dar á UU. cuenta cabal de la inversion de esos pequeños fondos, su afectísimo esposo y sobrino

Joachin Alfonzo Silva, Carvalho.
Saldanha, Meneses y Alburquerque.
BARON DE MONTES-UMBROSOS.

P. D.—UU. no deben dudar de la autenticidad de mi título; soy en efecto baron, sin mas diferencia que la muy pequeña de la primera letra, que debe cambiarse la b en v. En cuanto á mi parentesco con el duque Saldanha, no hay en ello la menor duda; so-

mos parientes, aunque en grado algo remoto; siendo el tronco comun nuestro padre Adan.

Ut supra:—El Baron de Montes-Umbrosos.

Aquella aterradora carta, en la cual campeaba todo el cinismo de un desvergonzado aventurero, estuvo á punto de costar la vida á la abandonada esposa, que cayó con una fiebre que la puso á las puertas del sepulcro. Doña Martina se encerró en su casa y se negó á ver á cuantos fueron á visitarla, tan pronto como se esparció la noticia de aquel pesadísimo chasco. Prohibió que se pronunciara en su presencia la palabra matrimonio; y cuando por casualidad partian delante de ella una naranja, caía con convulsiones, tan nerviosa y delicada habia llegado á ponerse. Hoy vive con sus tres sobrinas, la una viuda y las otras dos casi viudas; pobres, con seis niños, los cinco de Luisa y el ilustre vástago de los barones de Montes-Umbrosos.

Ese es el resultado de tales casamientos; esa la consecuencia de la precipitacion y del deseo inconsiderado de colocar á las jóvenes y de salir de ellas como si fuese una pesada carga. No está la bienaventuranza en el matrimonio: lo que ha de durar toda la vida, debe pensarse mucho. Los refranes son, como suele decirse, evangelios chiquitos; y hay uno que dice. "Antes que te cases, mira bien lo que haces;" y otro no menos sabio que enseña que "vale mas estar solo, que mal acompañado."

UN NIÑO MIMADO.

I.

El 28 de Octubre de 1808, dia de San Simon y San Judas Tadeo, nació en ésta que aun se llamaba Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Santiago de los caballeros de Guatemala; y que trece años despues habia de ser Guatemala á secas, sin nobleza, sin lealtad, sin caballeros y hasta sin Santiago; nació, digo, un infante, hijo legítimo del señor Don Cándido Guzman, regidor del ilustre ayuntamiento, y de su esposa, la señora Doña Lupercia Paz.

Como leales vasallos de su magestad, Don Cándido y Doña Lupercia habian deseado vivamente la restauracion del legítimo monarca, y se disponian á celebrar aquel acontecimiento con el mayor entusiasmo en el próximo Diciembre, en que la corporacion de la cual Guzman formaba parte, iba á alzar pendones en el augusto nombre del señor rey Don Fernando VII. Mas si era grande la alegria del hidalgo patriota y de su esposa por aquel suceso de interés pú-

blico, el que acababa de tener lugar en su familia, vino á poner el colmo á su satisfaccion, realizando las esperanzas de ocho años de matrimonio. Tuvo á feliz agüero el bueno de Don Cándido, el que le enviase Dios el anhelado heredero, al mismo tiempo que iba á celebrar el reino la exaltacion al trono del deseado Fernando. Por desgracia suele suceder á las naciones como á las familias y los individuos, que aquello que con mas ansia han esperado y con mayor empeño han procurado conseguir, viene á ser, andando el tiempo, orígen de sus mayores infortunios. La España no tuvo motivos para quedar muy safisfecha de su deseado rey; y la familia del hidalgo, cuyos votos se veian colmados junto con los de la nacion, hubo de llorar amargamente la venida al mundo del deseado heredero.

El niño recibió los nombres de Simon Judas Tadeo. Los parientes y amigos de Guzman *el bueno*, como llamaban á Don Cándido, no anduvieron escasos en lisonjeros pronósticos acerca de la suerte del recien nacido y de lo que estaba llamado á ser con el tiempo. Quien profetizaba que habia de ser oidor; quien general de ejército; uno lo destinaba al arzobispado; otro á un elevado puesto en el gobierno civil; habiendo muchos que aseguraron que habia de ser un gran santo. No cansaré á los lectores con la relacion de los cuidados minuciosos de que se vió rodeado aquel niño desde que vino al mundo; cuidados que estuvieron á punto de serle funestos, y que viciaron desde muy temprano su constitucion. A la edad de cinco años, Judas Tadeo no parecia tener arriba de tres; era un niño delgado, pálido, taciturno y enfermizo. Pobre planta que se criaba sin sol, sin aire y sin agua; no podia adquirir vigor ni lozania. Al mismo

tiempo que se arruinaba el físico de aquel niño parecia haberse tomado decidido empeño en echar á perder su parte moral, por medio de la direccion mas desacertada, ó mejor dicho, por la falta completa de direccion. Padres, amigos y parientes, no tenian otra ocupacion que adular aquella temprana vanidad, con elogios exagerados y casi siempre inmerecidos, celebrándole las ocurrencias mas triviales, y aun aquellas que hubieran merecido una prudente reprehension. Se habria dicho que se ponia especial estudio en desarrollar en aquel pobre niño las malas pasiones. Se le infundia la vanidad, elogiando á toda hora sus gracias y hermosura; el espíritu de venganza, haciéndolo maltratar los objetos que provocaban su cólera; la propension á la mentira, engañándolo en mil pequeñeces y haciéndole formar ideas falsas de las cosas; la pusilanimidad amedrentándolo con la soledad, la sombra y ciertos objetos con que se le causaba horror ó miedo. A la edad de ocho años, el hijo de Don Cándido y de Doña Lupercia daba muestras de lo que seria andando el tiempo. Imposible habia sido obligarlo á que aprendiese á leer. Tres ó cuatro veces habia sido enviado á la escuela, mas no fué posible hacerlo permanecer en ella; concluyendo siempre sus padres por decir que no era conveniente apurarlo, que aun estaba muy tierno y que mas tarde tomaria gusto á la lectura. Judas Tadeo era un pequeño tirano, que imponia su despótica voluntad á sus padres, parientes, criados, y á los niños de su misma edad que por consideracion ú otros motivos, tenian que sufrirlo. Era cruel con los animales, cuya sangre derramaba sin piedad; era insoportable á las personas que frecuentaban la casa de sus padres, á quienes molestaba con travesuras de esas que revelan

un cálculo maligno, y no el sencillo y franco atrevimiento de la niñez. Voy á dar una ó dos lijeras muestras de las *gracias inocentes* con que por aquel tiempo manifestaba su ingenio el niño Don Judas. Visitaba un dia á Don Cándido un caballero amigo suyo, que habia estrenado un hermoso sombrero de castor, de última moda, que le costaba doce pesos; siendo por entónces escasos y caros los sombreros de aquella clase. Guzman y su esposa hicieron muchos cumplimientos al caballero por aquel estreno, y no se cansaban de alabar la elegancia del sombrero. Juditas escuchaba atentamente desde un rincon de la sala; y cuando hubo dejado de hablarse del sombrero, fué, lo cogió en el mayor silencio y sin que nadie lo advirtiera, lo llevó adentro, y volvió despues con él, colocándolo con igual cautela donde ántes estaba. Terminada la visita, el infeliz amigo de Don Cándido toma su sombrero, para ir á lucirlo á otra parte; lo siente algo pesado, examina el fondo de la copa, en el cual habia algo que olia, *y no á ámbar*, como decia Don Quijote, y lo tira, haciendo un gesto y una exclamacion de asco y de impaciencia. Don Cándido y Doña Lupercia adivinan al momento que aquella es obra de Judas; se disculpan como pueden con el caballero; éste toma otro sombrero y no quiere volver á ver el que habia sido destinado á un uso tan poco decente. Llaman despues á Judas, que dice ignora quien ha podido hacer aquello, aunque sí asegura que vió entrar al gato á la sala cuando estaba ahí la visita, y que probablemente él habria hecho la mala accion. El papá y la mamá rien de la ocurrencia y declaran que su hijo es una perla. Juditas descubria ya, desde entónces, cierta propension de apoderarse de lo ageno, y una habilidad notable para el escamoteo,

que habria sido premiada, si en vez de haber nacido aquel chicuelo en Guatemala, y en el siglo diez y nueve, hubiera nacido en Esparta, en los tiempos gloriosos de aquella república guerrera. Ejecutaba á las mil maravillas pequeños robos, sin que casi nunca se le pudiese pillar *in fraganti.* Una vez para apoderarse de los comestibles que Doña Lupercia guardaba en la despensa bajo llave, discurrió atar al gato fuertemente por una pierna, é introduciéndolo por una ventana que tenia reja de hierro, el famélico animal se apoderaba del queso, el pan y las salchichas, y entónces el astuto Judas tiraba con fuerza del cordel, y sacaba los víveres con la mano del gato. De ese género eran las fechorias del muchacho cuando aun no tenia mas que ocho años. Ya veremos las que fueron reemplazándolas, cuando la edad hubo desarrollado sus malas inclinaciones.

II.

En 1820, el hijo único de D. Cándido y Doña Lupercia tenia ya doce años. Con mil trabajos se habia conseguido que aprendiese á leer y á escribir bastante mal, y se trató de ponerlo á estudiar la gramática latina. Como no era lo que se llama un asno, pudo pasar del *Quis vel qui*; pero no adelantó mucho, pues cuando estaba conjugando le pareció preferible quitar el *con* al gerundio y quedarse haciendo lo demas. Una noche, pues, hizo auto de fé con el arte famoso de Elio Antonio, natural de Nebrija, ó de Lebrija y declaró rotundamente que él no habia nacido para estudios ni para tonteras. Don Cándido comenzó por querer enfadarse y acabó por no poderlo hacer; resolviendo que el niño siguiese alguna otra

carrera, pues no todos habian de ser para las letras. Pero Judas no queria por entonces mas carreras que las que daba por los tejados de su casa y las vecinas con el *barrilete*, rompiendo las tejas y haciendo otros desaguisados. Vivia en la calle, y pronto llegó á hacerse el jefe de una pandilla de muchachos de su misma edad y tan perversos como él, que pasaban el dia imaginando y ejecutando mil diabluras. Aquella mala compañia contribuyó á desarrollar los torcidos instintos del adolescente. Ponian trampas ocultas para hacer caer á las gentes; iban á las iglesias y cosian unos á otros los vestidos de las viejas, en medio del tumulto de la concurrencia; recojian los objetos que se quedaban olvidados, y aun solian meter mano en las faltriqueras en busca de pañuelos, que cambiaban por frutas, dulces y juguetes. Judas y sus compañeros eran los primeros en la plaza de toros, en las procesiones y en toda clase de concurrencias; y por donde quiera que pasaba aquella pequeña falange de malcreados, dejaba disgustos, trastornos y confusion. Los parientes y los amigos llamaban la atencion de D. Cándido al mal camino que tomaba el niño; pero por desgracia todo era inútil. Al principio, los padres de Judas no creian lo que se les decia; suponian que era exageracion ó mala voluntad, y cuando despues la realidad llegó á metérseles por los ojos, era muy tarde para remediar el mal.

Sucedió un dia que se quemó una casa en un arrabal de la ciudad, y Judas acudió en el acto con sus compañeros á ver el fuego. Hubo de gustarle tanto el espectáculo, que dispuso dar uno igual á sus amigos en su propia casa. En efecto, reunió la paja de los caballos y otros combustibles en el altillo de la caballeriza, y convidó á los chicos de las vecindades

para que á las siete de la noche en punto fuesen á ver el fuego. A la hora señalada, encendió la hoguera, cerró la puerta y fué á subirse á un elevado naranjo que habia en la huerta y cuya cima dominaba la casa. Desde aquel punto iba á contemplar el incendio aquel Neron en miniatura. El fuego no tardó en abrasar el techo del altillo, y las llamas se hicieron visibles desde la calle. Por fortuna era temprano; los paseantes advirtieron lo que ocurria, dieron la alarma, llamaron á la puerta de D. Cándido, acudió gente, tocaron las campanas en las iglesias inmediatas; llegó la tropa, subieron muchas personas con cubos y tinajas de agua, carpinteros con hachas y sierras cortaron las vigas, todo se hizo con actividad y prontitud y pudo evitarse que la casa se quemara. El incendio devoró el altillo y parte de la cocina. Unicamente D. Cándido y Doña Lupercia tuvieron un gran susto, perdieron algunas cosas en la confusion; pero daban mil gracias á Dios de que el chico hubiese estado fuera, por una casualidad en el momento del conflicto. Nunca pudo averiguarse como se habia pegado fuego al altillo de la casa.

III.

Ocho años despues, Judas era ya hombre, y sus travesuras eran de otro género. Siempre mal acompañado, frecuentaba los billares, enredaba con las mozas de las vecindades, daba serenatas y comia ó cenaba alegremente con los amigos, bebiendo un poco mas de lo regular algunas veces, aunque raras. D. Cándido ya anciano, tenia menos energía para correjir á su hijo, cuya conducta lo aflijía profundamente. Le habia prevenido se recogiese lo mas tarde

á las nueve de la noche, pero Judas encontraba siempre arbitrios para burlar aquella disposicion. Todas las noches, á eso de las nueve, D. Cándido Guzman con su calzon corto, su chaleco y su chaqueta muy largos, y con una camándula de cuentas gruesas en la mano, se paseaba por los corredores de la casa, y rezaba el rosario de quince misterios, mientras volvia Judas. Si éste llegaba media hora mas tarde de lo prevenido, por ejemplo, decia á su padre que habia encontrado á un amigo con quien le fué preciso detenerse. Si la dilacion era de una hora, la mentira crecia en proporcion. Habia encontrado un herido, y tuvo que llamar médico ó el confesor, &c. Si eran dos horas un acontecimiento de grande imporcia lo sacaba del mal paso. Habia sido llamado á ser testigo del testamento de Don Cástulo, que se moria; tuvo que defender la casa de D. Diego, atacada por los ladrones, ó que auxiliar á Doña Lugarda, que regresaba de un sarao y habia estado á pique de ser víctima de unos *lanas*. Don Cándido se daba por satisfecho; y al siguiente dia, muy temprano, tomaba la capa y el sombrero, salia á la calle, y el pobre viejo se convertia en *telégrafo*, inocentemente. —¿Conque Don Cástulo á hecho testamento anoche, y tal vez habrá ya muerto?;—preguntaba al primer conocido que encontraba al paso. ¡Don Cástulo!, le contestaban; si acabo de verlo bueno y sano; ¿qué testamento á de haber hecho, ni que se ha de haber muerto?—Pues si señor, replica Guzman; mi hijo Judas volvia á casa anoche á la hora de costumbre, y tuvo que detenerse, porque lo llamaron á que fuese testigo del testamento.—El interlocutor se sonreía y la cosa no pasaba á mas. Otras veces iba Don Cándido publicando el asalto de la casa de Don Die-

go, el lance de Doña Lugarda y las demas mentiras que le encajaba el perillan del mozo, y siempre decia con la mayor formalidad: Judas mi hijo me lo ha contado. El iba á recogerse y tuvo que detenerse para defender la casa, ó fué á auxiliar á la señora &c. Así jugaba aquel mal hijo con el candor y con la buena fé de su anciano padre.

Los disgustos fueron quebrantando la salud de Don Cándido, y al fin hubo de sucumbir, dejando á su hijo de edad de veinticuatro años. Sucedia que á medida que Judas adelantaba en el camino de la perdicion, Doña Lupercia era mas tierna y mas imprudentemente tolerante con el jóven. Satisfacia todos sus caprichos; no se atrevia á escasearle el dinero, por no disgustarlo; y la fortuna de la viuda iba poco á poco disipándose en el juego y en las bacanales. Al fin, la necesidad hizo que la pobre madre quisiese poner coto á aquel despilfarro, y comenzó á negar las cantidades que con demasiada frecuencia le exijia su hijo. Este se enfurecia y amenazaba con suicidarse. La infeliz señora acababa siempre por condecender. Así fué llegando hasta una situacion realmente apurada. Tuvo que tomar dinero á premio, con hipoteca de su casa, despues de haber malbaratado casi todas sus alhajas y plata labrada.

Una noche volvió Judas á su casa mas temprano de lo acostumbrado, despues de tres dias de completa ausencia; dias que Doña Lupercia habia pasado en la mayor angustia. El semblante del mozo y su paso vacilante hacian ver que estaba poco menos que completamente beodo. Se dirijió al cuarto de la señora y le dijo que habia jugado con mala suerte, que debia doscientos pesos y que era preciso buscarlos in-

mediatamente. Doña Lupercia le contestó con timidez que no tenia ya de que echar mano; que sus alhajas habian sido vendidas, la casa hipotecada y el producto de aquellos arbitrios devorado como lo demas de su fortuna.—¡Señora, dijo el mozo, dando un puñetazo sobre la mesa; esos doscientos pesos se han de conseguir, salgan de donde salieren; mi honor está comprometido; ¿no sabe U. que las deudas de juego son sagradas?—¡En aquello cifraba únicamente el honor aquel desventurado!—Doña Lupercia, aflijida en extremo, replicó que no tenia nada, absolutamente nada. Entónces Judas recorrió la habitacion con ojos extraviados, y fijándose en un relicario grande de plata, con adornos é incrustaciones de oro, primorosamente trabajado, que pendia junto á la cama de su madre, fué á tomarlo; pero la señora, con una energía verdaderamente inusitada en ella, se interpuso entre su hijo y el objeto venerado, y le dijo:—Eso no. Estas santas reliquias no irán á rodar en una mesa de juego. La alhaja que se ha conservado en la familia durante cuatro generaciones, no será profanada mientras yo viva.—Judas tembló de cólera, balbuceó dos ó tres palabras incoherentes y poco á poco retiró la mano del relicario.—Bien, dijo, U. se arrepentirá;—y salió del cuarto. Dos horas despues, entró un criado y entregó á la pobre madre un papel que dijo le remitia el niño. Doña Lupercia lo desdobló temblando, y leyó las siguientes palabras: "Cuando U. reciba este papel, yo habré dejado de existir. U. se niega á proporcionarme el único recurso que puede salvar mi honor. Madre sin entrañas, sobre U. caerá la sangre de su infeliz hijo.—*Judas Guzman.*" Leer aquel billete y tomar el relicario, fué todo uno. Doña Lupercia se dirijió al cuarto de su hijo precipitada-

mente; pero ¡oh desgracia! al llegar á la puerta, oyó un tiro de pistola y el ruido que al caer hizo el cuerpo del desdichado jóven. La madre lanzó un grito de horror. Acudieron los criados; la puerta estaba cerrada por dentro; salieron á la calle, llamaron á los vecinos; uno fué en busca de un sacerdote; otro á llevar un cirujano y alguno tuvo la precaucion de dar aviso á la autoridad. La casa se llenó de gente; por el agujero dela llave se veía el cuerpo inanimado de Judas; se forzó la puerta, y todos se precipitaron sobre el cadáver. Doña Lupercia estaba casi loca. El cirujano buscaba la herida; el confesor aguardaba á ver si aun vivia aquel desventurado, el alcalde se disponia á tomarle declaracion, si podia hablar; cuando con asombro de los circunstantes, se levantó Don Judas muy tranquilo, y tomando el relicario de manos de Doña Lupercia, dijo:—UU. creían que yo habia hecho la tontera de despacharme. Buen bobo hubiera sido. Dentro de ocho dias cumplo veinticinco años; y pediré á U., señora, cuenta de la herencia de mi padre.—Dicho esto, soltó una carcajada convulsiva, tomó su sombrero y se marchó á la calle, dejándolos á todos confundidos al ver tal desvergüenza.

IV.

Un dia del mes de mayo del año de 1843, salia de esta capital una cuerda de presidarios que iban á cumplir su condena al castillo de San Felipe. Entre ellos habia un hombre que parecia tener cincuenta años de edad; encorbado, calvo, con la barba entrecana, la frente surcada de profundas arrugas, mal vestido y con unos zapatos hechos pedazos. Era Judas Guzman, el *malo*, como le llamaban ya, que esta-

ba condenado á diez años de presidio con retencion. Habia asesinado á un hombre, por instigacion de una mala mujer con quien vivia aquel desdichado jóven. Una pobre anciana, cubierta de harapos, que llevaba en la mano envuelto, en una servilleta sucia, un monton de tortillas y una taza de frijoles, seguia trabajosamente la cuerda. Era Doña Lupercia Paz, á quien Dios habia querido prolongar la vida, para que fuese á la vez testigo y víctima de las deplorablas consecuencias de la mala educacian de aquel *niño mimado.*

UNA TERTULIA.

Uno de los defectos que con justicia nos echan en cara los extrangeros, es nuestra falta de sociabilidad; esa propension á la concentracion y al aislamiento, que hace que cada cual viva, entre nosotros, encastillado en su casa, saliendo para lo muy preciso y no haciendo ni recibiendo, por lo general, sino las visitas que el deber, el parentesco, ó una grande intimidad vienen á hacer indispensables. Creo que en este punto, en vez de adelantar, vamos perdiendo cada dia; y que ántes habia en Guatemala mas espíritu de sociabilidad que ahora. No se crea que yo, porque empiezo á ser ya *de ántes*, me convierto en lo que Horacio llama *laudator temporis acti*, apologista del tiempo pasado. El ántes á que me refiero, es un ántes que no conozco sino de oidas; pero que muchos de mis respetables lectores y algunas de mis amabilísimas lectoras pueden recordar, aunque quizá no haya una sola de estas últimas que tenga el valor heroico

de confesar que vió una tertulia de las de ahora cuarenta años.

Como quiera que sea, el sistema actual, si es que eso puede llamarse sistema, tiene graves inconvenientes; que, ó pasan desapercibidos, ó si se advierten, no se les pone remedio, porque los hábitos pueden mas que todo. El trato de una sociedad algo numerosa y escogida con discernimiento, ayuda á desarrollar la inteligencia de los jóvenes, los aparta de reuniones peligrosas, modifica favorablemente su carácter, vá poco á poco haciendo desaparecer ciertas asperezas, cierto espíritu quisquilloso, y algunas pretencionsillas disculpables, por cuanto son consiguientes á la educacion de los colegios y universidades; pero que pone en ridículo, ya que no causen perjuicios mas graves, á aquellos que no se han limado con el trato. El asunto se presta á mas amplias reflexiones; tan amplias, que merecen un artículo separado, que acaso tendré ocasion de escribir un dia de estos; por lo cual daremos punto á estas consideraciones, y pasaremos á ocuparnos en las tertulias de ahora, que como son pocas, poco tambien habrá que decir acerca de ellas.

Una tertulia es una reunion de personas que se juntan para conversar sobre materias instructivas ó agradables. Como todas las cosas de este mundo, las tertulias suelen apartarse de su objeto principal, y degeneran en reuniones en las cuales lo que se habla no puede instruir á nadie, ni es agradable á muchos de los ausentes, y acaso aun á algunos de los presentes. La tertulia en que la conversacion rueda generalmente sobre el calor y el frio, las lluvias y los vientos, parece mas que tertulia, una sesion de meteorologistas. La tertulia en que se habla únicamente de las enfermedades de los de la casa y de los que visitan,

es, mas que tertulia, una clase de patología. La tertulia en que se desuella sin piedad á los vivos y á los muertos, no es tertulia, sino anfiteatro de operaciones anatómicas. La tertulia en la cual se usan expresiones figuradas y de doble sentido, que no entiende tal vez la mitad de los concurrentes; no es tertulia, sino reunion de personas que se juntan á proponer charadas y acertijos. La tertulia en que se fuma y se escupe sin misericordia, es mas taberna que tertulia. La tertulia, en fin, en que los tertulianos, tertulios ó tertuliantes, (pues de los tres modos se dice en castellano, segun el P. Terreros,) se juntan para hablar muy poco y para dormir muy mucho, cualquier cosa será, menos tertulia.

Yo suelo frecuentrar una de esas reuniones en que se pueden observar diferentes tipos de tertulianos, entre ellos algunos de esos de que acabo de hacer mencion. Don Policarpo Mastuerzo es un caballero muy amable y amigo de la buena sociedad; y aunque un poco tartamudo, y quizá á causa de ese mismo defecto orgánico, rabia por hablar. Su mujer, Dña. Eduviges, es como si hubiese sido mandada á hacer expresamente para él. No podria vivir sin la tertulia, y anda siempre atrapando visitantes. Frutos de ese bien calculado matrimonio, son cuatro señoritas bastante agradables, que han desarrollado la natural viveza de su ingenio con el trato de las diferentes personas que forman la tertulia de sus dignos padres. Esta es como la luna, tiene crecientes y menguantes; es decir, que hay épocas en que aumenta el número de los tertulianos y épocas en que disminuye, sin saberse á que causa deban atribuirse tales variaciones. Hay tiempos en que suelen concurrir á casa de D. Policarpo quince ó veinte personas, y tiempos en

que no va mas que un solo individuo. Pero lo mas corriente es que no falten cinco sugetos, á los cuales se me permitirá clasificar, segun los diferentes caracteres que presentan en la tertulia.

Son estos: el tertuliano *meteorológico*; el tertuliano *anatómico*; el tertuliano *erótico*; el tertuliano *metafórico* y el tertuliano *crónico*. Hay otros tipos, como el tertuliano *cometa*, que aparece de tarde en tarde; el *perdiguero*, que olfatea las fiestas y comilonas; el *tecolote*, que acude solo cuando hay muerto, y otros que seria largo enumerar. Me limitaré, pues, á aquellos cinco tipos, que son los mas constantes en la tertulia que me propongo describir.

Don Juan de la Ventolera, el *meteorológico*, entra á la tertulia, y despues de saludar, entabla la conversacion, en términos como estos ó muy semejantes:—¿Qué les parece á UU. este tiempo? ¡Cosa mas extraña! El año pasado no hacia frio en este mes. Creo que vamos á tener las aguas muy temprano.—Don Policarpo, el amo de la casa, que como he dicho, tiene la desgracia de ser algo tartamudo, asustado al oír que lloverá muy temprano (es dueño de nopales) pregunta á Ventolera:—¿Y po.... po.... por qué di ...di....dice U. que va á llo....llo.... llover temprano?—¡Toma!, contesta Don Juan, ¿no ve U. que ha llovido el dia 4 de Enero, que corresponde al mes de Abril?—¿Co....co....conque U. cree en las ca....ca....ca....cabañuelas?--pregunta con mucha dificultad Don Policarpo. El meteorologista dice que sí cree y hace una larga disertacion con la que intenta probar la certeza de aquella creencia vulgar. Tal es el tema invariable de la conversacion de ese tertuliano; el frio y el calor, la humedad, las lluvias y los vientos; y de ahí no sale por nada de este mundo.

Don Anastasio Tijerina, el tertuliano *anatómico*, no habla de cosas tan inocentes. Ese pasa revista á medio Guatemala, poniéndolos á todos en el palo. Refiere cuantos escándalos *pepena* durante el dia; pone algo de su bolsa, para amenizar los cuentos, y tiene la costumbre de entablar el *pelorio* de cada uno de los otros tertulianos que van despidiéndose.—¡Qué pesado es este Fulano! ¿Han visto UU. hombre mas inaguantable? Y se cree gracioso. ¿Saben UU. el lance de Don Agapito? Lo han encontrado anoche queriendo falsear la llave de una tienda. ¿Qué han dicho UU. de la desgracia de la hija de Don Bartolo? ¡Pobre muchacha! Con un hombre tan fatal en todos conceptos, &, &.—Así corta el agudo escalpelo del anatómico; así destroza las reputaciones. La señora de la casa, las señoritas, los otros contertulios suelen llamarlo al órden, cuando no se divierten con su murmuracion desapiadada; pero nada remedian y acaban siempre declarando que *es cuento* con este Tijerina.

El tertuliano *erótico*, ó enamorado, Don Amadeo Chinchin, es un *jóven* de cincuenta y cinco primaveras, muy rozagante, muy alegre, muy vivo y excesivamente bullicioso. Gasta peluca, usa cosméticos para pintarse las patillas y ocultar las canas, tiene dentadura postiza, y hay quien asegura que el carmin de sus mejillas es tan suyo como las otras prendas susodichas. Don Amadeo ha cortejado sucesivamente á las cuatro señoritas de Doña Eduviges, conforme ellas y él han ido avanzando en edad. Comenzó por la mayor, y lo calabaceó. Siguió con la segunda, idem por idem. Creció la tercera, y le puso bloqueo en toda regla. Igual resultado. Hoy corteja á la cuarta; y parece se propone, caso de verse obligado á levantar

el sitio, volver á comenzar por la mayor y seguir y snguir hasta el fin de su vida, recorriendo á las cuatro hermanas en círculo vicioso. Ese, solo habla de amor. Galantea, adula, acompaña, persigue, joroba, aburre; ès el *cuco*, como decimos nosotros, ó el *coco*, como dicen los españoles, de la tertulia de Don Policarpo.

El *metafórico*, es un doctor, de no sé qué facultad, que ha dado en hablar siempre en estilo figurado. Don Hermógenes no llama á nadie, ni á nada por su verdadero nombre. El sol, es el "luminar del dia;" el viento, es el "Eolo;" las nubes, "vapores sutiles;" Doña Eduviges, "matrona respetable;" Don Policarpo, "varon insigne;" las señoritas, "las tres gracias, sobrando una;" (comparacion que ha pillado en los *Miserables* de Víctor Hugo;) la tertulia, "respetable areópago;" &, &. El doctor muestra, ademas, su inventiva, en multitud de frases y palabras de doble sentido, algunas de ellas acaso no del mejor gusto. Hay personas que consideran á Don Hermógenes un portento de ingenio; por mi parte declaro que no lo entiendo; y cuantas veces me ha tocado en suerte reunirme con él en casa de Don Policarpo, la conversacion ha sido para mí, como si hubieran hablado en chino.

El tertuliano *crónico*, es quizá el personage mas notable de la tertulia. Don Bonifacio Aguado es un anciano de mas de sesenta años, bajo de cuerpo y excesivamente grueso. A su temperamento, decididamente linfático, debe atribuirse su calma estoica, sus hábitos sedentarios, su desidia filosófica y cierto aire, entre magestuoso y bonancible, que se advierte á primera vista en todas sus facciones. Don Bonifacio habla muy poco, porque tiene pereza de articular las

palabras; y á esa circunstancia debe, ¿quién lo creyera? la reputacion de hombre de gran saber que goza en la ciudad. "Nada se parece tanto á un sabio, dice con mucha agudeza S. Francisco de Sales, como un tonto que calla." Hace la miseria de veintiseis años, que D. Bonifacio Aguado visita noche á noche, llueva ó truene, la casa de Don Policarpo, donde hay un sillon destinado exclusivamente para él, y que ocupa desde las siete de la noche, hasta las doce, y á veces hasta la una de la madrugada. Podria dudarse si el sillon es parte del sugeto, ó éste el complemento del sillon. Los ángulos salientes de Don Bonifacio cuadran tan exactamente con los ángulos entrantes del mueble, que parecen haber sido hechos el uno para el otro; de tal manera, que mas bien podria decirse que Don Bonifacio se incrusta en la butaca, y no que se sienta en ella. Allí medita y con frecuencia duerme sus cinco ó seis horas aquel cetáceo, que no va á dormir á su casa, únicamente porque tiene hábito de concurrir á la tertulia. Ese es el tertuliano que yo llamo *crónico*; ese es el único que, haya lo que hubiere, no deja de concurrir á aquella casa; y creo que si Dios le presta la vida y le conservan el sillon, seguirá yendo aun cuando haya desaparecido la familia entera de Mastuerzo y de Doña Eduviges. Una sola aficion, un solo afecto se ha conocido en este mundo á Don Bonifacio; y es la aficion y el afecto á las palomas, de cuyas aves inocentes tiene llena su casa. El las cuida, en ellas piensa, despierto ó dormido; y muchas noches habla de ellas en la tertulia en lo mejor del sueño.

Una noche cantaba una de las niñas de Don Policarpo la *Casta Diva* de la Norma, acompañándola al piano otra de sus hermanas. Don Bonifacio conver-

tia la ária en dúo, mezclando su desagradable ronquido de *basso profondo* al delicioso *mezzo soprano* de la jóven. Mastuerzo y Doña Eduviges se daban al diablo; hasta que el papá, no pudiendo ya aguantar, reventó, y decidiéndose á interrumpir el apacible sueño de su tertuliano, le dijo:—Don Bo....bo.... nifacio. ¿No oye U. la ca....ca....vatina?—Nada; el mastodonte roncaba mas y mejor.—¿No oye la ca.... ca....cavatina?—repitió Don Policarpo, sacudiéndolo fuertemente por un brazo.—La ca....ca....qué? —preguntó Aguado, abriendo tamaños ojos.—La cavatina de la Norma, que canta la Juanita,—dijo Doña Eduviges, de mal humor. ¡Qué sueño de hombre! —Acabáramos ya, señora, replicó el *crónico*. ¿Y para eso me ha despertado U., cuando iba ya á cogerla?— ¿Y á quién iba U. á coger, hombre de Barrabás?,— preguntó la señora.—¿Cómo á quién?, dijo él; á la palomita. ¿Pues no la han visto UU. entrar volando, volando, volando?—Chocheces de viejo sabio;—dijeron en voz baja los otros tertulianos; tan firme era la conviccion que tenian de que aquel dormilon era un pozo de ciencia.

Mis lectores recordarán que en el mes de Diciembre último se vió una noche, á eso de las ocho, un meteoro luminoso en el horizonte, cuya aparicion acompañó un trueno fuerte y prolongado. Pues ¿quién hubiera dicho que aquel fenómeno atmosférico habia de introducir la confusion, el trastorno y dar orígen á dos ó tres lances ridículos en la tertulia de Don Policarpo? Referiré el suceso con la exactitud de un fiel historiador.

Era en la noche y en la hora indicada. La tertulia de la familia Mastuerzo estaba casualmente tan concurrida como pocas veces. El meteorológico Ventolera

hablaba con una de las señoritas sobre el trastorno de las estaciones y se quejaba de que en Diciembre se sintiese un calor como si estuviéramos en Marzo. El erótico Don Amadeo hacia por la diezmilécima vez su declaratoria de guerra á la esquiva, hermosa, ingrata que era á la sazon señora de sus pensamientos. El anatómico Tijerina referia en voz alta, pero en confianza, un lance escandalosísimo que decia haber ocurrido la noche anterior en casa de un sugeto á quien nombró tambien en la mayor reserva. El doctor Don Hermógenes estaba enredado en una conversacion ininteligible, erizada de tropos y figuras retóricas, con Doña Eduviges. Don Bonifacio dormitaba en su butaca, soñando que una bandada de palomas torcaces iban á arremeter á sus queridas palomas domésticas. Mas aun, uno ú otro tertuliano cometa, en cuyo número tenia yo la honra de contarme, completábamos la reunion, que era bastante numerosa. D. Policarpo, mas trabado que de costumbre, soltaba las palabras, sílaba por sílaba, como un filtro que destila el líquido gota por gota.

Debo hacer mérito de un incidente, al parecer insignificante, pero que fué el que dió orígen á los lances que ocurrieron aquella noche malhadada en la tertulia. Es el caso que se acostumbraba dejar siempre abiertas las maderas de las ventanas de la sala que daban á la calle, y cerradas solamente las vidrieras. En la parte mas baja de una de estas, habia faltado, durante mucho tiempo, uno de los cristales; y tanto los de la casa, como los tertulianos, tenian costumbre de asomar la cabeza por aquel hueco, siempre que ocurria en la calle algo que llamaba la atencion. Desgraciadamente, aquel mismo dia le habia ocurrido á Don Policarpo mandar reponer el cristal que faltaba, cir-

cunstancia que ignoraban los tertulianos. Cuando la conversacion era mas empeñada y general, comenzó á oírse el trueno que acompañó la aparicion del meteoro. De pronto, se creyó seria el retumbo de un volcan; pero luego se notó que se prolongaba; y repentinamente se advirtió una luz muy viva al través de los cristales de la ventana. El meteorologista fué el primero que saltó de su asiento y se dirijió á la ventana con el objeto de observar el fenómeno atmosférico, sacando la cabeza por el hueco que suponia existente en la vidriera. Adivinó al momento su intencion Don Policarpo, calculó que iba á estrellarse contra el vidrio nuevo, y le gritó:—Cu....cu....cu ....cuidado co....co....co....con el vi....vi.... vidro.—Al oír decir cu....cu....cu....cu, D. Bonifacio despertó, y se levantó con todo y butaca, diciendo:—La palomita, ¿dónde está mi palomita?—Entre tanto,el pobre meteorologista, que no habia aguardado á que el tartamudo concluyese con su interminable cu cu, rompió el cristal con la cabeza y estaba atorado como un raton cojido en la trampa, gritando que fueran á socorrerlo, que las astillas de los vidrios le destrozaban al pescuezo. La primera que acudió fué una de las señoritas; pero por desgracia, al correr, pasó á traer con la crinolina una mesita en la cual estaba la única vela que alumbraba la sala, y se vino abajo, dejándonos á todos en tinieblas. Antes de que se apagara la luz, en el momento mismo en que caía la mesa, Don Amadeo se agachó á detenerla, y se le cayó la peluca, poniendo la calva en exhibicion por un momento. El meteorologista clamaba que lo sacaran del apuro; Don Bonifacio hacia esfuerzos por zafarse de la butaca, y gritaba que no dejaran ir la palomita; Don Amadeo buscaba á tientas su peluca; el anató-

mico se reía á carcajadas; el metafórico decia:—En medio del horror de estas tinieblas....&.—Don Policarpo gritaba: Pre....pre....prendan la ca....ca... candela.—D. Amadeo decia:—No, no traigan luz todavia,—y el infeliz de la ventana se desgarraba el cuello, á cada nuevo esfuerzo que hacia para destrabarse. Por último llevaron luces; acudimos á salvar al meteorologista; se desprendió á Don Bonifacio de su butaca y Don Amadeo encontró su peluca, que volvió á colocarse, aunque no con tanta prontitud, que no se viese otra vez perfectamente aquel hermoso queso de bola. Nadie pensó ya en el fenómeno que habia sido la causa de tantos percances.

A consecuencia de ellos, Don Amadeo no quiso volver á verle la cara á su pretendida; el meteorologista se dió por sentido y no ha vuelto á la tertulia; el anatómico se ha ido á contar el lance con adiciones y comentarios á otras partes; el metafórico, que necesita tener gente ante quien lucir la sutileza de su ingenio, ha ido á buscar tertulia mas concurrida; solo Don Bonifacio sigue durmiendo en su butaca y soñando con sus palomitas.

LOS ANIMALES DOMÉSTICOS.

Bien conocida es la aficion de algunos hombres á los animales. Hay quien se desvive por los caballos; los cuida, los limpia, les da de comer y de beber, los cura si se enferman, los acaricia vivos, y aun los llora muertos. Algunos idolatran los perros; otros se aficionan á los gatos, sin tener los motivos que para ello alegaba el autor de la Gatomaquia cuando decia:

Que como hay hombres que se dan á perros
O por agenos, ó por propios yerros;
Tambien hay otros que se dan á gatos
Por descuidos de principes ingratos,
O porque los persigue la fortuna
Desde el columpio de la tierna cuna.

¡Cuántos hay que tienen una verdadera pasion por los gallos! Unos dan á criar loros; otros micos, y no pocos entapizan las paredes de sus habitaciones con bichos y con mariposas. ¡Guárdeme Dios de censu-

rar esos gustos inocentes! A alguna cosa se ha de aficionar el hombre. ¿No será menos peligrosa la pasion por los caballos, perros, gatos, micos, gallos y alimañas, que otras que suelen enseñorearse del corazon humano? El que se aficiona de la voluble fortuna y la persigue ansioso por mar y por tierra, en expediciones arriesgadas y lejanas; ó la busca en el azar del juego, ¿es mas disculpable que aquel que pone su afecto en los animales? El que dedica todas las potencias de su alma á conquistar el amor de una mujer; el que colma de beneficios á un ingrato, el que se afana y se agita por alcanzar la popularidad; el que hace, como los escritores y como otros que no escriben nada, su ídolo del público, de ese Proteo caprichoso que cambia continuamente de aspecto, ¿es mas racional en sus gustos que el que se aficiona de aquellas criaturas inocentes, generalmente agradecidas, é incapaces siempre de ofender á quien las ama y acaricia? Injusto fuera, ciertamente, criticar una aficion inofensiva en sí misma, cuando no censuramos, y mas bien autorizamos con nuestra tolerancia otras que ceden en perjuicio grave de los *aficionados* mismos y de sus prójimos.

Sin embargo; como de todo abusa el hombre, y como los abusos son siempre censurables, suele suceder que lo que dentro de sus justos límites es sencillo é inocente, viene á hacerse molesto ó perjudicial cuando se excede de éstos. Tal es, ni mas ni menos, lo que acontece á un sugeto muy conocido en esta capital, D. Crispiniano del Arca, que así como pudo haber dado en alguna de las manías de que ántes hice mérito, no dió en ninguna de ellas; pero sí ha caído en la de convertir su casa en una verdadera *Menagerie*, ó sea en una recopilacion de diferentes clases de anima-

les. Posee este aficionado cuatro enormes y feroces mastines, que ha bautizado con los nombres significativos de otros tantos de los mas crueles y famosos Emperadores romanos, pues se llaman Neron, Calígula, Tiberio y Caracalla. Tiene un mico que se llama Adonis; media docena de gallos, cada cual con su nombre respectivo; un cabro, un loro muy hablador, cuatro ó cinco gatos, conejos caseros, docena y media de pájaros y otros animales de diferentes especies. Así la casa de Don Crispiniano del Arca es un *fac símile* de la de Noé; faltando únicamente el cuervo, que no se ha atrevido á criar aquel aficionado, sin duda por temor de que le saque los ojos ese fiel representante de la *gratitud* de muchos seres humanos.

El acceso á la casa de Don Crispiniano ha llegado á hacerse difícil á causa de sus huéspedes; y mas de una persona que ha tenido que tratar con él asuntos importantes, ha preferido dejarlos estar, por no exponerse á que le reciban la visita algunos de los animaluchos mencionados, y particularmente los mastines, que han logrado esparcir el terror en diez cuadras á la redonda. Mas de un mordido ha reclamado á Don Crispiniano daños y perjuicios, que él se ha apresurado á satisfacer de miedo que la policía tenga de repente la humorada de servir á alguno de los ilustres tocayos de los Emperadores un bocado que lo inhabilite para volver á hacer de las suyas.

Cuentan que un dia un sugeto que estaba en situacion muy apurada, y llevaba años de solicitar una colocacion, pudo obtenerla al fin, mediante el empeño de un caballero muy influyente. Acertó á suceder que el sugeto mencionado encontró á su favorecedor cuando acababa de recibir aviso del buen despacho de su solicitud. Verlo y arrojársele al cuello, en ple-

na calle, fué todo uno; llorando el infeliz de gozo y gratitud. El amigo que estaba algo corrido, discurrió que entrasen en la casa mas cercana, para que, aun cuando fuese en el zaguan, pudiera el agradecido señor dar rienda á la manifestacion de sus sentimientos. Desgraciadamente era esa casa la de Don Crispiniano; entraron, y el favorecido redobló sus abrazos y sus llantos, refiriendo al otro el buen éxito de sus pretensiones. Al rumor, los Emperadores salieron hechos unos demonios, y al ver el grupo extraño, se lanzaron sobre los dos sugetos, que ya no atendieron sino á defenderse de aquellos cuatro perros energúmenos. Neron y Calígula habian agarrado por el cuello de la levita al lloron; Tiberio y Caracalla acosaban al otro, que se defendia con el sombrero ya medio desgarrado; cuando, por misericordia de Dios, asomó el amo de la casa y puso en juicio á sus mastines, á fuerza de gritos y patadas.

El loro, á quien ponian algunas veces al balcon, escandalizaba á los paseantes con las barbaridades que hablaba, ni mas ni menos que si fuese una persona racional. Para hacerle olvidar las *caballadas*, la esposa de Don Crispiniano discurrió enseñarle la letanía, y lo único que logró fué que el protervo animal hiciese una mezcolanza extraña de la deprecacion *lauretana* y de los *primores* que antes habia aprendido de los carboneros y los zacateros.

El mico, á quien vestian con diferentee trages, se pasaba por los tejados á las vencindades, mordia á los niños, rompia los trastos y hacia otros desaguisados. El cabro, que era muy belicoso, solia salirse á la calle y derribaba á los transeuntes á cornadas. Los gallos no dejaban dormir á los vecinos, y hasta de los gatos tenian éstos que quejarse, pues solian armar,

especialmente en ciertos meses del año, unas zambras espantosas. Por desgracia, Don Crispiniano vivia en casa propia, y no habia como hacerlo desocupar. Ocurrieron algunos de los vecinos á la autoridad; pero los pleitos se alargaban, y aburridos al fin los querellantes, prefirieron tener que hacer con los animales de Don Crispiniano, á entenderse con los señores curiales.

Sucedió una ocasion que un pobre señor, llamado Don Modesto Cortés, caballero tan cortés como modesto, y en quien no se cumplia aquello de que lo cortés no quita lo valiente, pues era pusilánime hasta no poder mas, tuvo urgente necesidad de avocarse con Don Crispiniano, para tratar de cierto negocio cuyo arreglo le importaba mucho. Por algunos dias estuvo pensando el Don Modesto como se gobernaria para evitar la visita, temeroso de los animales, y en particular de los perros, cuya fama habia llegado á sus oídos, como sucede siempre, exagerada. Pero por mas vueltas que le dió á la cosa, hubo de concluir con que era indispensable que buscase á Don Crispiniano, convencido de que el buen resultado del negocio dependia de aquella visita. Encomendóse, pues, de todo corazon, al ángel de su guarda y al santo de su nombre y se rellenó las bolsas de la chaqueta con algunos comestibles, para aplacar á los perros, si por desgracia los encontraba al paso en el zaguan ó en los corredores de la casa. Se envolvió en su capa, calculando que con ella podria defenderse mejor de una acometida, que no yendo en cuerpo; y se lanzó al peligro. La puerta de la calle estaba abierta, primer sobresalto de Don Modesto. Llamó, sin embargo; pero nadie acudió. Fué entrando poco á poco, y sin pasar del zaguan, dijo con voz temblorosa "Ave Maria."

Un sordo gruñido fué la única contestacion que obtuvo. Era Neron que dormia, y habia levantado la cabeza y asomado los colmillos. Don Modesto subió la primera grada, avanzando hácia el corredor, y repitió la fórmula. "Ave Maria," dijo en voz algo mas fuerte, y entónces le contestaron: "En gracia concebida." —¿Estará el señor Don Crispiniano?—Entre.—Don Modesto buscaba la persona que le respondia, y no daba con ella. Oía perfectamente la voz; pero no veía al que hablaba. Por último levantó la cabeza hácia arriba y vió que su interlocutor era el loro, que se paseaba muy serio en su estaca. Avanzó un poco mas y llamó á la primera puerta, diciendo en voz mas alta.—¿Estará el señor Don Crispiniano?—Entónces acabó de despertar Neron, y dando un espantoso ladrido, se lanzó sobre Don Modesto, quien echó á correr hácia la calle. En la puerta lo alcanzó el feroz animal y le agarró la capa; la cual se apresuraba ya á dejar, como el casto José, por un motivo diferente, dejó la suya en poder de la mujer de Putífar, cuando se presentó Don Crispiniano que entraba de la calle. Aquella casualidad salvó al pobre caballero. Un solo grito del amo bastó para que la bestia, feroz, pero inteligente, aplacara su enojo y se aproximara á su amo, á quien acarició, aunque gruñendo todavia y mirando con desconfianza al que era extraño para él. Don Modesto entró á la sala con confianza, bajo la salvaguardia de Don Crispiniano, quien decia que no sabia por qué la gente tenia miedo á sus perros; que eran lo mas humilde y manso del mundo; que á él jamas lo habian mordido, y que con un solo grito los ponia en juicio, por mas furiosos que estuvieran.

Don Modesto comenzaba á exponer su solicitud,

cuando entró en la sala Calígula, sobre el cual iba caballero Adonis, el mico, vestido á la morisca. El inquieto animal abandonó su cabalgadura de un salto, y fué á colocarse en el brazo de la silla que ocupaba Don Modesto. Acertó á descubrir el repuesto que éste, como queda dicho, habia colocado en las bolsas de la chaqueta, y emprendió un verdadero cateo, decomisando los pedazos de pan y queso que encontraba. Concluidos los víveres, Adonis tomó la cigarrera, el eslabon y los anteojos de Don Modesto, quien por atencion al dueño del animal, lo dejaba hacer, y aun le celebraba las travesuras.

—Pues como iba yo diciendo, señor Don Crispiniano, dijo Cortés, (cuando el malvado mono se hubo alejado con las prendas;) seria un favor que agradeceria á U. mu.... ¡ay! ¡ay! exclamó interrumpiéndose, ¿quién me ha mordido?—

¿Qúién habia de ser? El loro, que en santo silencio, se habia entrado á la sala, y subiendo al respaldo de la silla en que estaba sentado Don Modesto, se divertia en picotearle la nuca.—Que se lleven estos animales,—gritó Don Crispiniano; pero el otro, temeroso de disgustarlo, y siempre comedido, dijo que no era nada, que el lorito le habia hecho una caricia, y que él se asustó porque no la esperaba &. Continuó exponiendo su pretension, en un discurso mil veces interrumpido. Ya eran los perros que aturdian con sus ladridos, á cualquier ruido, por lijero que fuese, que oyeran en los corredores de la casa ó en la calle; ya los gallos, cuyo agudo y repetido canto no dejaba oír lo que se hablaba; ya el loro, que charlaba, lloraba, ó reía; ya, en fin, el mono que seguia haciendo de las suyas, puestos los anteojos que sacó de la bolsa de Don Modesto y empeñado en hacer fuego con el

eslabon, como lo habia visto practicar á su amo. Para que nada faltara, apareció el cabro, y como lo tenia sin duda de costumbre, comenzó á retozar con sus cólegas, armando una zambra de once mil demonios. Habituado Don Crispiniano á aquellas escenas, no hacia alto en ellas; pero el otro pobre, sobre quien saltaban los animales, estrujándolo y molestándolo, se daba no solo á perros y á gatos, sino á loros, á cabros y á micos, sin poderlo remediar. Por último, Don Crispiniano del Arca, (que mal diluvio la inunde) contestó á Cortés que el negocio que le proponia era dificil, que necesitaba pensarlo mucho, y que así, se diera la vueltecita de allí á tres dias, á la misma hora. Alargósele la cara del susto al pobre Don Modesto, al oír que tendria que volver; pero no habia remedio; ofreció que así lo haria y se levantó para despedirse. Allí fué Troya. El atento caballero salia caminando hácia atrás, por no volver la espalda á Don Crispiniano, instándolo al mismo tiempo, (aunque temblando de que le tomara la palabra) para que no se molestase en salir á acompañarlo. El cabro, que observó aquel movimiento retrógrado, hubo de recordar, sin duda, los que hacian sus compañeros antes de embestir, y fué él mismo tambien caminando hácia atrás, delante de Don Modesto. Cuando hubo andado un buen trecho, se lanzó sobre el pobre caballero, y plantándole los cuernos en el pecho, lo hizo caer de espaldas. No contento con aquella hazaña, comenzó á dar cornadas al caido, que gritaba: "auxilio! auxilio, señor!" Neron, Calígula y sus otros dos compañeros, al ver el bulto que luchaba con el cabro, corrieron á tomar parte en la gresca, y se hicieron un nudo con el infeliz, que se defendia como podia con la capa. El mico saltaba por encima de los

combatientes, y el loro, al oír clamar auxilio, auxilio, hubo de acordarse de la letania, y gritaba: *auxilium cristianorum, auxilium cristianorum*; en tanto que Don Crispiniano habia entrado á buscar un garrote, pues los animales no atendian ya á sus voces. Volvió á tiempo para salvar á Don Modesto; y á fuerza de palos, logró hacer huir á los perros y al cabro, que dejaron al buen señor mordido, topeado y desgarrado. El malicioso y hablador avechucho cambió entónces la frase; y mientras Don Crispiniano y las demas gentes de la casa, que habian acudido, ayudaban á levantar á Don Modesto y le vendaban la heridas, él gritaba, continuando la letanía: *Consolatrix afflictotorum, consolatrix afflictorum. Ora pro nobis.*

Don Modesto Cortés renunció al negocio que lo habia llevado á casa de aquel cafre, pues no hallaba expresion mas adecuada para calificar á Don Crispiniano; y con lágrimas en los ojos, mostrándome sus pantorillas donde los Emperadores romanos dejaron la señal de sus augustos dientes, el pecho hinchado todavia á consecuencia de las cornadas del cabro, y la capa hecha girones, me suplicaba, hace cuatro dias, escribiese alguna cosita sobre la costumbre que tienen algunos de convertir sus domicilios en casas de fieras, refiriéndome punto por punto su desgracia. Díjele que sí haria, y pareciéndome que lo mejor era trasladar al papel la aventura ó desventura de aquel desventurado, hágolo así, con fiel exactitud, sin quitarle ni ponerle, y concluyo diciendo como dijo otro:

Y si acaso dijeres ser comento,
Como me lo contaron te lo cuento.

FIN DEL PRIMER TOMO.

INDICE DE LOS ARTICULOS.

